

Cuando en 1964 apareció *La habitación azul*, es posible que los habitantes de la pequeña localidad francesa de Saint-Mesmin reconocieran allí descrita su ciudad e incluso a algunos de sus vecinos, aunque en la novela adoptara el nombre de Saint-Justin. En realidad, Georges Simenon vivió entre 1942 y 1944 en aquella ciudad provinciana y católica en la que, tras una corta temporada en apacible convivencia con su mujer y su amante, los vecinos empezaron a murmurar y tacharle de inmoral. No sería la primera y única vez que Simenon se inspirara en una vivencia personal para crear circunstancias y personajes de sus novelas.

Tony Falcone y Andrée Despierre, que se conocen desde la infancia y se habían perdido de vista, vuelven a encontrarse, casados ya los dos. De pronto, tardíamente, descubren que se gustan y durante meses se dan cita en la «habitación azul» del Hôtel des Voyageurs. Un día en que el marido de Andrée está a punto de sorprenderlos, Tony, atemorizado, decide cortar la relación y se marcha unos días de vacaciones fuera de la ciudad con su esposa e hija. Pero Andrée, que imaginaba ya una nueva vida al lado de Tony no está dispuesta a éste la abandone y empieza a acosarlo con cartas a su antiguo amante. Poco después, al morir su marido de repente, las cartas de Andrée se vuelven más y más apremiantes y comprometedoras. Cuando, una mañana, Gisèle pide a Tony, su marido, que vaya a la tienda de comestibles de los Despierre a recoger unos encargos, ignora hasta qué punto esa visita será fatídica y hasta dónde puede llegar una mujer despechada...

En *La habitación azul*, Simenon pone de relieve la dificultad de un procesado para demostrar su inocencia frente a un sistema judicial que basa la acusación tan sólo en un conjunto de apariencias y coincidencias.

Georges Simenon

## **La habitación azul**

Título original: *La chambre bleu*

Georges Simenon, 1964

Traducción: Ignacio Vidal-Folch

# 1

—¿Te he hecho daño?

—No.

—¿Te has enfadado?

—No.

Era verdad. En aquel momento todo era verdad, porque vivía la situación en estado bruto, sin preguntarse nada, sin intentar comprender, sin imaginarse que llegaría un día en que habría que intentar comprender. No sólo todo era verdad, sino que además todo era real: él, la habitación y, sobre la cama deshecha, Andrée desnuda, con las piernas abiertas, con la mancha oscura del sexo de la que salía un hilillo de esperma.

¿Se sentía feliz? Si se lo hubieran preguntado, hubiera respondido sin vacilar que sí.

No se le ocurría enfadarse con Andrée porque le hubiese mordido el labio. Aquello formaba parte de un todo, y él, también desnudo, de pie ante el espejo del lavabo, se daba golpecitos en el labio con una toalla empapada de agua fresca.

—¿Te va a preguntar tu mujer qué te ha pasado?

—No creo.

—¿Nunca te pregunta nada?

Las palabras apenas importaban. Hablaban por el placer de hablar, como se habla después de hacer el amor, con el cuerpo todavía sensible, la cabeza un poco vacía.

—Qué espalda más bonita tienes.

La toalla estaba salpicada de manchas rosáceas y en la calle un camión vacío se bamboleaba sobre los adoquines. En la terraza, la gente hablaba. Se oían algunas palabras sueltas, que no formaban frases y no querían decir nada.

—¿Me quieres, Tony?

—Eso creo...

Bromeaba, pero sin sonreír, a causa del labio inferior, que se seguía curando con la toalla mojada.

—¿No estás seguro?

Se volvió para mirarla y le gustó ver el semen, que era suyo, tan íntimamente ligado al cuerpo de su compañera.

La habitación era azul, del azul de la colada, pensó un día, un azul que le recordaba su infancia, los saquitos llenos de polvo azul que su madre diluía en el agua justo antes del último aclarado y de extender la ropa sobre la brillante hierba del prado. Él debía de tener cinco o seis años y se preguntaba por qué milagro el color azul dejaba la ropa blanca.

Más tarde, mucho después de la muerte de su madre, cuyo rostro ya se desvanecía en su memoria, también se preguntaba por qué siendo tan pobres como eran, que se vestían con ropa remendada, daban tanta importancia a la blancura de la ropa.

¿Pensaba en eso en este momento? Sólo más tarde lo sabría. El azul de la habitación no era sólo el azul de la colada, sino también el azul del cielo en ciertas tardes calurosas de agosto, poco antes de que el sol poniente lo tiñera de rosa y luego de rojo.

Era agosto. El 2 de agosto. La tarde estaba avanzada. A las cinco, unas nubes doradas, ligeras como la nata, se alzaban sobre la estación de sombreada fachada blanca.

—¿Te pasarías la vida entera conmigo?

Él no tenía conciencia de registrar las palabras. No más que las imágenes o los olores. ¿Cómo hubiera podido adivinar que volvería a vivir esta escena diez, veinte veces, y más aún, y cada vez con un estado de ánimo diferente, cada vez viéndola desde otro ángulo?

Durante meses se esforzaría en recordar cualquier detalle, y no siempre por propia voluntad sino porque otros le iban a obligar a hacerlo.

Por ejemplo, el profesor Bigot, el psiquiatra designado por el juez de instrucción, insistiría, atento a sus reflejos:

—¿Ella solía morderle?

—A veces.

—¿Cuántas veces?

—En total sólo nos citamos en el Hôtel des Voyageurs ocho veces.

—¿Ocho veces en un año?

—En once meses. Sí, once, porque todo empezó en septiembre...

—¿Cuántas veces le mordió?

—Quizá tres o cuatro.

—¿Durante el acto?

—Eso creo... Sí.

Sí... No... De hecho hoy había ocurrido después, cuando, tras despegarse de ella, estaba echado de costado, mirándola a través de las pestañas semicerradas. La luz que los envolvía le encantaba.

Fuera, en la plaza de la estación, el aire era cálido, y cálido también, de una calidez viva que parecía respirar, era el aire en la alcoba donde se colaba el sol.

Las persianas estaban entreabiertas, dejando un resquicio de unos veinte centímetros, de forma que oían los rumores de la pequeña ciudad, unos confusos, como una especie de coro lejano, y otros próximos y distintos, bien nítidos; por ejemplo, las voces de los clientes de la terraza.

Un rato antes, mientras se entregaban salvajemente al amor, les llegaban esos ruidos y formaban un todo con sus cuerpos, su saliva, su sudor, el vientre blanco de Andrée y el tono más oscuro de su propia piel, la franja de luz transversal que cortaba la habitación en dos, el azul de las paredes, un reflejo móvil en el espejo y el olor del hotel, un olor rústico, el del vino y los alcoholes servidos en la primera sala, el guisado que se preparaba en la cocina y, finalmente, el del colchón de paja un poco enmohecida.

—Qué guapo eres, Tony.

Se lo repetía en cada encuentro, siempre en el momento en que se quedaba echada y él iba y venía por la alcoba, buscando los cigarrillos en el bolsillo de su pantalón echado sobre una silla de anea.

—¿Sigue sangrando?

—Apenas.

—¿Qué le dirás si te pregunta?

Se encogía de hombros, no comprendía que ella se preocupase. Para él, en aquel momento, nada tenía importancia. Se sentía bien, en armonía con el universo.

—Le diré que me he dado un golpe..., por ejemplo, contra el parabrisas, al dar un frenazo.

Encendía un cigarrillo que tenía un sabor especial. Cuando reconstruyera esta cita recordaría otro olor, el de los trenes. Detrás de los edificios de la estación maniobraba un tren de mercancías, y a veces la locomotora lanzaba unos breves pitidos.

El profesor Bigot, que era pelirrojo, bajo y delgado, con cejas grandes e hirsutas, insistiría:

—¿Y a usted nunca se le ocurrió que ella le mordía adrede?

—¿Por qué?

Más tarde, su abogado, Demarié, volvería a la carga:

—Creo que podríamos sacar partido de esos mordiscos.

Una vez más, ¿por qué hubiera debido pensar en eso cuando lo único a lo que se entregaba era a vivir?

¿Pensaba acaso en algo? Si lo hacía, era sin darse cuenta. Respondía a Andrée sin reflexionar, en un tono ligero, jovial, convencido de que las palabras que dejaba caer no tenían peso alguno ni lo tendrían.

Una tarde, durante su tercera o cuarta cita, Andrée, tras decirle que era guapo, añadió:

—Eres tan guapo que me gustaría hacer el amor contigo delante de todo el mundo, en medio de la plaza de la estación.

Él se rio, pero sin sorprenderse. Cuando se abrazaban no le desagradaba mantener cierto contacto con el mundo exterior, con los ruidos, las voces, la vibración de la luz y

hasta los pasos en la acera, el choque de los vasos en los veladores de la terraza.

Un día pasó una banda de música, y ellos ajustaron sus movimientos al compás de la melodía. Otra vez en que estalló una tempestad, Andrée se empeñó en que abriera la ventana y las persianas de par en par.

¿No era un juego? En cualquier caso, él no había visto malicia en ello. Ella estaba desnuda, echada en diagonal sobre la cama en una pose voluntariamente impúdica. Lo hacía adrede, en cuanto cruzaba la puerta de la alcoba se mostraba tan impúdica como podía.

A veces, cuando acababan de desnudarse, ella murmuraba, con una falsa inocencia nada engañosa que formaba parte del juego:

—Tengo sed. ¿Tú no tienes sed?

—No.

—Luego tendrás. Así que llama a Françoise y pídele algo de beber.

Françoise, la camarera, tenía unos treinta años y servía en cafés y hoteles desde los quince, de forma que nada la sorprendía.

—¿Sí, señor Tony?

Le llamaba señor Tony porque era el hermano de su patrón, Vincent Falcone, cuyo nombre estaba pintado en la fachada y cuya voz se oía en la terraza.

—¿Y nunca se preguntó si ella actuaba así con un propósito determinado?

Lo que él estaba viviendo durante media hora, o menos aún, durante unos minutos de su existencia, luego sería descompuesto en imágenes, en sonidos separados, observado con lupa, no sólo por otros sino también por él mismo.

Andrée era alta. En la cama no lo parecía, pero era tres o cuatro centímetros más alta que él. Aunque era del país, tenía el cabello oscuro, casi negro, de una meridional o de una italiana, que contrastaba con su piel blanca y lisa, brillante a la luz. Su cuerpo era un poco pesado, de formas llenas, y la carne, sobre todo en los senos y en los muslos, tenía una firmeza untuosa.

Él, a sus treinta y tres años, había conocido muchas mujeres. Ninguna le había dado tanto placer como ella, un placer total, animal, sin restricciones, que después no le



provocaba ni disgusto, ni fastidio, ni hastío.

¡Al contrario! Después de dos horas gastadas en obtener el máximo placer de sus cuerpos, permanecían desnudos, prolongando su intimidad carnal, saboreando la armonía establecida no sólo entre ellos, sino con todo lo que les rodeaba.

Todo importaba. Todo tenía su sitio en un universo vibrante, hasta la mosca posada sobre el vientre de

Andrée, que ella observaba con una sonrisa saciada de satisfacción.

—¿De verdad podrías pasarte la vida entera conmigo?

—Claro...

—¿Seguro? ¿No te daría un poco de miedo?

—¿Miedo de qué?

—¿Te imaginas cómo pasaríamos los días? También esas palabras, entonces tan ligeras, volverían dentro de unos meses tan amenazadoras.

—Acabaríamos por acostumbrarnos —murmuraba él sin pensar.

—¿A qué?

—A nosotros.

Él era puro, inocente. Sólo contaba el instante presente. Un macho vigoroso y una hembra caliente acababan de emborracharse de sí mismos, y, si Tony quedaba dolorido, era un dolor sano y gustoso.

—¡Mira! Ahí llega el tren.

No era él quien hablaba. Era su hermano, fuera. Pero esas palabras sorprendieron a Tony, quien, maquinalmente, se dirigió a la ventana, hacia la hendidura de luz ardiente entre las persianas.

¿Le veían desde fuera? No le importaba. Seguro que no, porque desde el exterior la alcoba debía de parecer a oscuras y, como estaban en el primer piso, sólo mostraba el torso.

—Cuando pienso en los años que he perdido por culpa tuya.

—¿Por culpa mía? —repetía él alegremente.

—¿Quién es el que se fue? ¿Yo?

Desde que tenían seis años, habían ido juntos al colegio. Habían tenido que esperar a cumplir los treinta y a casarse cada uno por su lado...

—Respóndeme en serio, Tony. Si me quedase libre...

¿La escuchaba? El tren, invisible tras el edificio blanco de la estación, se había detenido y los viajeros empezaban a salir por la puerta de la derecha, donde un empleado de uniforme recogía los billetes.

—¿Tú también lo harías?

Antes de volver a ponerse en marcha, la locomotora silbaba tan fuerte que él no pudo oír toda la frase.

—¿Qué dices?

Te estaba preguntando si, en el caso...

Él volvió a medias la cabeza hacia el azul de la alcoba, la cama blanca y el cuerpo de Andrée, pero una imagen en el extremo de su campo visual le hizo mirar otra vez hacia fuera. Entre las siluetas anónimas, hombres, mujeres, un bebé en brazos de su madre, una niña de la mano de alguien, acababa de reconocer un rostro.

—Tu marido.

En un segundo, Tony había cambiado de expresión.

—¿Nicolas?

—Sí.

—¿Dónde está? ¿Qué hace?

—Cruza la plaza.

—¿Viene hacia aquí?

—Directo.

—¿Qué cara tiene?

—No lo sé. El sol le da de espaldas.

—¿Adónde vas?

Porque Tony estaba recogiendo la ropa, la camisa, los zapatos.

—No puedo quedarme aquí. De momento que no nos encuentre juntos...

Ya no la miraba, no se preocupaba de ella, de su cuerpo ni de lo que pudiera decir o pensar. Lanzaba una última mirada apresurada por la ventana y se precipitaba afuera de la alcoba.

Si Nicolas venía a Triant en tren cuando su mujer estaba allí, sería por una razón seria.

En la escalera de gastados peldaños hacía más fresco debido a la penumbra; Tony, con la ropa bajo el brazo, subió un piso, encontró una puerta entreabierta al fondo del pasillo y a Françoise, que llevaba un vestido negro y un delantal negro, cambiando las sábanas de una cama. Ella le miró de la cabeza a los pies y se echó a reír.

—¡Caramba, señor Tony! ¿Se han peleado?

—Chist.

—¿Qué pasa?

—Su marido.

—¿Les ha sorprendido?

—Aún no... Viene hacia el hotel.

Se vestía febrilmente, tendiendo el oído, esperando reconocer el blando paso de Nicolas en la escalera.

—Ve a ver qué hace y vuelve enseguida a contármelo...

Sentía afecto por Françoise, una chica sólida, con ojos risueños, y ella le correspondía.

La mitad del techo hacía pendiente, del papel pintado sembrado de flores rosas colgaba un crucifijo negro sobre la cama de nogal. En la habitación azul también había un crucifijo, más pequeño, sobre la chimenea.

No tenía corbata y la chaqueta se había quedado en el coche. De pronto las precauciones que Andrée y él venían tomando desde hacía un año resultaron útiles.

Cuando se citaban en el Hôtel des Voyageurs, Tony dejaba la camioneta en la Rue des Saules, una vieja y tranquila calle paralela a la Rue Gambetta, mientras que Andrée aparcaba el Citroën Dos Caballos gris en la plaza del Mercado, a más de trescientos metros.

Por la ventana en mansarda, descubría el patio del hotel, y al fondo, los establos donde se agitaban las gallinas. El tercer lunes de cada mes se celebraba una feria de animales frente a la estación y muchos campesinos de los alrededores aún se acercaban a Triant en carreta.

Françoise subía otra vez, sin apresurar el paso.

—¿Qué hace?

—Se ha sentado en la terraza y ha pedido un refresco.

—¿Qué aspecto tiene?

Le preguntaba más o menos lo mismo que, un momento antes, le había preguntado Andrée.

—Ningún aspecto en particular.

—¿Ha preguntado por su mujer?

—No. Pero desde donde está controla las dos salidas.

—¿Mi hermano no te ha dicho nada?

—Que se escape usted por detrás, cruzando el patio del garaje vecino.

Él sabía el camino. Desde el patio, había que saltar un muro de un metro y medio y detrás se encontraba el garaje Chéron, cuyos surtidores se alineaban en la plaza de la estación, y desde allí una callejuela llevaba a la Rue des Saules, desembocando entre una farmacia y la panadería Patin.

—¿Y ella qué hace?

—No sé.

—¿Se oye ruido en la habitación?

—No me he parado a escuchar.

A Françoise no le caía muy bien Andrée, quizá porque le gustaba Tony y tenía celos.

—Será mejor que no pase por la planta baja, no se le ocurra ir a los lavabos...

Él se imaginó a Nicolas, con el rostro bilioso, la cara siempre triste o de malhumor, sentado en la terraza ante un refresco, cuando debería estar tras el mostrador de su colmado. Seguro que había llamado a su madre para que le sustituyese mientras él iba a Triant. ¿Qué motivo le había dado para aquel desplazamiento inusitado? ¿Qué sabía? ¿Quién le había informado?

—¿Nunca ha pensado usted, señor Falcone, en la posibilidad de una carta anónima?

La pregunta la había planteado el señor Diem, el juez de instrucción, una persona tan tímida que resultaba turbadora.

—En Saint-Justin nadie estaba al corriente de nuestras relaciones. En Triant tampoco, aparte de mi hermano, mi cuñada y Françoise. Tomábamos precauciones. Ella entraba por la puertecita de la Rue Gambetta, que se abre al pie de la escalera, lo que le permitía subir a la habitación sin pasar por el café.

—¿Y por supuesto, su hermano era de confianza?

No pudo por menos de sonreír a esa pregunta. Su hermano era como él mismo.

—¿Su cuñada también?

Lucia le quería casi tanto como a Vincent, aunque de otra forma, evidentemente. Era de origen italiano, como ellos, y para ella lo primero era la familia.

—¿Y la criada?

Aunque estuviera enamorada de Tony, Françoise jamás hubiera enviado una carta anónima.

—Sólo queda una persona —murmuraría el señor Diem volviendo la cabeza, mientras el sol jugaba en sus cabellos un poco alborotados.

—¿Quién?

Enrojeció, negó con la cabeza.

—No es posible que Andrée...

—¿Por qué?

Pero aún faltaba mucho para eso. Ahora estaba bajando la escalera detrás de Françoise, procurando que los peldaños no crujiesen. El Hôtel des Voyageurs databa del tiempo de las diligencias. Tony se detuvo un instante ante la habitación azul, de la que no le llegó sonido alguno. ¿Quería decir eso que Andrée, aún desnuda, permanecía echada en la cama?

Françoise le llevaba al final del pasillo, que formaba un codo, y señalaba una ventanita abierta sobre el tejado en pendiente de una cochera.

—A la derecha hay un montón de paja. Salte sin miedo...

Las gallinas protestaron cuando cayó en el patio, y, al cabo de un instante, tras franquear el muro del fondo, se encontró en un revoltijo de coches viejos y piezas sueltas. Ante el surtidor de gasolina un empleado en mono blanco estaba llenando el depósito de un coche y no se volvió.

Tony se escabulló, se encontró en una callejuela que primero olía a agua estancada y luego, más adelante, a pan caliente, porque un tragaluz del horno del panadero daba a la calle.

Por fin, en la Rue des Saules, se puso al volante de su camioneta, que llevaba en letras negras sobre fondo limón:

ANTOINE FALCONE

TRACTORES - MAQUINARIA AGRÍCOLA

SAINT-JUSTIN-DU-LOUP

Un cuarto de hora antes se sentía en paz con el mundo entero. ¿Cómo definir el malestar que se había apoderado de él? No era miedo. No le había rozado ni el menor presentimiento.

—¿No le inquietó verle salir de la estación?

Sí... No..., un poco, por el carácter y las costumbres de Nicolas, y por su salud, que tanto le preocupaba.

Dio la vuelta a Triant para alcanzar la carretera de Saint-Justin sin pasar por la plaza de la estación. Junto a un puente sobre el Orneau había una familia entera pescando con cañas, incluso una niña de seis años que acababa de sacar un pez del agua y que no sabía cómo desengancharle el anzuelo. Seguramente eran parisienses. En verano estaban por todas partes; también en el hotel de su hermano, y hacía un momento, desde la habitación azul, había reconocido el acento de sus voces en la terraza.

La carretera cruzaba campos de trigo cosechado quince días atrás, viñedos, prados en los que pacían las vacas de la región, color malva, con el hocico casi negro.

Saint-Séverin, a tres kilómetros, no era más que una calle corta con algunas granjas esparcidas por los alrededores. Luego vio, a la derecha, el bosquecillo al que llamaban el bosque de Sarelle, por el caserío del mismo nombre que escondía en su seno.

Fue allí, a unos metros del camino sin asfaltar, cuando empezó todo, en septiembre del año anterior.

—Cuénteme el principio de sus relaciones...

Primero el brigada de la gendarmería de Triant y un inspector de la policía judicial de Poitiers le habían planteado las mismas preguntas; después fueron el juez Diem, el psiquiatra delgado, su abogado el licenciado Demarié, hasta llegar al presidente del tribunal.

Durante semanas y meses escuchó las mismas palabras, pronunciadas por diferentes voces, en decorados nuevos, mientras transcurría la primavera, el verano y luego el otoño.

—¿El principio? Nos conocimos cuando teníamos tres años, vivíamos en el mismo pueblo e íbamos al colegio, más tarde hicimos juntos la primera comunión...

—Me refiero a sus relaciones sexuales con Andrée Despierre. ¿Las tuvieron antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de que ella se casase con su amigo.

—Nicolas no era amigo mío.

—Pues digamos su camarada, o su condiscípulo, si lo prefiere.

En aquella época ella se llamaba Formier y vivía con su madre en el castillo...

No era un auténtico castillo. Antaño existió uno en el mismo lugar, pegado a la iglesia, pero sólo quedaba parte de las dependencias. Seguían llamándole el castillo desde hacía un siglo y medio por lo menos, seguramente desde la Revolución.

—¿Antes de que ella se casase, alguna vez...?

—No, señor juez.

—¿Ni coquetearon? ¿Nunca la besó?

—No se me hubiera ocurrido.

—¿Por qué?

Estuvo a punto de responder: «Porque era demasiado alta».

Y era verdad. Nunca había asociado el amor con aquella chica alta e impasible que le recordaba a una estatua.

Además, era la señorita Formier, la hija del doctor Formier, muerto en la deportación. ¿Bastaba eso como explicación? No se le ocurría otra. Ella y él no estaban en el mismo nivel.

Cuando salían del colegio con las carteras a la espalda, ella sólo tenía que cruzar el patio para volver a su casa en el centro del pueblo, mientras que él y dos compañeros tomaban el camino de La Boisselle, una aldea de tres chimeneas, cerca del puente del Orneau.

—Hace cuatro años, cuando usted volvió a Saint-Justin, casado y padre de familia, y edificó su casa, ¿contactó con ella?

—Se había casado con Nicolas y llevaba el colmado con él. Alguna vez entré para comprar algo, pero en general era mi mujer quien...



—Pues dígame cómo y dónde empezó todo.

Precisamente en el sitio donde estaba ahora, a la orilla del bosque de Sarelle. No era día de feria en Triant, ni de mercado grande. El mercado grande abre los lunes; el mercado pequeño, los viernes. Él iba allí con regularidad, porque era una ocasión para verse con su clientela.

Nicolas, a causa de sus crisis, no conducía. El juez lo sabía. Era Andrée quien cada jueves iba a Triant con el Dos Caballos para hacer las compras en las casas al por mayor y al detalle.

Cada dos viajes se quedaba en el pueblo todo el día, porque aprovechaba para ir a la peluquería.

—¿Supongo que en esos cuatro años se la encontraría a menudo?

—Sí, bastantes veces. En Triant siempre se encuentra uno a gente de Saint-Justin.

—¿Se dirigían la palabra?

—Yo la saludaba.

—¿De lejos?

—De lejos, de cerca, según.

—¿No mantenían otros contactos?

—A veces le preguntaba cómo estaba su marido, o cómo estaba ella.

—¿Sin ningún plan preconcebido?

—¿Perdón?

—De la investigación se desprende que en el curso de sus idas y venidas profesionales corrió usted cierto número de aventuras femeninas.

—Alguna vez, como todo el mundo.

—¿A menudo?

—Siempre que se presentaba la ocasión.

—¿También con Françoise, la criada de su hermano?

—Una vez. Entre risas. Fue más bien una broma.

—¿Qué quiere decir?

—Ella me retó, no recuerdo por qué motivo, y una vez que me la encontré en la escalera...

—¿Sucedió en la escalera?

—Sí.

¿Por qué a veces le miraban como si fuera un monstruo cínico y otras como si fuera un prodigio de candor?

—Ni ella ni yo le dimos importancia a la cosa.

—¿Pero mantuvieron relaciones?

—Claro.

—¿Y nunca le entraron ganas de repetir?

—No.

—¿Por qué?

—Quizá porque enseguida pasó lo de Andrée.

—¿La criada de su hermano no le guardó ningún rencor?

—¿Por qué razón?

¡Qué diferente es la vida cuando se la vive y cuando se la examina después! Los sentimientos que le atribuían le extrañaban, empezaba a no distinguir lo verdadero de lo falso, a preguntarse dónde acababa el bien y dónde empezaba el mal.

¡Por ejemplo, aquel encuentro en septiembre! Debió de ser un jueves, porque Andrée había ido a Triant. Debió de retrasarse, quizás en la peluquería, porque regresaba más tarde que de costumbre, a la caída de la noche.

Él se había visto obligado a beber unos vasos de vino del país con unos clientes. Bebía lo menos posible, pero su oficio no siempre le permitía negarse a una ronda.

Se sentía alegre, ligero, como hace un momento en la habitación azul cuando estaba de pie, desnudo ante el espejo, secándose la sangre del labio.

Acababa de encender los faros en el crepúsculo cuando descubrió el Dos Caballos gris de Andrée al borde de la carretera, y a Andrée, con un vestido claro, que le hacía señas para que se detuviese.

Naturalmente, frenó.

Más tarde le preguntarían, como acusándole:

—¿Ya se tuteaban?

—Claro. Desde el colegio.

—Prosiga.

¿Qué estaría anotando el juez en la hoja dactilográfica que tenía delante?

—Ella me dijo: «Para una vez que me dejo el gato en casa, porque necesitaba espacio, voy y pincho... ¿Tú llevas gato?».

No tuvo que quitarse la chaqueta, pues aún hacía calor y no se la había puesto. Se acordaba de que llevaba una camisa de manga corta y unos pantalones de dril azul.

¿Qué podía hacer, sino desmontar la rueda?

—¿Llevas una de recambio?

Mientras estaba trabajando anocheció del todo, y Andrée, de pie a su lado, iba pasándole las herramientas.

—Vas a llegar tarde a cenar.

—Bueno, me suele pasar. Con mi oficio...

—¿Tu mujer no protesta?

—Sabe que no es culpa mía.

—¿La conociste en París?

—En Poitiers.

—¿Es de Poitiers?

—De un pueblo de los alrededores. Estaba trabajando en la ciudad.

—¿Te gustan las rubias?

Gisèle era rubia, con una piel fina, diáfana, que a la menor emoción se volvía rosa.

—No lo sé. Nunca lo he pensado.

—Quizá las morenas te dan miedo.

—¿Por qué?

—Porque, años atrás, besaste a casi todas las chicas del pueblo menos a mí.

—No se me ocurriría.

Él bromeaba, se limpiaba las manos con el pañuelo.

—¿Quieres probar a besarme una vez?

Él la miró sorprendido, a punto de repetir su: «¿Por qué?». En la oscuridad apenas la veía.

—¿Quieres? —repitió ella con una voz casi irreconocible.

Él recordaba las lucecitas rojas en la parte trasera del coche, el olor de los castaños, y luego el olor, el gusto de la boca de Andrée. Con los labios pegados a los suyos, le sujetaba la mano y se la llevaba a los pechos, que a él le sorprendió encontrar tan redondos, tan plenos, tan vivos.

¡Y la había tomado por una estatua!

Se acercaba un camión y, para eludir sus faros, retrocedieron pegados el uno al otro hacia donde se alzaban los primeros árboles. Allí, de repente, Andrée se estremeció como él no había visto antes a ninguna mujer, y repetía arrastrándole con todo su peso:

—¿Quieres?

Se encontraron en el suelo, entre la alta hierba, ortigas.

No se lo dijo a los policías ni al juez. Sólo el profesor Bigot, el psiquiatra, poco a poco fue arrancándole la verdad: fue ella la que se remangó hasta el vientre, quien hizo brotar los pechos de los sostenes, quien le ordenó con una voz ronca que parecía un rugido:

—¡Fóllame, Tony!

De hecho, ella le poseyó a él, y sus ojos manifestaban tanto triunfo como pasión.

—Yo no sospechaba que ella fuese así.

—¿Qué quiere decir?

—Creía que era una chica fría, altiva, como su madre.

—¿Así que no manifestó ninguna turbación, ningún malestar?

Echada en la hierba, sin moverse, con las piernas abiertas, le dijo, igual que esta tarde en la habitación del hotel:

—Gracias, Tony.

Parecía decirlo en serio. Se mostraba humilde, casi como una niña.

—¡Imagínate, hacía tanto que lo estaba deseando! Desde el colegio. ¿Te acuerdas de Linette Pichat, que aunque era bizca le fuiste detrás durante meses?

Ahora era institutriz, en Vendée, y cada año venía a pasar las vacaciones con sus padres.

—Una vez os sorprendí juntos. Debías de tener catorce años.

—¿Detrás de la fábrica de ladrillos?

—¿Aún te acuerdas? Él se rio.

—Me acuerdo porque fue la primera vez.

—¿Para ella también?

—No lo sé. Yo no tenía bastante experiencia para saberlo.

—¡La odié! Durante meses, de noche, en la cama, pensaba en cómo hacerla sufrir.

—¿Y lo descubriste?

—No. Me conformé con rezar para que cayese enferma o sufriera un accidente y quedase desfigurada.

—Será mejor que volvamos a Saint-Justin.

—Espera un momento, Tony. ¡No! No te levantes. Tenemos que encontrar una forma de vernos mejor que al borde de la carretera. Cada jueves voy a Triant.

—Ya lo sé.

—Quizá tu hermano...

El juez concluiría:

—En resumen, que ya esa noche quedó todo aclarado. Era difícil saber si hablaba con ironía o no.

El 2 de agosto, en la vida de Tony todavía no existía ningún juez. Estaba regresando a casa. Aún no había anochecido, como a esas horas en septiembre. El sol apenas empezaba a enrojecer al oeste y durante un rato tuvo que seguir a un rebaño de vacas, hasta que pudo adelantarlas.

Un pueblo en una depresión del terreno: Doncoeur. Luego una cuesta suave, más campos, prados, un cielo vasto, y tras un remonte aparecía su casa, nueva, de ladrillos rosados, en la que se reflejaba el sol en un cristal y su hija Marianne le esperaba sentada en el umbral; y detrás, al final del terreno, el hangar plateado en el que campaba su nombre, como en la camioneta, y donde se guardaban las máquinas agrícolas.

Marianne había reconocido el coche desde lejos, y, volviéndose hacia la puerta, debió de anunciar:

—¡Es pap!

Se negaba a llamarle papá como los demás niños, y a veces, en broma, y quizá también porque tenía celos de su madre, le llamaba Tony.



## 2

Su casa se levantaba a media pendiente, rodeada de un jardín, y un prado la separaba de la casa de las hermanas Molard, vieja y gris, con techo de pizarra; luego estaba la forja y, finalmente, cien metros más abajo, el pueblo con calles de verdad, unas fachadas junto a otras, pequeños cafés, tiendas. A la gente del lugar no le gustaba la palabra pueblo y decía la ciudad, una gran ciudad de mil seiscientos habitantes sin contar las tres aldeas que dependían de ella.

—¿Te has pegado con alguien, pap? —Se había olvidado del mordisco de Andrée—. Tienes el labio todo inflado.

—Me he dado un golpe.

—¿Contra qué?

—Contra un poste, en la calle, en Triant. Ya ves lo que pasa cuando uno anda por la calle sin fijarse bien en lo que hace.

—¡Mamá! Pap se ha dado contra un poste... Su mujer salió de la cocina, con un delantal a cuadritos y una cacerola en la mano.

—¿Es verdad, Tony?

—No ha sido nada, mira.

La madre y la hija se parecían tanto que a veces, cuando estaban juntas, él se sentía un poco turbado.

—¿Has pasado mucho calor?

—No demasiado. Ahora tengo que acabar un trabajo en el despacho.

—¿Podremos cenar a las seis y media?

—Espero que sí.



Cenaban temprano porque Marianne se acostaba a las ocho. La niña también llevaba un delantal a cuadritos azules. Acababa de perder dos dientes de leche, los delanteros, y los dos huecos le daban una expresión casi patética. Por unas semanas, parecía que fuese a la vez una niña y una viejecita.

—¿Puedo ir contigo, pap? Te prometo que no haré ruido.

El despacho, con sus paredes verdes y sus montones de prospectos en estanterías de madera blanca, daba a la carretera y Tony estaba ansioso de ver pasar el Dos Caballos.

Al lado se encontraba lo que el arquitecto llamaba la sala de estar, la habitación más grande de la casa, concebida a la vez como comedor y salón.

Ya la primera semana comprobaron que para Gisèle era incómodo ir y venir con los platos y levantarse de la mesa para vigilar las cacerolas, y habían acabado comiendo en la cocina.

Era espaciosa y alegre. Había un cuartito trasero para la colada y la plancha. Todo estaba bien concebido, todo era de una pulcritud extrema, sin lugar para el desorden.

—Su mujer, por lo que me cuenta, es una excelente ama de casa.

—Sí, señor juez.

—¿Por eso se casó con ella?

—Cuando me casé, no lo sabía.

En realidad hubo tres etapas, si no cuatro. La primera en Saint-Justin, en su casa, cuando el brigada de gendarmería, y luego el teniente, le acosaron con preguntas sexuales que él no entendía. Después, en Poitiers, llegó el turno del inspector Mani, que citaba fechas, cotejaba horarios, reconstruía sus idas y venidas.

Su forma de pensar no les interesaba, sobre todo a los gendarmes, o más bien nada les sorprendía, porque su vida privada se parecía bastante a la de él.

Más tarde, con el juez Diem, con el psiquiatra, incluso con su abogado, todo iba a ser muy distinto. Cuando comparecía, por ejemplo, ante el juez de instrucción, Tony venía de la cárcel, del coche celular que enseguida le llevaría de vuelta allí, mientras que el magistrado regresaría a su casa para almorzar o cenar.

El que más le desazonaba era Diem, quizá porque tenían más o menos la misma

edad. El juez era un año más joven que él y se había casado dieciocho meses antes. Su mujer acababa de tener el primer bebé. El padre del juez, que no tenía fortuna, trabajaba como jefe de una oficina de la seguridad social, y Diem se había casado con una mecanógrafa. Vivían en un piso modesto, de tres habitaciones y cocina, en el barrio nuevo.

—¿No deberían entenderse?

—¿Exactamente de qué tenía usted miedo aquella noche?

—¿Qué responder? De todo. De nada en particular. Nicolas no habría confiado la tienda a su madre y tomado el tren sin un motivo grave. No se había presentado en Triant sólo para sentarse ante un velador en la terraza del Hôtel des Voyageurs y beber un refresco.

—Cuando Tony se fue, Andrée seguía desnuda, en la cama de la habitación azul, y no manifestaba intención de moverse.

—¿Considera a Nicolas un hombre violento?

—No.

—Pero de todas formas era un enfermo que, desde la infancia, vivía recluido en sí mismo.

—¿Se preguntó usted, en Triant, si iba armado? No lo había pensado.

—¿Temía por su hogar?

—Diem y él no lograban situarse en el mismo terreno, ni usar palabras que significasen lo mismo para los dos. Había un malentendido permanente.

—Fingía trabajar, con un montón de facturas delante, con un lápiz en la mano, y de vez en cuando trazaba una cruz inútil al lado de una cifra, para disimular.

—Sentada a sus pies, su hija jugaba con un cochecito al que le faltaba una rueda. Él veía la carretera, a unos veinte metros, más allá del césped y de la verja blanca, y luego, al pie de un prado, la parte trasera de las casas del pueblo, los patios, los jardincillos llenos de dalias en flor. En alguna parte, el amarillo y el corazón negro de un enorme sol resaltaba sobre la pintura de un muro, cerca de un tonel.

—Al volver, había consultado maquinalmente el despertador, que marcaba las seis menos cuarto. A las seis y veinte Gisèle vino a preguntarle:

—¿Puedo servir la cena como de costumbre?

—Espera un poco. Antes de cenar quiero acabar esto.

—¡Tengo hambre, pap!

—No tardaremos mucho, pequeña. Si me retraso, empieza a cenar con mamá.

Fue en aquel momento más o menos cuando sintió un pánico que no había sentido antes, cuando, con la ropa en la mano, se refugiaba en el segundo piso del hotel. Una angustia física, un espasmo en el pecho, una fiebre súbita que le forzó a levantarse y plantarse delante de la ventana.

Cuando encendió un cigarrillo la mano le temblaba. Las piernas le fallaban.

¿Presentimiento? Se lo comentó al psiquiatra, o, más bien, el profesor Bigot le llevó a hablar de ello.

—¿No le había pasado nunca?

—No. Ni siquiera cuando salí indemne por milagro de un accidente de coche. Y eso que entonces, al encontrarme sentado en el campo y sin un rasguño, rompí a llorar.

—¿Temía a Nicolas?

—Siempre me ha impresionado.

—¿Ya en el colegio?

Afortunadamente, cuando la aguja del despertador aún no había llegado a la media, apareció el Dos Caballos en lo alto de la cuesta. Pasó ante la casa, con Andrée al volante y su marido al lado, y ni ella ni él miraron hacia donde él se encontraba.

—Cuando quieras, Gisèle.

—Entonces, a la mesa. Ve a lavarte las manos, Marianne.

Habían empezado a cenar como cualquier otro día: sopa, una tortilla de jamón, ensalada, queso y, de postre, melocotones.

Bajo las ventanas se extendía el huerto que su mujer y él cultivaban, y donde Marianne, en cuclillas, se pasaba las horas muertas arrancando malas hierbas.

Las judías habían alcanzado la cima de sus estacas. Tras la rejilla del corral picoteaba una docena de gallinas blancas, de raza Leghorn, y en la sombra de la conejera se adivinaban los conejos.

En apariencia, el día terminaba como cualquier otro día de verano. Por la ventana abierta entraba un aire tibio, a veces una racha fresca. El herrero, el gordo Didier, seguía batiendo su yunque. La naturaleza estaba en calma y se preparaba lentamente para la noche.

Las preguntas del profesor Bigot casi siempre eran inesperadas.

—Desde esa noche, ¿tuvo usted la impresión de haberla perdido?

—¿A quién? ¿A Andrée?

Se sorprendió, porque no lo había pensado.

—Desde hacía once meses vivía usted lo que no es exagerado llamar una gran pasión...

No se le había ocurrido aquella palabra. Deseaba a Andrée. Después de varios días sin ella, le obsesionaba el recuerdo de las horas tumultuosas y ardientes que habían vivido, el recuerdo de su olor, de sus senos, de su vientre, de su impudicia. Acostado junto a Gisèle, se pasaba horas sin conciliar el sueño, hechizado por fantasías fabulosas.

—¿Qué te parecería si fuéramos al cine?

—¿A qué día estamos?

—A jueves.

Gisèle se sorprendió un poco. En general, iban al cine una vez por semana, en Triant, que sólo estaba a doce kilómetros.

Las demás noches, Tony trabajaba en su despacho mientras su mujer lavaba los platos y luego iba a coser o remendar calcetines a su lado. A veces se interrumpían el uno al otro para cambiar unas frases, casi siempre sobre Marianne, que en octubre entraría en el colegio.

Más raro era que se sentasen fuera, con la espalda apoyada en la casa, de cara al crepúsculo, los tejados grises y los tejados rojos bajo la luna, la oscura masa de los árboles cuya enramada emitía un suave rumor.

—¿Qué echan?

—Una película americana. He visto el anuncio, pero no recuerdo el título.

—Si quieres. Avisaré a las Molard.

Cuando salían de noche, venían a cuidar de Marianne las hermanas Molard, tanto una sola como las dos. La mayor, Léonore, tenía treinta y siete o treinta y ocho años; Marthe era un poco más joven. En realidad, ni una ni otra tenían edad y sin darse cuenta iban a convertirse en solteras.

Las dos tenían la cara redonda, lunar, con los rasgos como borrados, y vestían la misma ropa, los mismos abrigos, los mismos sombreros, igual que suelen hacer las gemelas.

A menudo eran las únicas fieles a la misa de las siete, donde cada mañana comulgaban, y no se perdían ni las vísperas ni la bendición. Ayudaban al párroco Louvette a mantener limpia la iglesia, ponían flores en los altares, cuidaban el cementerio, y también velaban a los moribundos y lavaban a los muertos.

Eran costureras, y al pasar delante de su casa se las podía ver trabajando detrás de la ventana o mimando a un gato gordo, de color café con leche.

A Marianne no le gustaban.

—Huelen mal —decía.

Es verdad que desprendían un olor particular, el que se huele en los almacenes de tejidos y que también se percibe en las iglesias, además de un tufo a cuarto de enfermo.

—¡Son feas!

—Si no te hiciesen compañía, te quedarías sola en casa.

—No tengo miedo.

Gisèle sonreía, con una sonrisa muy suya, muy fina, que apenas le estiraba los labios, como si se esforzase por guardarla en su interior.

—¿Atribuye esta actitud a la discreción?

—Sí, señor juez.

—¿Qué entiende usted por eso? ¿La facultad de guardar un secreto?

¡Palabras!

—No es exactamente eso. A ella no le gustaba hacerse notar. Temía ocupar demasiado espacio, molestar a la gente, pedirles un favor.

—¿De jovencita ya era así?

—Creo que sí. Por ejemplo, al salir del cine o de un baile nunca hubiera confesado que tenía sed, para no hacerme gastar dinero.

—¿Tenía amigas?

—Sólo una, una vecina mayor que ella con la que daba largos paseos.

—¿Qué le sedujo en ella?

—No sé. Nunca me lo he preguntado.

—¿Le parecía tranquilizadora?

Tony miraba al juez fijamente a la cara, tratando de comprender.

—Pensé que sería...

No encontraba la palabra.

—¿Una buena esposa?

No era eso con exactitud, pero se resignó a decir que sí.

—¿Usted la quería?

Y, como él callaba: —¿Deseaba acostarse con ella? ¿Lo hizo antes del matrimonio?

—No.

—¿No la deseaba?

Claro que sí, pues se había casado con ella.

—¿Y ella? ¿Cree usted que le quería o que le interesaba el matrimonio en sí mismo?

—No lo sé. Creo...

¿Qué respondería el juez si él le hiciera la misma pregunta? Formaban una buena pareja, eso era todo. Gisèle era limpia, activa, discreta, estaba en su sitio en la casa nueva.

A él, por la noche, le alegraba volver a casa y, hasta Andrée, no había tenido aventuras serias, aunque aprovechaba las ocasiones.

—¿Quiere decir que nunca se le ocurrió la idea de divorciarse?

—Así es.

—¿Durante los últimos meses tampoco?

—En ningún momento.

—Sin embargo, le dijo a su amante...

Entonces, de repente, alzaba el tono, incluso daba un puñetazo sin darse cuenta en la mesa del pequeño juez.

¡Pero demonios, yo nunca decía nada en serio! ¡Era ella la que hablaba! Seguía desnuda en la cama. Yo estaba desnudo delante del espejo: acabábamos de... En fin, lo sabe usted tan bien como yo. En esos momentos las palabras no importan. Apenas oía lo que me decía. Mire, durante un buen rato, seguí con la mirada una abeja...

De repente le volvía la imagen de la abeja: hasta había abierto las persianas para dejarla salir.

—Yo respondía con la cabeza. Asentía o no mientras pensaba en otra cosa.

—¿En qué, por ejemplo?

Era demasiado deprimente. Tenía ganas de volver a la jaula del coche celular donde no le preguntarían nada.

—No lo sé.

Gisèle había corrido a avisar a las señoritas Molard mientras él acostaba a Marianne y luego, como siempre que se había visto con Andrée en Triant, se duchaba y cambiaba de

ropa. En el piso de arriba había tres habitaciones y un cuarto de baño.

—Si tenemos más hijos, los niños podrán dormir en un cuarto y las niñas en el otro —había dicho Gisèle, en la época en que discutían sus proyectos.

Seis años después, seguían sin más niños aparte de Marianne y la tercera habitación sólo había sido utilizada una vez, cuando los padres de Gisèle vinieron a pasar las vacaciones en Saint-Justin.

Vivían en Montsartois, a seis kilómetros de Poitiers. Germain Coutet, fontanero, era un hombre grueso, de aspecto de gorila, rostro rojizo y voz sonora, cuyas frases empezaban por: «Como yo siempre digo...», «Yo afirmo que...».

Desde el primer día, habían notado que estaba celoso de su yerno, del despacho claro y ordenado, de la cocina moderna y sobre todo del hangar plateado donde se alineaba la maquinaria.

—Yo sigo pensando que un obrero se equivoca al instalarse por cuenta propia...

A las ocho de la mañana empezaba su primera botella de vino tinto y no paraba de beber en todo el día. Se le encontraba en todas las tabernas del pueblo, y, desde fuera, se oía su voz tronante. Aunque nunca estaba borracho, a medida que iba llegando la noche se ponía más categórico, casi agresivo.

—¿Quién se va de pesca cada domingo? ¿Tú o yo? ¡Vale! ¡Uno a cero! ¿Quién tiene tres semanas de vacaciones pagadas? ¿Y quién, cada noche después de trabajar, no tiene que romperse los cuernos haciendo números?

Su mujer, grasa y pasiva, con el vientre salido, evitaba contrariarle. ¿Explicaba eso el carácter apagado de Gisèle?

Hacia el final de su estancia se produjo alguna escaramuza, y los Coutet no volvieron de vacaciones a Saint-Justin.

Tras avisar a las hermanas Molard, Gisèle no solamente había tenido tiempo de lavar los platos, sino que se había cambiado. Apenas movía el aire a su alrededor, nunca daba la impresión de apresurarse y su trabajo se hacía como por arte de magia.

Un último buenas noches a Marianne, en la penumbra tibia del dormitorio. Abajo, las señoritas Molard ya se inclinaban sobre sus bordados.

—Que se diviertan.



Todo esto era familiar; no se era consciente de ello de tantas veces como se había repetido.

El motor giró. Sentados juntos en el asiento delantero de la camioneta, dejaron a su espalda el pueblo, donde alguien se demoraba cultivando su jardín, mientras que la mayoría de los vecinos, sentados en sillas delante de sus casas, aprovechaban el frescor de la noche, sin decir nada, algunos escuchando la radio que resonaba a sus espaldas, en una habitación vacía.

Al principio avanzaron en silencio, cada uno pensando en sus cosas.

—Dime, Tony... —Como no continuaba, él se preguntó, con una presión en el pecho, qué iba a decirle—. ¿No te parece que, desde hace algún tiempo, Marianne está muy pálida? —Su hija siempre había sido delgada, con brazos y piernas largas, y nunca había tenido buen color—. Hace un rato se lo he comentado al doctor Riquet, me lo he encontrado al salir del colmado...

¿No le había llamado la atención la ausencia de Nicolas, que se había hecho sustituir por su madre tras el mostrador? ¿Había empezado a hacerse preguntas?

—Según él, disfrutamos de un aire puro, pero los niños necesitan cambios. Nos aconseja que cuando podamos, el año que viene, por ejemplo, la llevemos al mar.

Él fue el primero en sorprenderse por la rapidez de su decisión.

—¿Por qué no este año? —respondió.

Ella no se atrevía a creerle. Desde que se instalaron en Saint-Justin nunca habían disfrutado de vacaciones porque el verano era la estación más activa de Tony. Habían comprado el terreno con sus ahorros, pero aún les quedaban varios años para pagar la casa y el hangar.

—¿Crees que podemos?

Sólo una vez, el primer año de su matrimonio, cuando aún vivían en Poitiers, pasaron quince días en Sables-d'Olonne, donde alquilaron una habitación amueblada en casa de una vieja y Gisèle preparaba las comidas en un infiernillo de alcohol.

—Ya estamos en agosto. Me temo que no encontraremos nada libre.

—Iremos a un hotel. ¿Te acuerdas de aquel hotel, al final de la playa, un poco antes del bosque de pinos?

—Las Rocas Grises. ¡No! ¡Las Rocas Negras!

Habían cenado allí una noche, un lenguado enorme para celebrar el cumpleaños de Gisèle, y el moscatel la había mareado un poco.

Tony estaba contento de su decisión. Así, por una temporada, cortaba amarras con André y Nicolas.

—¿Cuándo crees que...?

—Luego te lo digo.

Antes de fijar la fecha y estar seguro de su marcha tenía que hablar con su hermano. De hecho, si llevaba a su mujer al cine era para hablar con Vincent. Pasó ante el Hôtel des Voyageurs sin detenerse y tomó la Rue Gambetta, donde encontró aparcamiento a unos metros del Olympia. En las aceras, la gente del lugar se distinguía de los parisienses por su pose, su forma de caminar, de mirar los escaparates iluminados.

Siempre escogían las mismas butacas, en el anfiteatro. En el entreacto, tras las noticias, el documental y unos dibujos animados, él propuso:

—¿Vamos a beber una cerveza en el bar de Vincent?

Casi todas las mesas de la terraza estaban ocupadas. Françoise les encontró una libre y la limpió con la bayeta que llevaba en la mano.

—Dos cervezas, Françoise. ¿Está mi hermano?

—En el mostrador, señor Tony.

En el café, donde la luz parecía amarilla, unos hombres jugaban a las cartas, clientes fijos que Tony había visto cien veces en el mismo rincón, con otros clientes que les observaban y comentaban las jugadas.

—¿Qué hay?

Su hermano le respondió en italiano. Era extraño, porque, al nacer en Francia, sólo hablaban aquella lengua con su madre, que nunca pudo aprender el francés.

—No sé qué ha pasado exactamente. Creo que todo va bien. Él estaba allí, en la terraza...

—Ya lo sé. Le vi desde arriba.

—Ella bajó diez minutos después de que te fueras, serena, como si no pasase nada, y cruzó el café diciéndome:

—Déle las gracias a su mujer de parte mía, Vincent...

»Hablaba bastante alto para que su marido la oyera. Salió con el mismo paso, con el bolso en la mano. En el momento de doblar la esquina de la Rue Gambetta hizo como si descubriera a Nicolas.

»—¡Tú! ¿Qué haces aquí?

»Se sentó frente a él y no oí el resto de su conversación.

—¿Parecía que estuviesen discutiendo?

—No. En determinado momento, ella abrió el bolso para darse polvos y lápiz de labios tranquilamente.

—¿Y él, cómo estaba?

—Con él nunca se sabe. ¿Tú le has visto reír alguna vez? Creo que ella se ha librado, pero yo en tu lugar... ¿Has venido con Gisèle?

—Está en la terraza.

Vincent fue a saludarla. El aire era suave, el cielo estaba despejado. Un expreso cruzó la estación sin detenerse ni aminorar. En la Rue Gambetta, Gisèle posó la mano sobre el brazo de su marido como solía hacer cuando daban un paseo.

—¿Está contento tu hermano con sus negocios?

—Es una temporada buena. Cada año vienen más turistas.

Vincent no había tenido que comprar el inmueble, sólo el negocio, porque el propietario, que llevaba el hotel antes que él y que se había retirado a La Ciotat, no quería vender.

Partiendo de donde habían partido, los dos hermanos se habían apañado bastante bien y ya habían recorrido un buen trecho del camino.

—¿Has visto a Lucia?

—No. Estaría en la cocina. No me ha dado tiempo de ir a darle un beso.

Sentía un malestar indefinible y no era la primera vez. Gisèle no ignoraba que él había estado esa tarde en Triant. Pero no le preguntaba si entonces había visto a su hermano.

En algunos momentos hubiera preferido que le hiciera preguntas, aunque fueran embarazosas. ¿Era verosímil que se desinteresase de su vida fuera de casa, cuando a fin de mes le ayudaba con las cuentas y por consiguiente estaba al corriente de sus negocios?

¿Sospechaba algo y prefería guardarse las sospechas?

Aceleraron el paso porque oyeron el timbre del cine y algunos espectadores salían de prisa del pequeño bar de al lado.

Sólo de regreso a casa, en la oscuridad del coche cuyos faros hacían surgir paisajes en blanco y negro como los de la película, él acabó por decir:

—Estamos a jueves. —Sólo esa palabra le sonrojaba. ¿No evocaba el cuarto azul, el cuerpo mórbido de Andrée, sus piernas abiertas, el sexo oscuro que lentamente goteaba semen?—. Podríamos irnos el sábado. Mañana telefonaré al Rocas Negras. Si tienen dos habitaciones libres, o incluso una en la que puedan poner una cama para Marianne...

—¿Puedes dejar así tus negocios?

—Si es necesario, me acercaré una o dos veces. —Se sentía liberado, por el mero hecho de darse cuenta del peligro del que había escapado—. Nos quedaremos allá un par de semanas, los tres tumbados en la playa sin hacer nada.

De repente desbordaba de ternura por su hija y se culpaba por no haberse fijado en su palidez. También se reprochaba cosas con respecto a su mujer, pero de una forma más teórica. Por ejemplo, no hubiera sido capaz de detener el coche al borde de la carretera, tomar a Gisèle en sus brazos y apretar la cara de ella contra la suya murmurando:

—¡Te quiero mucho!

Y sin embargo, esa idea le rondaba a menudo. Y nunca lo había hecho. ¿De qué se avergonzaba? ¿No hubiera parecido un culpable que pide perdón?

La necesitaba. Marianne también necesitaba a su madre. Y él había renegado de las

dos cuando Andrée le hizo aquellas preguntas. Cierto que él las escuchaba distraído mientras se daba golpecitos en el labio con la toalla húmeda. Pero no por eso perdían su fastidiosa nitidez, y él recobraba hasta el peso de los silencios.

—Qué espalda más bonita tienes.

Era ridículo. A Gisèle no se le ocurriría extasiarse ante su espalda o sus pectorales.

—¿Me quieres, Tony?

En la habitación demasiado caliente que olía a sexo aquello sonaba natural, mientras que en la calma de la noche, con el motor ronroneante, las palabras, las entonaciones, se hacían irreales. Le había parecido inteligente responder:

—Eso creo.

—¿No estás seguro?

¿Pensaba que era un juego? ¿Ignoraba que, para ella, ciertamente no lo era?

—¿Te pasarías la vida entera conmigo?

Esta pregunta la había formulado dos veces en el espacio de unos minutos. ¿Y no la había oído ya antes, durante sus precedentes encuentros en la misma habitación?

Respondió:

—¡Claro!

Hablaba por hablar, ligero de cuerpo y espíritu. Ella notaba con tanta claridad que las palabras no venían del fondo de su conciencia, que insistía:

—¿Tan seguro estás? ¿No te daría miedo? Y el muy imbécil replicaba, con ojos pícaros:

—¿Miedo de qué?

Ahora recordaba el diálogo, palabra por palabra.

—¿Te imaginas cómo pasaríamos los días?

No había dicho las noches, sino los días, como si tuviera la intención de pasarse todo

el tiempo en la cama.

—Acabaríamos por acostumbrarnos.

—¿A qué?

—A nosotros.

Y era Gisèle quien se encontraba a su lado, en la oscuridad, mirando el mismo trecho de carretera, los mismos árboles, los mismos postes, que brotaban de la oscuridad y enseguida se desvanecían en la nada. Sintió la tentación de sujetarle de la mano, no se atrevía.

Un día se lo confesaría al profesor Bigot, que prefería visitarle en su celda que en la enfermería de la cárcel. Aunque el centinela le llevase una silla, se sentaba al borde de la cama.

—¿Si le he entendido bien, amaba usted a su mujer?

Tony separaba las manos para responder con un simple:

—Sí.

—Pero no encontraba el modo de contacto con ella.

Nunca había imaginado que la vida pudiese ser tan complicada. ¿Qué entendía el psiquiatra exactamente por contacto? Vivían como todas las parejas, ¿no?

—¿Por qué, después de Marianne, no tuvieron más hijos?

—No lo sé.

—¿Usted no quería más?

¡Al contrario! Hubiera querido seis, hubiera querido doce, la casa llena de niños, como en Italia. En cuanto a Gisèle, hablaba de tres, dos niños y una niña, y no hacían nada para evitarlo.

—¿Tenía relaciones sexuales frecuentes con su esposa?

—Sobre todo al principio.

Era franco, no intentaba ocultar nada. Se tomaba el asunto en serio y ponía tanto empeño en comprender como sus sucesivos interlocutores.

—Durante su embarazo, naturalmente, hubo un periodo...

—¿Fue entonces cuando tomó la costumbre de ver a otras mujeres?

—Lo hubiera hecho igualmente.

—¿Es una necesidad?

—No lo sé. Todos los hombres son así, ¿no?

El profesor Bigot tenía unos cincuenta años, un hijo mayor que estudiaba en París, una hija casada hacía poco con un hematólogo al que ayudaba en sus trabajos de laboratorio.

El psiquiatra vestía ropa fea, gastada, a veces con un botón colgando, y a cada momento se sonaba como si padeciera un resfriado crónico.

¿Cómo hacerle comprender lo que supuso volver a casa con su mujer aquella noche? No había pasado nada memorable. Gisèle y él no habían cambiado más de veinte frases. En aquel momento él estaba convencido de que ella no sabía nada, por lo menos nada de la escena de aquella tarde, probablemente nada de sus relaciones con Andrée, aunque se hubiera oído otras travesuras.

Pero fue recorriendo esos doce kilómetros cuando más cerca se sintió de ella, más unido a ella. A punto estuvo de decirle: «Te necesito, Gisèle».

Era necesidad de sentirla a su lado. Necesidad de que confiase en él.

—Cuando pienso en los años que he perdido por culpa tuya.

No era la voz de su mujer, sino la de Andrée, un poco ronca, saliendo del fondo de su garganta. Le reprochaba que a los dieciséis años se hubiera ido del pueblo para aprender un oficio.

Había ido a París y trabajado en un garaje hasta el servicio militar. Nunca se había preocupado de ella. Para él era una chica demasiado alta que vivía en el castillo y cuyo padre era héroe de guerra.

Una chica altiva y fría. Una estatua.

—¿Por qué te ríes?

Y es que, en el coche, iba riéndose.

—Estaba pensando en la película.

—¿Te ha gustado?

—Como todas.

Una estatua que se animaba extrañamente y que le preguntaba mirando muy lejos:

—¿Me oyes, Tony? ¿Y si me quedo libre?

Todo el mundo sabía que Nicolas estaba enfermo y no llegaría a viejo, ¡pero de eso a hablar de él casi en pasado! Fingió que no la había oído.

—¿Tú también te quedarías libre? La locomotora silbó con furia.

—¿Qué dices?

—Te pregunto si, en el caso...

¿Qué hubiera respondido si, entre la muchedumbre que salía de la estación y atravesaba la plaza, no hubiera reconocido a Nicolas?

Había luz en casa, en la planta baja. Las hermanas Molard, que no olvidaban consultar la hora, ya debían de haber ordenado sus trabajos de costura y estarían listas para irse, porque normalmente se acostaban a las nueve, a veces más temprano.

—Voy a guardar el coche.

Ella bajó y dio la vuelta a la casa para entrar por la cocina, mientras él llevaba la camioneta al hangar plateado, junto a los monstruos mecánicos pintados de amarillo y rojo fuerte.

Cuando llegó a la casa, las dos señoritas estaban saliendo.

—Buenas noches, Tony.

—Buenas noches.



Gisèle miraba a su alrededor para asegurarse de que todo estaba en orden.

—¿Quieres beber algo? ¿Tienes hambre?

—No, gracias.

Más tarde se preguntaría si en ese preciso momento ella no estaba esperando un gesto, una palabra suya. ¿Era posible que intuyese que les acechaba una amenaza?

En general, cuando volvían del cine, ella subía enseguida para ver si Marianne respiraba.

—Sé que es ridículo —le confesó una noche—. Sólo me pasa cuando salgo. Si me quedo en casa me parece que la protejo. —Se corrigió—: Que la protegemos. ¡En cuanto salgo, me parece tan vulnerable!

Se inclinaba sobre su hija, inquieta, hasta percibir su respiración regular.

Él no supo qué decir. Se desnudaron uno enfrente del otro, como cada noche. Desde su maternidad, a Gisèle se le habían ensanchado las caderas, pero el resto del cuerpo seguía delgado y sus pálidos pechos se habían estropeado.

¿Cómo hacer comprender a los demás que la amaba, cuando aquella noche, teniendo aquella necesidad de explicarse, no había sido capaz de hacérselo comprender a ella?

—Buenas noches, Tony.

—Buenas noches, Gisèle.

Era ella quien apagaba la lámpara de la mesilla de noche, situada a su lado de la cama porque se despertaba antes y en invierno aún estaba oscuro.

¿Dudó un instante en cortar la relación? Él, por su parte, contenía el aliento.

¡Clic!

### 3

No era de temperamento nervioso; en Poitiers le sometieron a varios test para averiguarlo, primero el psiquiatra de la cárcel, luego aquella extraña mujer con ojos de gitana, doctora en psicología, que a veces le parecía ridícula y a veces temible.

Más bien tendían a extrañarse de su calma, casi se la reprochaban, y alguien en los juzgados, el fiscal o el representante de la acusación particular, calificaría aquella calma de cínica y agresiva.

Era cierto que en general permanecía dueño de sí mismo, más inclinado a mantenerse en guardia y esperar los acontecimientos que a adelantarse a ellos.

Las dos semanas en Sables-d'Olonne ¿no habían sido semanas felices? Felices y un poco tristes, con repentinos accesos de ansiedad que no siempre lograba ocultar a su mujer y a su hija.

Llevaban la vida de la mayoría de los veraneantes, desayunaban en la terraza, Marianne ya en su traje de baño rojo, y a las nueve iban los tres a la playa, donde no tardaron en tener una especie de espacio reservado.

Les bastaron dos días para crearse costumbres, ritos, para conocer a sus vecinos en el comedor del Rocas Negras, saludar al anciano y a la anciana de la mesa de enfrente que dirigían gestos afectuosos a Marianne, fascinada por la barba del hombre.

—Si inclina un poco más la cabeza, la barba se le mojará en la sopa. Convencida de que aquello llegaría a pasar, cada día le espiaba.

Mañana y tarde, se sentaba la misma gente bajo los parasoles a su alrededor, la dama rubia que se untaba largamente el cuerpo de aceite y que, tumbada sobre el vientre, con los tirantes del traje de baño caídos, leía durante todo el día; los niños maleducados de los parisienses, que le sacaban la lengua a Marianne y que en el agua la empujaban...

Gisèle, desconcertada por su propia pasividad, tricotaba un jersey azul cielo que la niña llevaría en el colegio, y movía los labios contando los puntos.

¿Estaban resultando una mala idea aquellas vacaciones en Sables? Él jugaba con

Marianne, la enseñaba a nadar, con el agua hasta el vientre y la mano bajo el mentón. También intentó enseñar a su esposa, pero en cuanto perdía pie, se aterraba, braceaba con desesperanza, se agarraba a él. Una vez que una ola inesperada la sumergió, le lanzó una mirada en la que él creyó leer miedo. No miedo del mar. Miedo de él.

Durante horas, se mostraba tranquilo, relajado, jugaba con la pelota, caminaba con Marianne hasta el final de la playa. Se pasearon los tres juntos por las estrechas calles del pueblo, visitaron la catedral, fotografiaron los barcos de pesca en el puerto, a las lugareñas con faldas plisadas y zuecos barnizados con grasa de pez.

Quizás eran diez mil llevando la misma existencia; y, cuando estallaba una tempestad, recogían sus cosas para precipitarse a los hoteles y los cafés.

¿Por qué, por momentos, se comportaba como un ausente? ¿Se reprochaba no estar en Saint-Justin, donde Andrée quizás estaba enviándole en vano una señal?

—A propósito de esa señal, señor Falcone...

Tras unas semanas en Poitiers, confundía las preguntas del juez Diem con las del psiquiatra. A veces decían las mismas cosas con palabras diferentes, en otro contexto. ¿Se reunían entre interrogatorio e interrogatorio con la esperanza de que acabara por contradecirse?

—¿Cuándo acordaron esa señal su amante y usted?

—La primera noche.

—¿Quiere decir en septiembre, junto a la carretera?

—Sí.

—¿De quién fue la idea?

—De ella. Ya se lo he dicho. Ella quería que nos encontrásemos en algún lugar que no fuera al lado de un bosque, y enseguida pensó en el hotel de mi hermano.

—¿Y en la toalla?

—Primero sugirió colocar una mercancía determinada en un rincón de uno de los escaparates.

Había dos escaparates, atiborrados de artículos de ultramarinos, piezas de algodón,

delantales, zuecos. La tienda de los Despierre se encontraba en la calle mayor, a dos pasos de la iglesia, y para cruzar el pueblo había que pasar por delante.

El interior estaba oscuro, había dos mostradores llenos de mercancías y toneles, cajas contra las paredes, estanterías llenas de conservas y botellas, pantalones de dril, cestas de mimbre y jamones que colgaban del techo.

De todos los olores de su infancia, el que allí reinaba era el más fuerte, el más inefable, dominado por los efluvios de petróleo, porque las aldeas y las granjas aisladas aún no tenían electricidad.

—¿Qué mercancía?

—Pensamos en un paquete de almidón. Luego se le ocurrió que su marido podría cambiarlo de sitio sin que ella se diera cuenta, mientras estuviera en la cocina.

¿Cómo podían esperar, en unas semanas, incluso en unos meses, a razón de dos o tres horas al día, averiguarlo todo de una vida que les era tan extraña? No sólo su vida y la de Gisèle, sino también la de Andrée, de la señora Despierre, de la señora Formier, la vida del pueblo, las idas y venidas entre Saint-Justin y Triant. Sólo para comprender la habitación azul se necesitaría...

—Al final decidió que los jueves que pudiese reunirse conmigo en el hotel colgaría una toalla a secar en el alféizar de su ventana.

¡La ventana de su alcoba, la de Nicolas y ella! Porque dormían en la misma alcoba, encima de la tienda. Era una de las tres ventanas estrechas, con una barra de apoyo, más allá de la cual se apercebía, en la sombra, en la pared pardusca, una litografía en un marco negro y oro.

—Así que, cada jueves por la mañana...

—Yo pasaba delante de su casa.

¿Quién sabe si, mientras él pasaba el rato en traje de baño en la playa, Andrée le pedía socorro y si la toalla colgaba permanentemente en la barra de apoyo? Cierto que les había visto volver de Triant en el Dos Caballos, pero no sabía nada de su estado de ánimo.

—Me pregunto, señor Falcone, si, al proponerle a su esposa esas vacaciones...

—Ella acababa de hablarme de que Marianne estaba pálida.

—Lo sé. Usted aprovechó la ocasión. Una ocasión, quizá, para tranquilizarla, para representar al buen marido, al buen padre de familia, para disipar sus sospechas. ¿Qué piensa de esta explicación?

—Que es falsa.

—¿Sigue insinuando que su objetivo era alejarse de su amante?

Detestaba aquella palabra, pero no le quedaba más remedio que aceptarla.

—Más o menos.

—¿Había decidido ya no volver a verla?

—No tenía ningún plan preciso.

—¿La vio en los meses siguientes?

—No.

—¿Ella no volvió a hacerle la señal?

—Lo ignoro, porque a partir de entonces evité pasar delante de su casa los jueves por la mañana.

—¿Y eso, sólo porque una tarde vio usted a su marido salir de la estación y sentarse en la terraza del hotel para beberse un refresco? Es la única mujer, usted lo ha dicho, con la que haya conocido el amor físico en su plenitud. Si la memoria no me falla, usted habló de una verdadera revelación...

Era cierto, aunque no hubiera empleado esa palabra. En Sables-d'Olonne, a veces evocaba sin querer la habitación azul y apretaba los dientes de deseo. Otras veces se mostraba impaciente sin motivo, reñía a Marianne por cualquier cosa o se mostraba ausente, con la mirada dura. Gisèle y su hija se miraban y la madre parecía decirle a Marianne: «No hagas caso. Tu padre tiene problemas».

¿Y no las desconcertaba también notarle de repente demasiado suave, demasiado paciente, demasiado afectuoso?

—¿Es usted ambicioso, señor Falcone?

Tenía que pensarlo, porque nunca se había planteado esa pregunta. ¿Existen de

verdad personas que se pasan la vida mirándose a un espejo e interrogándose sobre sí mismas?

—Depende de lo que usted entienda por eso. A los doce años yo trabajaba después de clases y durante las vacaciones para comprarme una bicicleta. Más tarde soñé con una moto y me fui a París. Cuando me casé con Gisèle se me ocurrió establecerme por mi cuenta. En Poitiers montábamos máquinas agrícolas que nos llegaban de Norteamérica en piezas separadas y me ganaba bien la vida.

—Su hermano también puso un negocio tras probar varios empleos.

¿Qué relación había entre las dos trayectorias?

No era el juez Diem, sino el profesor Bigot quien hablaba, despacio, como si pensase en voz alta.

—Me pregunto si el hecho de que ustedes tengan padres italianos, de que sean extranjeros en un pueblo francés... Tengo entendido que su padre es albañil.

El juez había pasado una tarde entera interrogando al viejo Falcone, habían ido a buscarle a su casita de La Boisselle.

—¿Qué sabe de su padre?

—Es de un pueblo muy pobre del Piamonte, Larina, a unos treinta kilómetros de Vercelli. Allí, en la montaña, donde hay mucha pobreza, la mayoría de los jóvenes emigran y mi padre hizo lo mismo a los catorce o quince años. Vino a Francia con un equipo que cavó un túnel, no sé cuál, en la región de Limoges; luego se trasladó a otros lugares a cavar más túneles...

Era difícil hablar de Angelo Falcone, al que en Saint-Justin todo el mundo llamaba Angelo, porque no era en absoluto un hombre corriente.

—Viajó mucho por Francia, de norte a sur y de este a oeste, y acabó por instalarse en La Boisselle.

En los recuerdos de Tony, ese seguía siendo un lugar sorprendente. Antaño, La Boisselle, a dos kilómetros y medio de Saint-Justin, había sido un convento edificado en el solar de una antigua fortaleza, con las piedras del castillo, y aún se veían trechos de los antiguos muros invadidos por las malas hierbas, fosos llenos de agua estancada en los que él había pescado ranas.

Sin duda, los monjes se dedicaban a la agricultura, porque, enmarcando el patio mayor, quedaban edificios de todas clases, cuadras, talleres, bodegas.

La mayor parte la ocupaban los Coutant, que poseían una decena de vacas, corderos, dos caballos de labranza, un cabrito viejo que mascaba tabaco. Los edificios que aún eran habitables y que no necesitaban los alquilaban.

Aquello constituía una pequeña y abigarrada colonia que incluía, además de los Falcone, a una familia checa y a otra venida de Alsacia con ocho hijos.

—Cuando usted nació, su padre ya era mayor.

—Tenía cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años cuando viajó a su pueblo del Piamonte del que se trajo a mi madre.

—¿Si no lo he entendido mal, decidió que había llegado la hora de casarse y fue a buscar una mujer a su tierra natal?

—Creo que así fue.

Su madre se llamaba de soltera Maria Passaris, y a su llegada a Francia tenía veintidós años.

—¿Hacían buena pareja?

—Nunca les oí discutir.

—¿Su padre seguía trabajando como albañil?

—No sabía hacer otra cosa y nunca se le ocurrió cambiar de oficio.

—Usted nació primero, y luego, al cabo de tres años, su hermano Vincent.

—Y luego mi hermana Angelina.

—¿Vive en Saint-Justin?

—Ha muerto.

—¿A una edad temprana?

—A los seis meses. Mi madre había ido a Triant, no sé por qué. Antes de venir a

Francia nunca había salido de su pueblo. Aquí, en un país cuya lengua no hablaba, apenas salía de casa. Ese día, en Triant, se supone que se equivocó de puerta y que bajó del tren a la vía. Un expreso las arrolló, a ella y al bebé que llevaba en brazos.

—¿Qué edad tenía usted?

—Siete años. Mi hermano tenía cuatro.

—¿Fue su padre quien les educó?

—Sí. Al volver del trabajo cocinaba y limpiaba la casa. Antes no le conocía lo bastante para saber si el accidente le cambió.

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo sabe. ¿No me lo ha preguntado ya? Tony se ponía agresivo.

—Sí.

—¿Usted qué cree? ¿La gente de aquí tiene razón? ¿Es mi padre un perturbado?

En Saint-Justin no decían perturbado. Decían simple. En cuanto a Bigot, incómodo, prefería responder sólo con un gesto vago.

—No sé si ha sacado usted algo en claro de él. Durante años mi hermano y yo sólo le oímos hablar cuando era indispensable. A los setenta y ocho, vive solo en la casa donde nacimos y sigue efectuando, aquí y allá, pequeños trabajos de albañilería.

»Se niega a instalarse en mi casa o en la de Vincent. Su única distracción es construir un pueblo en miniatura en su jardincillo. Lo empezó hace veinte años. La iglesia mide menos de un metro pero no le falta detalle.

»Se ve el hostel, el ayuntamiento, un puente sobre un torrente, un molino de agua, y cada año añade una o dos casas nuevas. Creo que es una reproducción exacta de Larina, su pueblo y el de mi madre.

No revelaba lo que pensaba. Su padre era un ser fallido, de inteligencia limitada, que, hasta pasados los cuarenta, se había acomodado a su soledad. Tony comprendía bastante bien su viaje a Larina para buscar mujer.

A su manera, Angelo había amado a aquella Maria Passaris, tan joven que podría ser su hija. No con palabras ni de manera muy efusiva, porque era un hombre que no



exteriorizaba sentimientos.

Cuando murió junto con su hija, Angelo Falcone se encerró en sí mismo definitivamente y enseguida empezó a edificar en el jardín su extraño pueblo de muñecas.

—¡No está loco! —exclamó Tony, de repente, con fuerza.

Adivinaba lo que algunos debían de pensar, entre ellos, quizás el profesor Bigot.

—¡Yo tampoco estoy loco!

—Nadie ha dicho tal cosa.

—¿Entonces por qué me interrogan por sexta o séptima vez? ¿Porque los diarios hablan de mí como de un monstruo?

Aún no estaban en eso. En Rocas Negras, vivían en la playa, y les quedaba como un gusto de arena en la boca, y se encontraban arena en la cama y en el fondo de los bolsillos.

En quince días sólo llovió dos veces. El sol penetraba en los ojos y la piel hasta dar vértigo, sobre todo cuando uno miraba largo rato las olas de cresta blanca que venían lentamente de mar adentro, unas detrás de otras, y que al romper lanzaban miríadas de gotitas luminosas.

Marianne pilló una insolación. Al cabo de unos días, Tony se había puesto moreno y por la noche, al desnudarse, la piel lívida dibujaba el perfil del bañador. Gisèle, que no salía de la sombra del parasol, era la única que no había cambiado.

¿Qué ocurría mientras tanto en Saint-Justin, en la oscura tienda de los Despierre? ¿Y por la noche, en la habitación en que André y Nicolas se desnudaban uno delante del otro?

¿Estaba la toalla de bordado rosa colgada en la barra de apoyo, como una señal de alarma? La madre de Nicolas, la del rostro pétreo, ¿había cruzado el jardín para tomar las riendas de la situación y vengarse al fin de su nuera?

Aquella gente de Poitiers, policías, magistrados, médicos, incluida la inquietante doctora en psicología, ¿creían que iban a aclarar la verdad, cuando apenas sabían algo de los Despierre, de los Formier y de tantos otros que también tenían su importancia?

¿Y de él, de Tony, qué sabían? Menos que él mismo, ¿no?

Sin duda la personalidad más importante de Saint-Justin era la señora Despierre,

más importante y más temida que el alcalde mismo a pesar de que este era un rico tratante de animales. En un pueblo donde hombres y mujeres de la misma generación habían ido juntos al colegio, pocos eran quienes se atrevían a llamarla Germaine, y menos aún las mujeres que la tuteaban. Para todo el mundo, ella era la señora Despierre.

Tony se equivocaba, por supuesto, ya que ella apenas había pasado la treintena cuando él empezó a comprar para sus padres en el colmado: en sus recuerdos sólo la veía con los cabellos grises, del mismo gris que ahora. Detrás del mostrador, llevaba una bata gris y su rostro color tiza daba la única nota blanca al conjunto.

Él llegó a conocer a su marido, un hombre enclenque, que también vestía una bata, demasiado larga para él, que llevaba quevedos y que tenía el gesto vacilante y la mirada asustada.

A veces se le veía vacilar, y su mujer se lo llevaba adentro y cerraba la tienda mientras las clientas se miraban con aire cómplice y asentían con la cabeza.

Tony había oído hablar de la enfermedad mucho antes de comprender que Despierre era epiléptico y que, detrás de la puerta cerrada, se debatía en convulsiones, echado en el suelo con las mandíbulas apretadas y la baba corriéndole por el mentón.

Recordaba su entierro, al que había asistido con los demás niños del colegio en filas, salvo Nicolas, que presidía el duelo con su madre.

Se decía que eran muy ricos y muy avaros. No sólo eran propietarios de varias casas del pueblo, sino que poseían dos grandes granjas, explotadas en régimen de aparcería, además del caserío de La Guipotte.

—¿Por qué, señor Falcone, eligió instalarse en Saint-Justin, de donde se marchó diez años atrás?

¿No había respondido ya? Le repetían las mismas frases tan a menudo que ya no lo sabía. Seguramente se contradecía, porque ni él mismo sabía las respuestas a tantos «por qué» y tantos «cómo».

—Quizás a causa de mi padre.

—Le veía muy poco.

Aproximadamente una vez a la semana. El viejo Angelo fue a su casa dos o tres veces y pareció incómodo. Gisèle, que para él era una extranjera, le impresionaba. Tony prefería bajar los sábados por la tarde a La Boisselle.

La puerta estaba abierta. No encendían las lámparas. Se oía el croar de las ranas en los estanques y los dos hombres, sentados en sillas de anea, dejaban pasar el tiempo sin decir palabra.

—Recuerde que mi hermano ya se había instalado en Triant.

—¿Está seguro de que no volvió por Andréé?

—¡Otra vez!

—¿Estaba usted al corriente de su matrimonio con su antiguo amigo Nicolas?

¡No! Eso fue una sorpresa. Entre los Despierre y los Formier había un abismo y las dos madres, más o menos de la misma edad, representaban mundos opuestos.

Si la señora Despierre era el prototipo de la campesina enriquecida, la mujer del doctor Formier era la imagen de cierta burguesía de provincias empobrecida pero que se niega a agachar la cabeza.

Su padre, el notario Bardave, tenía despacho en Villiers-le-Haut, y la familia venía frecuentando, de padres a hijos, a los dueños de los castillos del lugar, jugaban al bridge y cazaban con ellos desde hacía tanto que llegaban a creerse que formaban parte de aquel mundo.

No había dejado nada a sus hijos. El doctor Formier tampoco había legado nada a su mujer y a su hija, salvo una renta tan modesta que, aunque seguían viviendo en el castillo y vistiéndose como gente de la ciudad, no siempre llegaban a fin de mes.

¿Quién de las dos había propuesto a la otra aquella unión, la señora Despierre o la señora Formier?

¿Era orgullo, si no venganza, por parte de la tendera? ¿Deseo, por parte de la burguesa, de ver a su hija al abrigo de toda necesidad, de saber que un día sería rica y que, probablemente, no tardaría mucho en ser viuda?

—Al parecer, en el colegio, Nicolas era víctima de sus condiscípulos.

Cierto o falso, como todo lo otro. De salud delicada, a menudo presa de dolores de estómago, incapaz de participar en los juegos de los demás, a la fuerza tenía que convertirse en el hazmerreír de los chicos vigorosos. Le trataban de niña. Le acusaban de ser un llorica y de refugiarse en las faldas de su madre. Además, incapaz de defenderse, le chivaba al maestro las gamberradas que le hacían.

Tony no pertenecía al clan de sus torturadores. Quizá no era mejor que ellos pero, como extranjero, se encontraba un poco al margen.

Dos veces, la primera durante el recreo, la segunda a la salida del colegio, defendió a Nicolas sin saber que estaba enfermo.

La primera crisis le asaltó de repente, a los doce años y medio, en plena clase. Se oyó cómo un cuerpo caía al suelo, y cuando todo el mundo se volvió el profesor golpeó su pupitre con la regla.

—¡Que nadie se mueva de su sitio!

Fue en primavera. Los castaños del patio estaban en flor. Aquel año había una invasión de abejorros y en la clase seguían su torpe vuelo, en el que chocaban con las ventanas y las paredes.

Pese a la advertencia del profesor, todos los niños miraban a Nicolas y los rostros palidecían; algunos sintieron ganas de vomitar de tan impresionante como era el espectáculo.

—¡Todo el mundo al patio!

Fue la señal de una fuga general, pero los más valientes se acurrucaron enseguida junto a las ventanas para ver al profesor metiendo un pañuelo en la boca de Nicolas.

Uno de los chicos corrió a la tienda y no tardó en llegar la señora Despierre, vestida con su habitual bata gris.

—¿Qué están haciendo? —preguntaban los chicos a los que miraban por la ventana.

—Nada. Lo dejan en el suelo. Seguramente está muriéndose. Aquel día todos tenían mala conciencia.

—¿Habría comido algo que le ha sentado mal?

—No. Dicen que su padre sufría los mismos ataques.

—¿Es una enfermedad contagiosa?

Un cuarto de hora o media hora más tarde —el tiempo no contaba— la señora Despierre cruzó el patio, llevando de la mano a su hijo, que había recuperado su aspecto habitual y parecía sorprendido.

No sufrió más crisis en la escuela. Por lo que Tony pudo entender, siempre las presentía, a veces con varios días de antelación, y entonces su madre le retenía en casa.

En casa de la señora Despierre no se hablaba de aquello. Era un tema prohibido. Sin saber por qué, todo el mundo consideraba que aquella enfermedad era una vergüenza.

Nicolas no fue al instituto de Triant, no hizo el servicio militar ni frecuentó los bailes. No tuvo ni bicicleta ni moto, y no conducía el Dos Caballos.

A veces permanecía en silencio durante ocho días, taciturno, desconfiado y mirando a la gente como si le quisieran hacer daño. No bebía alcohol, ni siquiera vino, y su estómago sólo toleraba alimentos de régimen.

¿Pensó Tony en él con malestar, aquella noche de septiembre, al borde de la carretera, ante el cuerpo semidesnudo de Andréé?

—¿No le guardaba usted rencor, más o menos conscientemente, por ser rico?

Se encogía de hombros. Cierto que antes de saber que Nicolas era un enfermo, antes de la primera crisis en el colegio, le había envidiado, con una envidia infantil: soñaba con cajas de caramelos multicolores, con estuches de metal llenos de galletas en los que Nicolas, pensaba él, podía zambullirse, mientras que él sólo tenía derecho, de vez en cuando, a las golosinas más baratas.

—Cuando se enteró usted de su boda, ¿no se le ocurrió que él, en cierta forma, había comprado a Andréé, o que su madre la había comprado para él?

Quizás. Había despreciado un poco a la «estatua», porque se negaba a creer que se casase por amor.

Luego la había compadecido. También él, de niño, a veces había pasado hambre, pero no vivía en el castillo y no tenía que darse aires.

Ignoraba los acuerdos previos a la boda. Tal como eran las madres, cada una debió de poner sus condiciones. Vivían una casi enfrente de la otra. El castillo estaba a la derecha de la iglesia, junto al presbiterio. Al otro lado de la plaza, en la esquina de la Rue Neuve, entre la alcaldía y la escuela, se alzaba el colmado Despierre.

Hubo una gran boda de blanco y un banquete en el hostel, del que aún se hablaba, pero los recién casados no se fueron en viaje de novios y pasaron la noche de bodas en la habitación, encima de la tienda, que a partir de entonces ocuparon.

La señora Despierre se retiró a una casa de una sola planta que daba al jardín, de manera que una veintena de metros la separaban de su hijo y su nuera.

Al principio se veía a las dos mujeres tras el mostrador, y la madre seguía ocupándose de la cocina. De la limpieza se encargaba una vieja del lugar, calzaba zapatos de hombre y venía cada día.

Todo el mundo las observaba y pronto se notó que la señora Despierre y Andrée sólo se dirigían la palabra por las necesidades del comercio.

Más adelante la madre empezó a comer en su casa. Al final, al cabo de unos meses, dejó de vérsela en la tienda y en la casa, mientras que su hijo cruzaba el jardín dos o tres veces al día para ir a abrazarla.

¿Significaba eso que Andrée había ganado la partida? Cuando se casó, ¿estaba decidida a desplazar poco a poco a su suegra?

Ocho veces se había visto con ella en la habitación azul y nunca sintió la curiosidad de preguntarle eso, prefería no saber, no pensar demasiado en aquella parte de la vida de Andrée, a la que conocía, más que nada, desnuda y entregada.

Sentía confusamente una verdad pero era incapaz de expresarla. Brotaba, le parecía, de las frases pronunciadas el 2 de agosto, aquel famoso 2 de agosto que él vivió de forma cándida, sin darse cuenta de que sería tan analizado y que los diarios le dedicarían titulares y varias columnas.

El reportero de un gran periódico parisiense lanzaría incluso una fórmula que todos sus colegas repetirían: «Los amantes frenéticos».

—¿Te pasarías la vida entera conmigo?

Él respondió:

—Claro.

No lo negaba. Fue él quien contó al juez esta conversación. Pero lo importante era el tono. Él hablaba sin creerlo. No era real. En la habitación azul nada era real. O mejor, se trataba de una realidad diferente, incomprensible fuera.

Había intentado explicárselo al psiquiatra. Al principio, Bigot parecía comprender, pero al cabo de un rato, con cualquier pregunta u observación, demostraba que no había comprendido nada.

Si Tony hubiera planeado vivir con ella, no hubiese dicho:

—¡Claro!

Ignoraba lo que hubiera respondido, pero hubiera encontrado otras palabras. Andréé no se había dejado engañar, ya que insistió:

—¿Tan seguro estás? ¿No tendrías miedo?

—¿Miedo de qué?

—¿Te imaginas cómo pasaríamos los días?

—¡Acabaríamos por acostumbrarnos!

—¿A qué?

¿Era aquello real? ¿Le hubiera hablado así a Gisèle? Ella seguía el juego, saciada, con las piernas abiertas.

—A nosotros.

Y, precisamente, sólo en la cama eran una pareja, sólo en la habitación azul que, con una especie de frenesí, por hablar como el periodista, impregnaban de su olor.

Fuera nunca habían sido pareja, salvo el rato que hicieron el amor por primera vez entre las altas hierbas y las ortigas a orillas del bosque de Sarelle.

—Si no la amaba, cómo explica...

¿Qué entendían por amar? ¿Podía el profesor Bigot proporcionarle una definición de esa palabra, él, que pretendía mantenerse en un terreno científico? ¿Cómo amaba su hija, que acababa de casarse, a su marido?

¿Y el pequeño juez, el señor Diem, con su aureola de cabellos desordenados? Su mujer acababa de darle su primer hijo y, como todos los padres jóvenes, como le había pasado a Tony, se levantaría por la noche para darle el biberón. ¿Cómo amaba a su mujer?

Para responderles, hubiera tenido que contarles momentos que no se cuentan, momentos de los que había vivido en Sables-d'Olonne.

—¿Por qué eligió Sables en vez de alguna playa de Vendée o de Bretaña?

—Porque ya fuimos allí el primer año de nuestro matrimonio.

—¿Así pues, pudo creer su mujer que era un peregrinaje, que usted le daba a ese lugar un valor sentimental? ¿No es eso exactamente lo que hubiera hecho usted si hubiera querido atenuar sus sospechas?

Sólo podía morderse los labios y hervir por dentro. Rebelarse no hubiera servido de nada.

¿Contarle el último día en la playa? Primero la mañana... Acostado bajo el parasol, de vez en cuando echaba una mirada a su mujer, que, sentada en una tumbona a rayas, se apresuraba para terminar el jersey azul cielo.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella.

—En ti.

—¿Qué piensas?

—Que he tenido suerte de encontrarte.

Sólo en parte era verdad. Oía a Marianne, detrás de él, haciendo ver que leía el texto de un libro con dibujos, y había empezado a pensar que, dentro de doce o quince años, se enamoraría, se casaría, que les dejaría para compartir la vida con un hombre.

O sea, con un desconocido, porque las personas no se conocen en unos meses, ni en dos o tres años.

Fue así como llegó a Gisèle. La miraba tricotar, seria y relajada. En el momento en que ella le hizo la pregunta, él precisamente estaba preguntándose en qué pensaba ella.

En realidad, ignoraba qué opinión tenía de él, cómo le veía, cómo juzgaba sus actos y sus gestos.

Llevaban siete años casados. Intentó imaginar cómo sería su vida más tarde. Envejecerían poco a poco. Marianne se convertiría en una jovencita. Asistirían a su boda. Un día les anunciaría que está esperando un bebé y en la clínica el padre tendría preferencia sobre ellos.

¿Y no sería a partir de ese momento cuando Gisèle y él se amarían de verdad? ¿No se necesitan años para aprender a conocerse, con muchos recuerdos en común, recuerdos como el de la mañana que estaban viviendo en ese instante?



Sin duda el espíritu de su mujer seguía caminos paralelos, porque, al cabo de un rato, murmuró:

—Me impresiona pensar que Marianne va a empezar a ir al colegio.

¡Él ya había llegado a la boda!

Su hija notaba que allí se lo podía permitir todo, y usaba y abusaba de su padre. Aquel mediodía más que nunca. No le dejó un momento en paz.

La marea estaba baja, el mar lejano, fuera del alcance. Durante más de una hora tuvo que ayudar a Marianne a edificar un enorme castillo de arena, o, mejor, tuvo que trabajar a sus órdenes, y, como el viejo Angelo en su jardín, ella siempre exigía algo más, un contrafuerte, un foso, un puente levadizo.

—Ahora vamos a buscar conchas para pavimentar el patio y el camino de ronda.

—Cuidado con el sol. Ponte el sombrero. En un bazar le habían comprado un sombrero de gondolero veneciano.

Gisèle no se atrevía a añadir: «¡Deja a tu padre tranquilo!».

Padre e hija, cada uno con un cubo rojo en la mano, recorrieron la playa de punta a punta, mirando al suelo, atentos al fulgor de una concha en la arena oscura, tropezando a veces con la pierna de un bañista tumbado o esquivando por poco una pelota.

¿Sentía que estaba cumpliendo un deber, que se hacía perdonar una debilidad, purgar una falta? Hubiera sido incapaz de responder con total sinceridad. Lo que sabía era que aquel paseo al sol, acompañado por la voz aguda de su hija, fue a la vez dulce y melancólico.

Estaba contento y triste. No a causa de Andrée, ni de Nicolas. No recordaba haber pensado en ellos. Hubiera podido decir: alegre y triste como la vida.

Cuando dieron media vuelta a la altura del Casino, cuya música les llegaba, el camino se les hizo largo, el final lejano, sobre todo a Marianne, que arrastraba los pies.

—¿Estás cansada?

—Un poco.

—¿Quieres que te lleve en hombros?

Ella se rio, mostrando los huecos en su dentadura.

—Soy demasiado mayor.

Cuando tenía dos o tres años, aquel era su juego favorito. Cada noche la subía así a su habitación.

—Se reirían de ti —añadió, tentada.

La izó, y, como ella le agarraba la cabeza, él llevaba los dos cubos.

—¿Peso mucho?

—No.

—¿Es verdad que soy flacucha? ¿Quién te lo ha dicho?

—Roland.

Era el hijo del herrero.

—Tiene un año menos que yo y pesa veinticinco kilos. Yo sólo peso diecinueve. Me pesaron antes de salir, en la báscula del colmado.

—Los chicos pesan más que las chicas.

—¿Por qué?

Gisèle les miraba llegar, soñadora, quizás un poco emocionada. Él depositó a la niña en la arena.

—Ayúdame a colocar las conchas.

—¿No te parece que exageras, Marianne? Tu padre ha venido aquí a descansar. Pasado mañana vuelve al trabajo.

—Ha sido él el que quería llevarme a cuestras. Sus miradas se cruzaron.

—Para ella también es el último día de vacaciones —dijo él con tono ligero para excusar a su hija.

Ella no añadió nada, pero a Tony le pareció leer gratitud en su mirada.

¿Gratitud por qué? ¿Por haberse dedicado a ellas dos durante quince días?

Le parecía natural.

## 4

A veces tenía que esperar junto a la puerta del despacho del juez, sentado en un banco del corredor, esposado, entre dos gendarmes que cada vez eran diferentes.

Ya no se sentía humillado, ya no se indignaba. Miraba pasar a la gente, a los detenidos, a los testigos que iban a esperar delante de otras puertas, a los abogados en toga que agitaban las largas mangas como alas, y cuando le echaban una ojeada curiosa o se volvían al pasar para mirarlo, no chistaba.

Una vez en el despacho le quitaban las esposas, los guardias salían a una señal del magistrado y Diem se excusaba por haberse retrasado o porque le habían retenido, le ofrecía su pitillera de plata. Se había convertido en una tradición, un gesto automático.

El decorado era vetusto, de una limpieza sospechosa, como en las estaciones y las oficinas burocráticas, paredes verdosas, chimenea de mármol negro, sobre la cual un reloj de pared, también negro, marcaba desde hacía años las doce menos cinco.

A veces el juez decía inmediatamente:

—Creo que no voy a necesitarle, señor Trinquet.

El secretario de oscuro bigote se marchaba llevándose trabajo, que iría a cumplimentar quién sabe dónde, y aquello significaba que no iban a hablar de los hechos propiamente dichos.

—Supongo que ha comprendido por qué le pregunto cosas que no parecen tener relación con la acusación. Estoy intentando, de alguna forma, poner las bases, completar su dossier personal.

Se oían los ruidos de la ciudad, en las ventanas abiertas de enfrente se veía a la gente en su casa, dedicada a sus ocupaciones habituales. El juez no impedía a Tony levantarse cuando necesitaba relajarse o dar unos pasos por el despacho o plantarse por un momento ante el espectáculo de la calle.

—Por ejemplo, me gustaría que me explicase cómo pasaba un día cualquiera.

—Mire usted, variaba según las estaciones y los días de la semana. Depende de las ferias y los mercados. —Dándose cuenta de que acababa de hablar en presente, Tony sonreía—: Mejor dicho, dependía. Yo seguía las ferias en un radio de unos treinta kilómetros, las de Virieux, Ambasse, Chiron. ¿Quiere que se las cite todas?

—No es necesario.

—Esos días salía temprano, a veces a las cinco de la mañana.

—¿Su mujer se levantaba para prepararle el desayuno?

—Se empeñaba en hacerlo. Otros días yo tenía que ir a las granjas, para una demostración o para reparar una máquina. Y además, recibía a terratenientes y los llevaba al hangar.

—Supongamos un día cualquiera.

—Gisèle era la primera en levantarse, a las seis.

Se deslizaba fuera de la cama sin hacer ruido, salía con su bata color salmón, y al cabo de poco se la oía encender el fuego en la cocina, justo encima de él. Luego iba al jardín para echar pienso a las gallinas y dar de comer a los conejos.

Hacia las seis y media él bajaba, sin haberse lavado, tras pasarse el peine por su crespo cabello. En la cocina estaba puesta la mesa, sin mantel, porque estaba recubierta de formica. Desayunaban cara a cara mientras Marianne seguía durmiendo. La dejaban dormir todo lo que quisiera.

—Hasta que empezó a ir a la escuela. Entonces la teníamos que despertar a las siete.

—¿La acompañaban?

—Sólo los dos o tres primeros días.

—¿Usted?

—Mi mujer, que aprovechaba para hacer las compras. Si no, bajaba al pueblo hacia las nueve, pasaba por la carnicería o la charcutería, por el colmado...

—¿El colmado Despierre?

—Prácticamente no hay otro en Saint-Justin.

A lo largo de toda la mañana se veía a una media docena de mujeres hablando y haciendo cola en la tienda. Un día la comparó con una sacristía, ya no recordaba por qué.

—¿Su mujer nunca le encargaba recados?

—Sólo cuando iba a Triant o a otro pueblo, a por cosas que no se podían conseguir en el pueblo. Adivinaba que aquellas preguntas no eran tan inocentes como parecían, pero no por ello respondía con menos franqueza, esforzándose en ser preciso.

—¿Usted no ponía los pies en casa de los Despierre?

—Quizás una vez cada dos meses. Cuando mi mujer hacía limpieza a fondo en casa, o si había cogido la gripe.

—¿Cuál era el día de la limpieza a fondo?

—El sábado.

Como en todas partes. El lunes era día de la colada, el martes o el miércoles, según el tiempo, según estuviera seca o no la ropa, el de la plancha. En la mayoría de las casas del pueblo era igual, y ciertas mañanas los patios y los jardines se engalanaban con la ropa colgada de las cuerdas.

—¿A qué hora recibía el correo?

—No lo recibíamos en casa. El tren pasa por Saint-Justin a las ocho y siete de la mañana y entonces llevan las sacas a la oficina de correos. Como vivimos a la salida del pueblo, estamos al final de la ronda del cartero, que no llegaría a casa hasta mediodía. Yo prefería bajar a correos, donde a veces tenía que esperar a que seleccionasen las cartas. Si no, me las guardaban.

—Ya volveremos a eso. ¿Iba usted a pie?

—Casi siempre. Sólo tomaba el coche si tenía algo que hacer fuera del pueblo.

—¿Cada dos días? ¿Cada tres?

—Más bien cada dos, salvo en pleno invierno, porque en invierno me desplazaba menos.

Hubiera tenido que explicar todos los detalles de su oficio, el ritmo de las estaciones, de los cultivos. Por ejemplo, a su regreso de Sables estaban en plena estación de ferias.

Luego habían empezado las cosechas, luego las siembras de otoño, de forma que había trabajado mucho.

El primer jueves evitó pasar por la Rue Neuve para ver si Andrée había puesto la toalla en la ventana. Ya se lo había dicho al juez Diem, pero este insistió:

—¿Había decidido no volver a verla?

—No se puede decir que hubiera decidido algo.

—¿No será porque usted sabía de ella por otros medios?

Esta vez había cometido un error y se dio cuenta en el momento en que abría la boca. Demasiado tarde. Las palabras, ya formadas, le salían de los labios.

—No he tenido noticias de ella.

No mentía en beneficio propio. Tampoco tenía conciencia de mentir por Andrée, por una especie de fidelidad o de honestidad viril.

Tony recordaba que el día de aquel interrogatorio llovía, y el señor Trinquet, el secretario, estaba sentado a su mesa.

—El 17 de agosto usted volvió de Sables con su mujer y su hija. El primer jueves, en contra de sus costumbres, no fue a Triant. ¿Temía encontrarse con Andrée Despierre?

—Quizá. Pero yo no emplearía la palabra temer.

—Dejémoslo. El jueves siguiente estaba usted citado a las diez de la mañana con un tal Felicien Hurlot, secretario de una cooperativa agrícola. Fue en el hotel de su hermano. Almorzó con su cliente y volvió a Saint-Justin sin dejarse ver por la plaza del Mercado. ¿También para evitar un posible encuentro con su amante?

Le resultaba imposible responder. En verdad, no lo sabía. Había vivido semanas en blanco, confusas, sin plantearse preguntas, sobre todo sin tomar decisiones.

Lo que honestamente podía afirmar era que sentía a Andrée más lejos que los meses precedentes y que se demoraba más en casa, como si necesitara el contacto con los suyos.

—El cuatro de septiembre...

Mientras el juez hablaba, Tony buscaba en su memoria qué podía significar aquella

fecha.

—El cuatro de septiembre usted recibió la primera carta. Se sonrojó.

—No sé de qué carta me habla.

—Su nombre y dirección estaban escritos en el sobre con letras de palo. El sello llevaba el código postal de Triant.

—No recuerdo.

Seguía mintiendo, pensando que era demasiado tarde para echarse atrás.

—El jefe de la oficina de correos, señor Bouvier, le hizo un comentario a propósito de aquel sobre. —Díem sacó una hoja del dossier, y leyó—: «Le dije: esto tiene todo el aspecto de ser una carta anónima, Tony. La gente que envía anónimos escribe así». ¿Sigues sin recordar nada?

Negó con la cabeza, avergonzado de mentir, porque mentía muy mal, se sonrojaba, miraba fijamente un punto del espacio para que no se pudiera leer en sus ojos lo turbado que estaba.

La carta, que no llevaba firma, no era del todo anónima. El texto, muy corto, también estaba escrito en letras de palo.

«Todo va bien. No tengas miedo».

—Mire, señor Falcone, estoy convencido de que la persona que le escribió y que fue a enviar la carta a Triant no disimulaba su letra por temor a que usted la reconociese sino por temor a que el cartero la identificase. Así que se trata de alguien de Saint Justin, de alguien cuya escritura normal le resulta familiar al señor Bouvier. La siguiente semana llegó a su casa un segundo sobre, igual que el primero.

«¡Vaya, vaya!», le dijo el cartero bromeando. «Quizá me he equivocado. Quizá se trate de alguna historia de amor».

El texto no era más largo que el del primer mensaje.

«No olvido. Te amo».

Le impresionó tanto que ya no se atrevió a pasar por la Rue Neuve, y para ir a la estación, donde a menudo los trenes rápidos le traían piezas desmontadas, daba un rodeo.



Vivió varias semanas atormentado, unas veces recorriendo los mercados y las granjas, otras en casa o en el hangar, con el mono de trabajo.

Con más frecuencia que en el pasado, cruzaba el campo que le separaba de casa y se encontraba a Gisèle ocupada pelando verduras, fregando el suelo de la cocina o haciendo las camas en el piso de arriba. Con Marianne en el colegio, la casa parecía más vacía. A las cuatro, cuando la niña regresaba, él sentía la necesidad de ir a la cocina a verlas, donde merendaban una frente a la otra, cada una con su pote de mermelada delante.

También de esto hablarían más tarde, y no una sola vez. A Marianne sólo le gustaba la confitura de fresas, mientras que su madre, a quien las fresas, incluso hervidas, le daban urticaria, prefería la compota de ciruelas.

Al principio de su matrimonio, los gustos de Gisèle le divertían y se había mofado de ella por ese motivo.

Gracias a sus cabellos rubios, su tez pálida, su rostro alargado, la gente solía encontrar en ella algo de angélico.

Sin embargo, sólo le gustaban los alimentos fuertes, los arenques, las ensaladas con mucho vinagre y con una punta de ajo, los quesos fermentados. Cuando trabajaba en el huerto, no era raro verla mordiendo una cebolla cruda. En cambio no probaba los caramelos y nunca tomaba dulces. Era él el que disfrutaba con los pasteles.

En su hogar había otras anomalías. Sus padres, como buenos italianos, los habían educado, a él y a su hermano, en la religión católica, y sus recuerdos de infancia estaban llenos de rumores de órgano, de salidas de misa el domingo por la mañana, de mujeres y jovencitas vestidas de seda, que sólo ese día usaban maquillaje y perfume.

Él conocía todas las casas, cada piedra del pueblo, todavía recordaba cómo, al volver del colegio, se ataba los zapatos apoyando el pie en tal o cual mojon, pero lo más importante era la iglesia, con sus tres vitrales de colores tras el coro, donde los cirios ardían tenuemente. Los demás vitrales eran blancos. Aquellos tres llevaban los nombres de sus donantes, y en el de la derecha figuraba el apellido Despierre, un abuelo o bisabuelo de Nicolas.

Los domingos seguía yendo a misa con Marianne, Gisèle se quedaba en casa. No estaba bautizada. Su padre hacía profesión de ateísmo y en toda su vida lo único que había leído eran cuatro o cinco novelas de Zola.

—No soy más que un obrero, pero te garantizo, Tony, que *Germinal*...

Vivían a la contra de otras familias, cuyos hombres acompañaban a sus mujeres hasta la puerta de la iglesia y luego se iban a echar unos tragos en el café más cercano, mientras esperaban a que acabase la misa.

—¿Se atrevería a afirmar, señor Falcone, que, durante el mes de octubre en concreto, no esperaba que pasase algo?

Nada en concreto. Era más bien cierto malestar, como cuando se está incubando una enfermedad. El mes de octubre había sido muy lluvioso, Tony llevaba mañana y tarde las botas altas de cordones y los pantalones de equitación, que, con la canadiense oscura, constituían su uniforme de invierno.

La escuela excitaba a Marianne, que hablaba de ella en cada comida.

—¿Tampoco recuerda nada de la tercera carta? El señor Bouvet tiene más memoria que usted. Según él, la recibió un viernes, igual que las anteriores, alrededor del veinte de octubre.

Era la más breve y la más inquietante.

«¡Pronto! Te amo».

—¿Supongo que quemó tanto esas cartas como las que siguieron?

No. Las había roto a pedacitos que lanzó al Orneau. Con la crecida a causa de las lluvias, las aguas turbias arrastraban ramas de árboles, animales reventados y toda clase de detritus.

—Mi experiencia me dice que usted no va a tardar en cambiar de táctica. En todos los demás puntos parece que me ha respondido con franqueza. Me sorprendería que su abogado no le aconsejase adoptar la misma actitud en lo relativo a esas cartas, lo que le permitiría decirme en qué estado de ánimo se encontraba a finales de octubre.

Era imposible. Su estado de ánimo cambiaba a cada hora. Se esforzaba en no pensar y notaba que Gisèle le observaba con curiosidad, quizá con inquietud. No le preguntaba: «¿En qué piensas?». Sino que decía, sin entusiasmo:

—¿No tienes hambre?

Estaba inapetente. Tres veces, al amanecer, había ido a recoger champiñones al prado que les separaba de la fragua, arriba, junto al cerezo grande. Había vendido varios tractores, dos de ellos a la cooperativa agrícola de Virieux, que los alquilaba a pequeños

granjeros y que con el mismo fin le había encargado una cosechadora para el verano siguiente.

Era un buen año y podría pagar una parte importante de lo que debía de la casa.

—Hablemos del 31 de octubre. ¿Qué hizo ese día?

—Fui a ver a un cliente en Vermoise, a treinta y dos kilómetros, y me pasé parte del día trabajando en un tractor averiado. No lograba averiguar qué le pasaba y almorcé en la granja.

—¿Regresó por Triant? ¿Pasó por casa de su hermano?

—Me quedaba de camino y suelo ir a charlar un poco con Vincent y Lucia.

—¿No les informó de sus preocupaciones? ¿Ni de un cambio posible, si no probable, en su existencia?

—¿Qué cambio?

—Ya volveremos a ello más adelante. Regresó a su casa y cenó. Después vio la televisión, que había comprado dos meses atrás. Es lo que le dijo al inspector de la policía judicial, tengo aquí su informe. ¿Subió a acostarse al mismo tiempo que su mujer?

—Por supuesto.

—¿No estaba al corriente de lo que sucedía, aquella noche, a menos de medio kilómetro de su casa?

—¿Cómo podía estarlo?

—Se olvida de las cartas, Falcone. Usted las niega, es verdad, pero yo las tengo en cuenta. Al día siguiente, día de Todos los Santos, hacia las diez de la mañana bajó camino de la iglesia llevando a su hija de la mano.

—Es verdad.

—Así que pasó por delante del colmado.

—Las persianas estaban cerradas, como todos los domingos y los días de fiesta.

—¿Las del primer piso también estaban cerradas?

—No alcé la vista.

—¿Su indiferencia significa que consideraba que sus relaciones con André Despierre habían terminado?

—Eso creo.

—¿O no alzó la vista porque ya lo sabía?

—No lo sabía.

—Había varias personas reunidas en la acera frente a la tienda.

—Todos los domingos se reúne gente en la plaza, antes y después de misa.

—¿Cuándo se enteró de la muerte de Nicolas?

—Al principio del sermón. En cuanto subió al púlpito, el padre Louvette invitó a los fieles a rezar con él por el alma de Nicolas Despierre, fallecido durante la noche, a la edad de treinta y tres años.

—¿Qué efecto le produjo?

—Me sorprendió.

—¿Se dio cuenta de que después de las palabras del sacerdote varias personas se volvieron hacia usted?

—No.

—Tengo aquí el testimonio del hojalatero, Pirou, que también es guardia rural, y lo afirma.

—Es posible. No sé cómo los vecinos de Saint Justin podían estar al corriente.

—¿Al corriente de qué?

—De mis relaciones con André.

—¿No se demoró al salir de la iglesia y se saltó la visita a la tumba de su madre?

—Mi mujer y yo habíamos acordado que iríamos al cementerio por la tarde.

—Por el camino, Didier, el herrero, su vecino más cercano, le alcanzó y anduvo un trecho con usted. Le dijo: «Claro que tenía que pasar un día u otro, pero no esperaba que sucediese tan pronto. ¡Sé de una que estará encantada!».

—Quizá lo dijo. No lo recuerdo.

—¿Quizás estaba usted demasiado emocionado para oírlo?

¿Qué decir? ¿Sí? ¿No? No había palabras. Estaba hundido. Sólo recordaba la manita de Marianne, en su guante de lana, en el hueco de la suya, y la lluvia que volvía a caer.

En el despacho del juez sonó el teléfono y el interrogatorio fue interrumpido por una larga conversación sobre un tal Martin, una joyería y un testigo que se obstinaba en no decir lo que sabía.

Por lo que podía comprender, Tony suponía que al otro lado del hilo estaba el fiscal, un hombre presuntuoso al que sólo había visto durante una media hora y que le daba miedo.

Diem no le daba miedo. Era un sentimiento muy diferente. Le parecía que faltaba poco para que se entendieran, incluso para que se hicieran amigos, pero ese poco no se producía.

—Perdone, señor Falcone —murmuró al colgar.

—De nada.

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí, cuando volvía de misa. ¿Supongo que le dio la noticia a su esposa?

—Lo hizo mi hija. Ya en la puerta, me soltó la mano y corrió a la cocina.

La casa exhalaba el olor de los domingos, el del asado que Gisèle, en cuclillas ante el horno abierto, estaba remojando con jugo. Cada domingo comían asado de buey con clavo, guarnición de guisantes y puré de patatas. El martes era el día del potaje.

Entonces no se daba cuenta de lo tranquilizadoras que eran aquellas costumbres.

—¿Recuerda las palabras de su hija?

—Gritó muy excitada: «¡Mamá! ¡Una gran noticia! ¡Nicolas ha muerto!».

—¿Cómo reaccionó su esposa?

—Se volvió hacia mí preguntando: «¿Es verdad, Tony?».

Mentía de nuevo, por omisión, y su mirada rehuía la del juez. En realidad, Gisèle había palidecido y casi se le cayó la cuchara de madera. Él estaba tan turbado como ella. Sólo al cabo de un largo rato, ella murmuró, sin dirigirse a nadie en particular:

—Ayer por la mañana él me atendió...

Esta frase se la podía repetir al juez. Aunque en lo que ocurrió a continuación no hubiera nada verdaderamente peligroso, prefería no mencionarlo ante el magistrado. Marianne les había interrumpido, dándoles así un respiro.

—¿Podré ir al entierro?

—Los niños no asisten a los entierros.

—Josette ha ido a uno.

—Porque se trataba de su abuelo.

Se fue a jugar a la habitación de al lado y, en ese momento, Gisèle, sin mirar a su marido, le preguntó:

—¿Qué va a hacer Andréé?

—Yo qué sé.

—¿No deberías presentar el pésame?

—Hoy no. Ya habrá tiempo la mañana del entierro.

—¿Habrá ocurrido anoche o ayer por la tarde? En todo el día no fue la misma.

—¿Y los días siguientes? —insistió el juez.

—Casi todo el tiempo estuve fuera de casa.

—¿No intentó averiguar en qué circunstancias murió Nicolas?

—No puse los pies en el pueblo.

—¿Ni siquiera para recoger el correo?

—Fui a correos, pero nada más. Diem consultaba su dossier.

—Veo que el día de Todos los Santos el colmado cerró, pero la mañana del día de los Muertos abrió.

—Es costumbre en el pueblo.

—¿Quién atendía detrás del mostrador?

—No lo sé.

—¿Ese día su mujer no hizo compras en casa Despierre?

—No lo recuerdo. Probablemente sí.

—¿Pero no le dijo nada?

—No.

Lo que sabía es que llovía y que el viento sacudía los árboles, que Marianne se había puesto difícil como siempre que el mal tiempo le impedía jugar fuera.

—Le voy a contar lo que pasó en la tienda. Desde hacía días, Nicolas Despierre estaba nervioso, taciturno, lo que, por lo general, anunciaba una crisis.

»Durante esos periodos, cada noche, por prescripción del doctor Riquet, que nos lo ha confirmado, tomaba una tableta de bromuro.

»El 31 de octubre hacia las ocho de la tarde, después de la cena y mientras Andréé estaba fregando los platos, su madre vino a verle y se quejó de que estaba cogiendo la gripe.

A Tony la historia le resultaba familiar, había oído hablar de aquello.

—¿Sabe, señor Falcone, que esa noche, excepcionalmente, el doctor Riquet estaba ausente de Saint-Justin hasta la mañana del día siguiente porque había ido a Niort a visitar a una hermana enferma?

—Lo ignoraba.

—Supongo que también visitaba a su familia. Así pues, usted sabe que no se ausentaba prácticamente nunca y que no tomaba vacaciones. La víspera, hacia el final de la

mañana, fue al colmado para visitar a Nicolas y avisar de ese viaje.

Con su barba enredada, el doctor parecía un perro de aguas, y no rechazaba una partida de cartas y unas copas en el café de la estación.

—Añada a su ausencia la gripe de la señora Despierre. ¿Ve adónde quiero llegar? A las tres de la mañana su amiga Andréé telefoneó al médico como si ignorase su ausencia. Le contestó la criada, porque la señora Riquet se había ido con su marido.

»En vez de llamar a un médico de Triant, fue en bata a despertar a su suegra al otro lado del jardín, y cuando las dos mujeres entraron en la alcoba, Nicolas estaba muerto. —Escuchaba al juez, molesto, sin saber qué actitud tomar—. Como de todas formas ya no se podía hacer nada, la señora Despierre consideró inútil llamar a un médico de fuera del pueblo, y hasta las once de la mañana siguiente no llegó el doctor Riquet a la cabecera de la cama de Nicolas.

»Dados los antecedentes, apenas lo examinó antes de dar permiso para la inhumación. Más adelante expuso los motivos médicos por los cuales el noventa por ciento de sus colegas hubieran actuado igual.

»Eso no impidió que a partir del día siguiente corrieran rumores por el pueblo. ¿Se enteró usted de eso?

—No.

Esta vez era sincero. Sólo más tarde se enteró, con estupor, de que ya en aquella época todo Saint- Justin asociaba su nombre al de Andréé.

—Conoce usted los pueblos mejor que yo, señor Falcone. Así que no le extrañará que esos rumores rara vez lleguen a oídos de los interesados y casi nunca a los de la policía o la administración.

»Hubieron de pasar meses y nuevos acontecimientos para desatar las lenguas. Incluso entonces, el inspector Mani y yo tuvimos muchas dificultades para obtener declaraciones sinceras.

»Lo conseguimos a base de paciencia y aquí tengo un grueso dossier que le ha sido transmitido a su abogado. El señor Demarié le habrá hablado de él.

Asentía con la cabeza. En realidad, seguía sin entender. Durante once meses, Andréé y él habían tomado todas las precauciones imaginables para que nadie sospechase de sus relaciones.



Tony no sólo evitaba en la medida de lo posible poner los pies en la tienda, sino que cuando tenía que hacerlo se dirigía a Nicolas antes que a su mujer. Si se cruzaba con ella entre la gente, en el mercado de Triant, se contentaba con saludarla con un gesto vago.

Salvo el encuentro de septiembre al borde de la carretera, sólo se habían reunido en la habitación azul e iban por separado, cada uno por una puerta diferente, y los dos dejaban los coches a buena distancia del hotel.

Ni su hermano ni su cuñada habían hablado, de eso estaba seguro. Y se fiaba por igual de la discreción de Françoise.

—Se establecieron tantas relaciones entre ustedes dos que en el entierro todo el mundo le observaba y miraba a su esposa con piedad. —Él lo había notado y aquello le dejó aterrizado—. Es difícil saber cómo nacen esos rumores, pero en cuanto empiezan a correr nada puede detenerlos. Primero se murmuró que la muerte de Nicolas resultaba muy oportuna y que su esposa debía sentirse muy aliviada.

»Luego alguien señaló la ausencia del médico aquella noche, ausencia providencial para una persona que desease desembarazarse del tendero y hacer creer que había sucumbido a una de sus crisis.

»Si le hubieran llamado antes, cuando Nicolas aún estaba vivo, seguro que el doctor Riquet hubiera hecho otro diagnóstico. —Todo aquello era verdad. No tenía nada que replicar—. También llamó mucho la atención que en el funeral usted permaneciese en la última fila, como para poner la mayor distancia posible entre su amante y usted, y algunos consideraron que su comportamiento era una añagaza.

Se secaba el rostro con un pañuelo, porque estaba sudando. Había vivido meses sin imaginar que se le espiaba y que en Saint-Justin todos sabían que era el amante de Andrée, que todos se preguntaban qué pasaría a partir de ese momento.

—Sinceramente, Falcone, ¿cree que su mujer estaba peor informada que los demás y que, como los demás, no esperaba que pasase algo más?

Sacudió la cabeza sin energía, ya no estaba seguro de sí mismo.

—Suponiendo que su mujer supiese de sus relaciones con Andrée, ¿le hubiera hablado de ello?

—Quizá no.

Seguro que no. No iba con su carácter. La prueba era que nunca había aludido a

otras aventuras de las que estaba al corriente.

Él no hubiera aceptado por nada del mundo volver a vivir aquel invierno, y sin embargo nunca había tenido una sensación tan fuerte de pertenencia a los suyos, la sensación de que eran tres, que formaban un todo, una sensación de intimidad casi animal, como si estuviera acurrucado con su hembra y su cachorro al fondo de una guarida.

La atmósfera de la casa, con aquellos colores tan alegres que habían elegido, se había hecho silenciosa, opresiva. Cuando sus negocios lo exigían, se iba a disgusto, consciente de un peligro, de que en su ausencia podía suceder algo.

—¿No volvió a ver a la que fue su amante durante todo el invierno, señor Falcone?

—Quizá la vi de lejos. Juro que no le dirigí la palabra ni una sola vez.

—¿No se reunió con ella en casa de su hermano?

—Menos aún.

—Y ella, ¿no dejó la señal en la ventana varias veces?

—Sólo la vi una vez. Los jueves, especialmente, evitaba la Rue Neuve.

—Así que la vio un jueves. ¿En qué época fue?

—A principios de diciembre. Iba a la estación y tomé el camino más corto. Me sorprendió ver la toalla en la ventana y me pregunté si estaba allí adrede.

—¿Ese día no fue usted a Triant?

—No.

—¿Vio pasar el Dos Caballos?

—A la ida, no. Cuando volvía. Yo estaba en mi despacho y de pronto oí dos o tres bocinazos que Andrée parecía lanzarme al pasar.

—¿Su hermano le habló de su visita?

—Sí.

—¿Le informó de que había subido inmediatamente a la habitación azul, que, según

Françoise, se había desnudado y le había esperado en la cama durante más de media hora?

—Sí.

—¿Qué mensaje le dio a Françoise para usted? —Que me dijese que era indispensable que nos viésemos.

—¿Françoise le describió el estado en que ella se encontraba después de esperar durante aquella media hora?

—Me confesó que Andrée le había dado miedo.

—¿Por qué?

—No me lo supo explicar.

—¿Tuvo usted una conversación con su hermano sobre el tema?

—Sí. Me aconsejó que lo dejase estar. Empleó estas palabras. Respondí que ya lo había hecho hacía tiempo. Él replicó: «Para ti quizá se ha acabado. ¡Para ella no!».

Las lluvias duraron hasta mediados de diciembre, ahogando los prados bajos, luego vino un frío muy intenso y después, el 20 o el 21, nieve. Marianne no cabía en sí de alegría y cada mañana corría a la ventana para asegurarse de que la nieve no se había fundido.

—¡Me encantaría que aguantase hasta Navidad! Aún no había visto unas navidades blancas. Los años anteriores llovía o helaba.

Ahora que era mayor, como decía con orgullo desde que iba a la escuela, ayudaba a su padre a adornar el abeto y fue ella la que colocó los pastores y los corderos alrededor del belén.

—¿He de creer que no sabía nada de lo que pasaba en casa de la familia Despierre?

—Sabía, por mi mujer, que la madre había vuelto a ocupar su sitio en el almacén, pero que las dos mujeres seguían sin dirigirse la palabra.

—¿No se habló de una denuncia?

—Sobre eso oí una conversación en un café.

Su oficio le obligaba a pasar algún tiempo en los pequeños cafés del pueblo, la

mayoría de ellos mal iluminados, donde los hombres permanecen inmóviles durante horas ante sus copas discutiendo cada vez más alto. Saint-Justin contaba con seis cafés, aunque era cierto que tres de ellos sólo se llenaban los días de mercado.

—¿Esperaba, también usted, que llegasen a ir a los tribunales?

—Le aseguro, señor juez, que todo eso no me interesaba.

—¿Pero estaba al corriente de la situación?

—Igual que todo el mundo. Decían que la vieja Despierre, por astuta que fuese, había hecho un mal negocio y que a fin de cuentas Andréé tenía la sartén por el mango.

—¿Ignoraba usted si era verdad?

—¿Cómo iba yo a saberlo?

—¿En los once meses que duró su relación, su amante no le confió que se había casado en régimen de comunidad de bienes?

—Nosotros nunca hablábamos de su matrimonio.

En verdad habían hablado muy poco, y si hubieran estado más inspirados no hubieran hablado de aquello absolutamente nada. La prueba es que el juez Diem volvía una vez más al último jueves en la habitación azul.

—Pero usted se refirió a su futuro juntos.

—Eran frases sin sentido, no las pronunciábamos en serio.

—¿Andréé tampoco? ¿Está usted seguro? Permítame recordarle que dos meses antes de la muerte de su marido, ella ya preveía ese acontecimiento. —Él quiso protestar, pero el juez Diem proseguía—: Quizá no en términos precisos. Pero cuando preguntaba qué actitud tomaría usted cuando ella quedase libre, aludía a su desaparición.

Lo hubiera dado todo, un brazo, una pierna, un ojo, por que ciertas palabras no se hubieran pronunciado jamás. Se avergonzaba de haberlas escuchado sin protestar, odiaba al Tony frente al espejo, al que se secaba la sangre del labio orgulloso de estar desnudo en un rayo de sol, de ser un hermoso macho al que se admira, orgulloso de ver su esperma deslizarse por la vulva de una hembra.

—¿Te gustaría vivir siempre conmigo?

Al cabo de un rato:

—*¿Aún sangras?*

Ella se alegraba de haberle mordido, de obligarle a volver a casa mostrando a su mujer y a su hija las huellas de sus abrazos.

—*¿Qué le dirás si te pregunta?*

Hablaba de Gisèle con ligereza, como si no tuviera importancia.

—*Le diré que me he dado un golpe..., por ejemplo, contra el parabrisas, al dar un frenazo.*

Sentía tan claramente que aquella frase constituía una traición que, cuando Marianne, y no Gisèle, le habló de la hinchazón en el labio, cambió de excusa y reemplazó el parabrisas por un poste.

—*¿Té pasarías la vida entera conmigo?*

Qué hubiera sucedido si el tren no hubiera silbado, como para avisarle, cuando ella pronunciaba con su voz profunda:

—*Oye, Tony. Si me quedase libre...*

¡Odiaba aquellas palabras!

—*¿Tú también lo harías?*

¿Podía confesar al juez que había oído repicar aquellas frases en sus oídos durante todo el invierno, que volvía a oírlas en la mesa, en la cocina de cristales empañados, que hasta las había repetido para sí en el momento en que su hija abría los juguetes al pie del árbol de Navidad?

—Ahora el colmado de la Rue Neuve —continuaba implacablemente Diem—, las casas, las granjas y el caserío de La Guipotte pertenecen a las dos mujeres, y André Despierre tiene derecho a exigir que el conjunto de los bienes salga a subasta pública para cobrar su parte de la herencia. —Dejó planear un largo silencio—. En Saint-Justin se ha hablado mucho de eso, ¿verdad?

—Creo que sí. Sí.

—¿Y no se ha dicho que la vieja Despierre no aceptaría ver que parte de sus bienes cae en manos extrañas? ¿No es esa la razón de que volviera a la tienda, junto a una nuera a la que detesta y a la que no dirige la palabra? La decisión dependía de Andréé. La decisión de Andréé dependía de la de usted... —No pudo evitar sobresaltarse, abrir la boca para no decir nada—. Le repito lo que se rumoreaba de boca en boca. Por eso le observaban, para ver qué partido tomaba. La vieja Despierre pertenece al pueblo, forma parte de él, aunque le reprochen su avaricia y su dureza.

»En cambio, los aires de Andréé nunca gustaron y sólo la toleraban en recuerdo de su padre. En cuanto a usted, no sólo es de origen extranjero sino que estuvo ausente durante diez años y la gente se preguntaba por qué motivo había vuelto.

—¿Adónde quiere llegar?

—A ningún lugar preciso. Se abrió el turno de apuestas. Muchos pensaban que pese a todo Andréé vendería, si fuera preciso con ayuda de los tribunales, y que una vez en posesión del botín se iría de Saint-Justin con usted.

»La persona a la que más compadecían era su esposa, pese a sus vagas relaciones con el pueblo. ¿Sabe cómo la llamaban algunos? “Esa mujer tan dulce que sufre tanto”. —Diem sonrió apoyando el índice sobre uno de los dossiers—. Todo lo que le estoy contando está aquí, en negro sobre blanco. Al final han hablado. Su abogado, se lo repito, posee una copia de este dossier. Hubiera podido asistir a estos interrogatorios. Fue él, de acuerdo con usted, quien prefirió dejarle que se las apañase solo.

—Yo le dije que lo hiciera.

—Lo sé. Pero no entiendo por qué.

Para qué explicarle que cuando se confesaba no le molestaba la presencia del sacerdote detrás de la reja, pero que una tercera persona le hubiera hecho enmudecer. Diem, pese a su fingida sorpresa, lo sabía tan bien que cuando abordaba algo delicado, un tema íntimo, hacía salir al secretario.

—Y ahora, señor Falcone, ¿qué tal si hablamos de las dos últimas cartas, la de finales de diciembre y la del 20 de enero?

Su abogado también se empeñaba en hablarle de las cartas.

—¿Por qué no confiesa la verdad sobre ese punto como ha hecho con todo lo demás? Se sabe con certeza que las recibió. Es inimaginable que el jefe de la oficina de Saint-Justin se las haya inventado.

Él, como un niño que ha mentido y que por orgullo sostiene su mentira, repetía:

—No sé de qué me habla.

En su caso no era orgullo, sino, quizás, un resto de fidelidad a la habitación azul. Nunca tuvo intención de casarse con Andréé. Aunque los dos hubieran estado libres, aunque ninguno de los dos estuviera casado, nunca se le hubiera ocurrido la idea de convertirla en su esposa.

¿Por qué? No tenía ni la menor idea.

—Confiese que su pasión le asustaba —sugirió el profesor Bigot—. Debió de sufrir usted una gran impresión aquella noche de septiembre, a la orilla del bosque, al descubrir que la que usted llamaba La Estatua, tranquila y orgullosa, podía convertirse en una hembra desinhibida.

—Me sorprendió.

—Probablemente también le halagó. Porque de los acontecimientos se desprende que ella era sincera, le aseguró que le amaba desde que iban a la escuela.

—Me sentí un poco responsable.

—¿Responsable de esa pasión?

—No es la palabra. Me pareció que le debía algo. Perdone por la comparación, que no es exacta: cuando un gato perdido se te enreda entre las piernas lanzando maullidos suplicantes y luego no se aleja de la puerta de tu casa, acabas por sentirte responsable de lo que pueda ocurrirle.

Bigot parecía comprender. Aquella conversación tuvo lugar la segunda o tercera semana que Tony pasaba en la cárcel. La primera vez que lo sacaron para llevarle al Palacio de Justicia se tomaron precauciones excepcionales a causa de los periodistas, los fotógrafos y los curiosos que se apretujaban en la gran escalinata.

En el momento en que se disponía a subir al coche celular, el director de la prisión, avisado por una llamada telefónica de comisaría, dio contraorden y lo devolvió a su celda durante una hora más o menos.

Cuando se lo volvieron a llevar, ya no le escoltaban dos gendarmes, sino el inspector Mani y otro policía de civil. El coche celular ya no estaba en el patio de la cárcel porque, para engañar a los curiosos, lo habían enviado por delante con unos detenidos cualesquiera.

A él le hicieron subir a un coche normal sin señas distintivas, que se detuvo detrás del palacio, junto a una puerta pequeña.

Durante dos semanas representaron la misma comedia. Los vecinos, excitados por la prensa, se habían puesto contra él y amenazaban con tomarse la justicia por su mano.

Ahora que ya habían transcurrido dos meses, la mayoría de los reporteros de París y de las grandes ciudades se habían ido de Poitiers y habían dejado el trabajo de seguir el caso a los corresponsales locales y a los representantes de las agencias.

Alguna vez, en revistas y en el cine, había visto a acusados, protegidos por la fuerza pública, intentando ocultar la cara mientras atravesaban la multitud hacia la puerta de un Palacio de Justicia o de una prisión.

Ahora él interpretaba aquel papel, salvo que no se tapaba la cara. ¿Tenía por entonces, como ellos, la mirada de alguien que ya no pertenece a la sociedad y que se pregunta por qué?

Mantecía la sangre fría. Ante el juez de instrucción no se mostraba como un hombre acorralado. Respondía lo mejor que podía, como un buen alumno, poniendo cierta coquetería en mostrarse sincero y preciso, salvo cuando se trataba de las cartas. Estaba convencido de que si cedía en ese punto sería arrastrado a un engranaje sin fin.

Había recibido la carta de diciembre la víspera de Año Nuevo, cuando la nieve helada crujía bajo los zapatos. La gente en la calle se saludaba:

—¡Buen año!

—¡Feliz año nuevo!



El cielo estaba claro, el aire seco y vivo. Unos chicos habían creado una pista de hielo en medio de la Rue Neuve y se deslizaban por turno. El jefe de la oficina de correos no le había hecho ningún comentario al tenderle la correspondencia, que Tony tenía por costumbre ojear en un rincón de la oficina.

«Feliz año nuestro».

Un golpe en el pecho, un espasmo más violento que las otras veces. En este mensaje intuía una amenaza misteriosa. Era evidente que las palabras habían sido escogidas meticulosamente, y se esforzaba por traducirlas. ¿No revelaba aquel «nuestro» lo que André planeaba?

Aquella felicitación de año nuevo la quemó, porque en el Orneau apenas había agua, las orillas estaban cubiertas de una película de hielo.

A la mañana siguiente, los tres fueron a felicitar al viejo Angelo. Su padre apenas habló, evitaba mirar a Marianne; Tony creía saber por qué: le recordaba a la vez a su mujer y a su hija muertas.

Por la tarde, como cada año, fueron a ver a su hermano, que tenía que mantener abierto el hotel y el café.

Por la mañana temprano, al encontrarse con su mujer en la cocina, la abrazó y apoyó un momento la cabeza en su hombro.

—Feliz año, Gisèle.

¿Notó que lo decía con más fervor que otros años? ¿Comprendió que estaba preocupado y que ya no se atrevía a creer en un año feliz?

—Feliz año, Tony.

Luego ella le miró sonriendo, pero, como nunca sonreía del todo, él se quedó más melancólico que alegre.

Desde que Marianne iba al colegio, su mujer y él almorzaban a solas. Muchos niños venían de granjas situadas a kilómetros de distancia y no tenían tiempo de regresar a casa para almorzar. La escuela había organizado un servicio de comedor y Marianne, que estaba encantada en la escuela, había suplicado a sus padres que la dejaran comer allí.

—Ya se le pasará. Estoy convencida de que el año que viene cambiará de opinión.

Para Tony no siempre era fácil permanecer sentado frente a Gisèle y disimular sus preocupaciones.

¿De qué hablarían? Ambos temían el silencio y empezaban conversaciones sobre cualquier tema, pronunciando frases sin importancia y angustiándose cuando, de repente, el vacío les sorprendía.

La última carta había agravado aún más las cosas. Andrée casi le daba una orden, al mismo tiempo que le recordaba lo que ella consideraba una promesa. El texto sólo constaba de dos palabras, trazadas con grandes caracteres que cubrían todo lo ancho de la página.

«¡Ahora tú!».

Había abierto el sobre, como siempre, en la oficina de correos, ante el pupitre con el recipiente de tinta violeta, la pluma rota, formularios para telegramas y certificados. Más tarde no hubiera sabido decir cómo reaccionó; mal, sin duda, porque el señor Bouvier, desde su ventanilla, le preguntó solícitamente:

—¿Malas noticias, Tony?

Y declarararía a la instrucción:

—Nunca le había visto en aquel estado. Parecía un hombre al que acaban de notificar su condena a muerte. Me miró sin responder y no estoy seguro de que me viese, porque se precipitó afuera dejando la puerta abierta.

Por suerte aquel día llevaba el coche, porque tenía que visitar varias granjas. Condujo carretera adelante, la mirada fija, sin preocuparse por los clientes que estaban esperándole. Iba sin rumbo, tratando desesperadamente de interpretar las dos palabras de una forma tranquilizadora, mientras se daba cuenta de que se engañaba.

Lo que Andrée había querido decir era: ¡Es tu turno!

—*Cuando pienso en los años que he perdido por culpa tuya.*

Ya no estaba dispuesta a perder más. Ahora que había tomado posesión de él, por fin iba a cumplir su sueño de niña, de joven, de mujer...

¿Era verosímil que hubiera esperado a Tony durante tanto tiempo sin que nada lograra distraerla de su obsesión?

El psiquiatra parecía creerlo. Quizás había conocido casos similares.

En definitiva, lo que ella le decía, resumiendo su pensamiento en dos palabras, era: «Yo he cumplido mi parte. Ahora te toca a ti cumplir la tuya».

¿O qué? Porque se sobrentendía una amenaza. Él no había protestado cuando, a su espalda, ella pronunció:

—*Oye, Tony. Si me quedase libre...*

Estaba libre desde hacía dos meses, y él se negaba a saber a consecuencia de qué actos. Libre y rica. Tenía derecho a disponer del resto de su existencia sin rendir cuentas a nadie.

—*¿Tú también lo harías?*

Él no había respondido. ¿No era ella consciente de que él no quiso responder? Cierto que se interpuso aquel ruido estridente, furioso, de la locomotora. Andréé pudo imaginar que decía que sí, o que asentía con la cabeza.

*¡Ahora tú!*

¿Qué decisión esperaba que tomase él, si ella ni siquiera consideraba la posibilidad de un no por respuesta?

¿El divorcio? Que fuese a ver a Gisèle y le dijese a bocajarro...

Era inimaginable. No tenía nada contra su mujer. La había elegido a conciencia. No quería casarse con una amante desenfrenada, sino precisamente con una mujer como la suya, y la pasividad de Gisèle no le había desagradado, sino todo lo contrario.

Uno no se pasa la vida en la cama, en una habitación vibrante de sol, sufriendo el furor de dos cuerpos desnudos.

Gisèle era su compañera, la madre de Marianne, la que se levantaba cada mañana para encender el fuego, la que mantenía la casa limpia y alegre, y que, cuando él regresaba, no le hacía preguntas.

Envejecerían juntos, más compenetrados porque tendrían más recuerdos en común, y Tony había llegado a imaginar las conversaciones que mantendrían cuando empezasen a sentirse viejos.

—¿Te acuerdas de tu gran pasión?

¿Quién sabe? Con la edad, la sonrisa de Gisèle maduraría, distendería completamente sus labios. Él respondería, halagado, un poco avergonzado:

—Qué exagerada eres.

—No te mirabas al espejo cuando volvías de Triant.

—Era joven.

—Suerte que ya te conocía bien. Me fiaba de ti, pero a pesar de todo a veces me entraba miedo.

Sobre todo después de la muerte de Nicolas. De repente, ella quedó libre.

—Intentó...

—¿Convencerte de que te divorciases? En el fondo me pregunto si no te amaba más que yo.

Él la tomaría de la mano, en el crepúsculo. Porque esta escena se la imaginaba en el umbral de su casa, en verano, al anochecer.

—La compadezco. Ya entonces hubo días en que la compadecía.

¡Y ahora le ordenaban, con dos palabras, que rompiese con Gisèle!

*¡Ahora tú!*

Cuantas más vueltas les daba, más siniestras le sonaban aquellas palabras. Andréé no se había divorciado. Nicolas había muerto. Nadie, salvo ella, había asistido a su agonía en la habitación encima del colmado. Ella había esperado a que dejase de respirar para ir al fondo del jardín a avisar a su suegra.

¿Era un divorcio lo que esperaba de Andréé él? *¡Ahora tú!*

Mientras conducía el coche por las carreteras sin saber dónde estaba, gritaba furioso:

—¡Ahora tú! ¡Ahora tú! ¡Ahora tú! ¡Ahora tú! ¿Cómo salir de aquella pesadilla? Yendo a casa de Andréé y diciéndole, francamente:

—No pienso dejar a mi esposa. La amo.

—¿Y yo?

Habría que responder:

—No te amo.

—Entonces, por qué... —Ella era capaz de hablar claro, desafiándole con la mirada—: Entonces, por qué me has dejado matar a Nicolas.

Sospechó de ella enseguida. Gisèle también. Y la mayoría de los vecinos del pueblo. No era más que una suposición. Se ignoraba lo que había pasado. Quizás ella sólo le había dejado morir sin prestarle socorro.

Él no tenía nada que ver con aquello.

—Andrée, sabes muy bien que...

Ni siquiera podía huir de ella marchándose de Saint-Justin con su familia. Aún no había acabado de pagar la casa, el hangar, las herramientas. Sólo estaba empezando a disfrutar de cierta prosperidad y a proporcionar a los suyos una vida confortable.

Era incoherente, inverosímil. Acabó por bajar del coche ante una fonda para beber. Su sobriedad era tan conocida, que la mujer que le servía, mientras vigilaba a un bebé sentado en el suelo, le miraba con inquietud. Más adelante, también prestaría declaración.

El inspector Mani no se desanimó por el mutismo de la gente del campo y volvió a la carga tantas veces como fue preciso.

—¿Quiere que le lea la declaración del cartero sobre esta última carta?

—No vale la pena.

—¿Insinúa usted que miente, que se ha inventado el incidente de la puerta que usted dejó abierta?

—No insinúo nada.

—Uno de los granjeros a los que tenía que visitar aquella mañana telefoneó a su casa para saber si se retrasaba o si no iba. Su mujer le respondió que estaba usted en camino. ¿Es exacto?

—Sin duda.

—¿Adónde fue?

—No recuerdo.

—En general, tiene usted una memoria excelente. En el Auberge des Quatre Vents no bebió ni vino ni cerveza, sino aguardiente. Usted rara vez toma alcohol. Allí se tomó cuatro copas seguidas, luego consultó el reloj de detrás del mostrador y pareció sorprenderse de que ya fuera mediodía...

Condujo muy rápido para llegar a casa a la hora de comer. Gisèle comprendió que había bebido. Por un momento, él le tuvo inquina por eso. ¿Es que tenía derecho a observarle todo el rato, so pretexto de que era su mujer? ¡Estaba harto de que le espiasen! Ella no decía nada, eso era verdad, pero aún era peor que si le hubiera lanzado reproches.

¡Era libre! ¡Era un hombre libre! Y, le gustase a su mujer o no, era el cabeza de familia. Era él el que las hacía vivir, él quien trabajaba como un condenado para sacarlas de su mediocridad. ¡El era el responsable!

Gisèle callaba, y al otro lado de la mesa él tampoco decía nada. A veces lanzaba una mirada furtiva, un poco avergonzada, porque en el fondo sabía que era injusto. No debería haber bebido.

—Mira, no es culpa mía, hay clientes a los que no se les puede rechazar una copa.

—A propósito, te ha llamado Brambois.

¿Por qué le obligaban a mentir? Aquello le humillaba, le llenaba de rencor.

—No me ha dado tiempo de ir a su granja porque me han retenido en otra...

*¡Ahora tú! ¡Ahora tú! ¡Ahora tú!*

Ella estaba allí, enfrente de él, comiendo a saber qué y esforzándose en no mirarle porque le notaba irritable.

¿Qué esperaba Andrée de él? ¿Que la matase?

¡Por fin! ¡Ya llegaba! Por fin se atrevía a encarar los pensamientos que le habían estado hirviendo en la cabeza. Y las prudentes preguntas del profesor Bigot que iban profundizando poquito a poco le habían ayudado a llegar hasta allí.

Naturalmente, no se lo había contado todo. Había seguido negando las cartas contra toda evidencia.

No por ello era menos cierto que aquel día, el día del último mensaje y de las cuatro copas de aguardiente, del aguardiente de la zona de 65 grados y que te quema la garganta, se planteó la pregunta mientras comía con su mujer.

¿Era eso lo que Andrée le exigía? ¿Que matase a Gisèle?

De repente, sin transición, su borrachera se hizo sentimental. Era culpable. Sentía la necesidad de pedir perdón. Tendía la mano por encima de la mesa para alcanzar la de su mujer.

—¡Escucha! No lo tomes a mal. Estoy un poco bebido.

—Después de comer puedes tumbarte.

—No te doy pena, ¿verdad?

—Claro que no.

—Sí que te doy pena. No me estoy portando como debería.

Su intuición le advertía que se aventuraba por un terreno peligroso.

—¿Me perdonas, Gisèle?

—¿De qué?

—Estás preocupada por culpa mía, confíésalo.

—Me gusta más cuando te veo feliz.

—¿Te crees que no lo soy? ¿Es eso? ¿Qué me falta? Tengo la mejor mujer del mundo, una niña que se le parece y a la que adoro, una casa bonita, mis negocios marchan de maravilla. Dime, ¿por qué no iba a ser feliz? Bueno, a veces tengo problemas. Para uno que nació en una barraca de La Boisselle sin electricidad ni agua corriente, no es tan fácil como algunos creen poner un negocio propio. Piensa en el camino que hemos recorrido desde que te conocí en Poitiers. Yo no era más que un obrero. —Hablaba, hablaba y se iba exaltando—. Gisèle, soy el hombre más feliz del mundo, y si alguien dice lo contrario dile de parte mía que miente. El hombre más feliz del mundo, ¿me entiendes?

Las lágrimas brotaban de sus ojos, un gemido amenazaba con estallar en su garganta y se precipitó al piso de arriba para encerrarse en el cuarto de baño.

Ella nunca aludió a aquella noche.

—Perdone que le vuelva a preguntar lo mismo otra vez, señor Falcone. Será la última vez. ¿Recibió usted esas cartas?

Tony sacudió la cabeza como para decir que no podía hacer otra cosa que negar. Diem esperaba esa respuesta y se volvió hacia el secretario.

—Haga el favor de traer a la señora Despierre.

Si Tony reaccionó, apenas fue perceptible. En cualquier caso no manifestó la emoción que el magistrado esperaba. Esto obedecía a que en Saint-Justin todo el mundo llamaba señora Despierre a la madre de Nicolas, no a su mujer. Andrée era la nuera, y, para los de más edad, la chica Formier.

Se preguntaba qué iba a aportar el testimonio de la vieja al asunto de las cartas... Le disgustaba la idea de encontrarse con ella, pero nada más. Se levantó automáticamente. Esperaba, de pie, medio vuelto hacia la puerta.

Y de repente, cuando esta se abrió, se encontró frente a Andrée. La seguían un hombre corpulento con aspecto de vividor y uno de los gendarmes, pero Tony sólo la veía a ella, su rostro blanco, que parecía aún más blanco por contraste con el vestido negro.

Ella también le miraba, serena, una vaga sonrisa le ablandaba los rasgos y parecía que tomase posesión de él tranquilamente, que se lo anexionaba.

—Hola, Tony.

Su voz sonó un poco ronca, seductora. Él no respondió: «Hola, Andrée».

No hubiera podido. La saludó de manera torpe con la cabeza y se volvió hacia Diem como para reclamar su protección.

—Quítenle las esposas.

Ella, siempre sonriente, tendió las muñecas al gendarme y se oyó el clic del mecanismo que él conocía tan bien.

En Saint-Justin, las pocas veces que la había visto desde la muerte de Nicolas no se



había fijado en que llevaba luto. En la cárcel su rostro se había redondeado, había engordado lo justo para que la ropa se le ciñera, y era la primera vez que la veía llevar medias negras.

Cuando el guardia salió, hubo un momento de vacilación. En el exiguo despacho transido de sol todo el mundo permanecía de pie. El secretario fue el primero en sentarse ante sus papeles, mientras que el hombre grueso que acompañaba a Andrée observaba, sorprendido:

—¿Mi colega Demarié no ha venido?

El señor Falcone no desea su presencia, a menos que cambie de opinión para este careo. En ese caso no habría que ir a buscarle muy lejos, porque me ha dicho que hasta las seis estaría en el Palacio. ¿Qué decide, señor Falcone? —Él se sobresaltó—. ¿Quiere que llame a su abogado?

—¿Para qué?

Entonces, el juez Diem y el letrado Capade se acercaron a la ventana y mantuvieron una conversación técnica en voz baja. Todavía de pie, Tony y Andrée estaban a sólo un metro de distancia uno del otro. Casi hubiera podido tocarla. Ella seguía mirándole con los ojos maravillados de un niño al que por fin le dan un juguete inesperado.

—Tony...

Fue apenas un murmullo. Sólo los labios se movieron dibujando su nombre. En cuanto a él, se esforzaba en mirar hacia otra parte y sintió alivio cuando el magistrado le tendió una silla a la joven.

—Siéntese. Usted también, señor Falcone. Queda una silla, letrado.

Cuando todos se sentaron, ojeó sus dossiers, sacó una pequeña agenda encuadernada en tela como las que se vendían en el colmado.

—¿Reconoce este objeto, señora Despierre?

—Ya le he respondido que sí.

—Es verdad. Voy a tener que hacerle una serie de preguntas que ya le he formulado antes, y le recuerdo que sus respuestas han quedado registradas, lo que no impide que se desdiga o matice sus declaraciones. —Se mostraba más oficial que con Tony, casi pomposo, quizás a causa de la presencia del abogado. Hojeando las páginas de la agenda,

murmuraba—: En estas páginas se mencionan más que nada las compras que deben hacerse, las visitas al dentista o a la modista. Es la agenda del año pasado, y las fechas de sus citas con Tony Falcone están marcadas con un trazo.

Él no preveía que aquella agenda fuese a representar un papel protagonista ni que, si hubiera conocido antes su contenido, se hubiera ahorrado por lo menos uno de los cargos.

—La última vez le pregunté qué significan esos circulitos que encuentro cada mes.

—Le respondí que así anotaba la fecha de la regla. Hablaba sin falso pudor. Unas semanas antes le habían formulado a Tony preguntas igual de íntimas.

—En Saint-Justin —le había dicho el juez Diem—, todos creían que Nicolas era estéril, quizás impotente, y la verdad es que en ocho años de matrimonio su mujer no tuvo hijos. Además el doctor Riquet ha confirmado la probable esterilidad. ¿Estaba usted al corriente?

—Oí hablar de eso.

—¡Bien! Ahora recuerde el detallado relato que me hizo de su cita del 2 de agosto, en lo que usted llama la habitación azul, en el Hôtel des Voyageurs. De él se desprende que en el curso de sus encuentros amorosos con su amante no tomaba usted ninguna precaución para evitarle un embarazo. —Como no respondía, el magistrado proseguía—: ¿Actuaba usted igual con sus otras aventuras extraconyugales?

—No lo sé.

—¿Se acuerda de una tal Jeanne, que es moza de granja de uno de sus clientes? El inspector Mani la ha interrogado, prometiéndole que su nombre no figuraría en el dossier y que no sería citado en la audiencia pública. Usted tuvo relaciones sexuales con ella tres veces. La primera vez, durante el acto, como ella parecía asustada, usted le murmuró a la oreja: «No tengas miedo. Me retiraré a tiempo».

»Deduzco que esa era su costumbre. En caso de que lo niegue, buscaré más personas con las que usted haya mantenido relaciones.

—No lo niego.

—En ese caso, dígame por qué, con Andrée Despierre y sólo con ella, no tomaba usted ninguna de las precauciones elementales.

—Fue ella quien...

—¿Planteó la cuestión?

No. Pero la primera vez, en el momento en que él trataba de desanudar el abrazo, ella le retuvo. Sorprendido, estuvo a punto de decir: «¿No tienes miedo?».

Al borde de la carretera, junto al bosque de Sarelle, pudo pensar que ella haría lo necesario al llegar a su casa. Más adelante, en el Hôtel des Voyageurs, constató que no hacía nada.

Si no entendió enseguida la relación entre esta pregunta del magistrado y los cargos que se le imputaban, pronto la comprendería.

—¿No es así como hubieran actuado los dos si hubieran decidido unir sus vidas pasase lo que pasase? No temer que Andrée se quedase embarazada, señor Falcone, quizá signifique que eso no hubiera cambiado nada los acontecimientos, como máximo le hubiera obligado a acelerarlos.

Salió de ese interrogatorio aterrado, preguntándose si el juez no había tenido jamás una amante. Hoy, Diem no parecía querer volver a aquella cuestión.

—Veo aquí, en la fecha del primero de septiembre, una cruz seguida de la cifra uno. ¿Quiere decirme lo que significa?

Siempre relajada, miraba al juez y luego a Tony, al que enviaba valor con la mirada.

—Es la fecha de mi primera carta.

—¿Quiere precisar? ¿A quién escribió ese día?

—A Tony, naturalmente.

—¿Por qué motivo?

—Desde que mi marido se presentó en Triant, el 2 de agosto, yo sabía que sospechaba algo y ya no me atrevía a volver al hotel de Vincent.

—¿Así que ya no hacía la señal convenida?

—Eso es. A Tony le había afectado mucho ver a Nicolas en la plaza de la estación. Yo no quería que siguiera torturándose pensando que la situación era dramática.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Él quizá creía que se habían producido escenas violentas entre Nicolas y yo, que mi marido había informado a su madre y que me lo estaban haciendo pagar caro, yo qué sé. Y en cambio, había logrado darle una razón plausible de mi presencia en el hotel.

—¿Recuerda qué escribió?

—Perfectamente. «Todo va bien». Añadí: «No tengas miedo». Diem se volvió a él.

—¿Sigue usted negando, señor Falcone? Andréé le miró sorprendida.

—¿Por qué habrías de negarlo? ¿No recibiste mis cartas?

Tony ya no entendía nada y llegaba a preguntarse si ella era inconsciente, si era posible que no oliese la trampa en la que la estaban haciendo caer.

—Prosigamos. Quizá luego cambie de opinión. Segunda cruz, esta vez el 25 de septiembre. ¿Qué decía la segunda carta?

Ella no tenía que buscar en la memoria. Se las sabía de memoria, igual que él se sabía de memoria las frases que se dijeron la tarde del 2 de agosto en la habitación azul.

—Sólo era un saludo: «No olvido. Te amo».

—Fíjese que, según su propia declaración, no escribió: «No te olvido».

—No. Yo no olvidaba.

—¿Qué era lo que no olvidaba?

—Todo. Nuestro amor. Nuestras promesas.

—Diez de octubre, o sea, veinte días antes de la muerte de su marido. Durante un interrogatorio precedente usted nos proporcionó el texto de esta tercera carta: «¡Pronto! Te amo». ¿Qué entendía usted por *pronto*?

Sin perder la serenidad, respondía tras tranquilizar a Tony con la mirada:

—Que próximamente podríamos reanudar nuestras citas.

—¿Por qué?

—Me había esmerado para que Nicolas olvidase sus sospechas.

—¿No es más cierto que usted sabía que él no iba a vivir por mucho tiempo?

—Ya le he contestado a eso dos veces. Era un enfermo grave, que tanto podía seguir arrastrándose varios años más como desaparecer de súbito, el doctor Riquet nos lo explicó claramente a su madre y a mí unos días antes.

—¿Con qué ocasión?

—Con ocasión de una crisis. Cada vez eran más frecuentes y, al mismo tiempo, cada vez digería peor los alimentos.

Tony escuchaba alucinado. Por momentos sospechaba que los demás, incluida Andrée y su abogado, que asentía con gestos a lo que ella decía, se habían puesto de acuerdo para dedicarle aquella comedia.

Le venían a los labios preguntas que el juez hubiera debido formular y que Diem, por el contrario, ponía mucho cuidado en eludir.

—Así que llegamos al 29 de diciembre. Se acerca Año Nuevo. Crucecita en su agenda. Sin esperar, ella proporcionó el texto de su mensaje.

—*Feliz año nuestro.* —Con una pizca de orgullo, añadió—: Me lo pensé mucho. Quizá no sea gramaticalmente correcto. Quería subrayar que este sería nuestro año.

—¿Qué entiende por eso?

—¿Olvida usted que Nicolas había muerto? Se refería a eso de forma natural, sin perder nada de su terrible serenidad.

—¿Quiere decir que era usted libre?

—Por supuesto.

—¿Y que en ese caso ya no había ningún obstáculo para que el año que iba a empezar fuera realmente el suyo: el de Tony y usted?

Ella asentía, más tranquila y satisfecha que nunca. Una vez más, el juez Diem, en vez de acosarla, evitaba insistir, se hacía con otra agenda parecida a la primera.

Tony solamente se daba cuenta de que en los últimos dos meses no había sido el único que había pasado muchas horas en aquel despacho. Ciertamente, su abogado le había informado de la detención de Andrée, diez o doce días después de su propio arresto. Así

que seguro que la habían interrogado. Pero en su espíritu, le parecía que eso no se había llevado a la práctica. No había pensado que las respuestas de ella pudieran llegar a pesar tanto o más que las suyas.

—Nos queda una carta, señora Despierre, la más corta pero la más significativa. Sólo consta de dos palabras.

Andrée lanzó como un desafío orgulloso:

—*¡Ahora tú!*

—¿Quiere explicarnos, con la mayor precisión posible, lo que quería decir con eso?

—¿No está bastante claro? Como usted ha dicho, yo era libre. Una vez pasado el luto...

—¿Un instante! ¿Fue por el luto por lo que no reanudó sus citas tras la muerte de su marido?

—En parte. Y en parte también porque estaba en pleitos con mi suegra y si el asunto llegaba a los tribunales nuestra relación podía perjudicarme.

—¿Así que después de Todos los Santos no volvió a poner la toalla en la ventana?

—Una vez.

—¿Su amante acudió a la cita?

—No.

—¿Subió usted a la habitación? Ella, sin pudor, precisó:

—Me desnudé como de costumbre, convencida de que vendría.

—¿Tenía que hablar con él?

—Si hubiera tenido que hablar con él no me hubiera desnudado.

—¿No tenían nada que discutir?

—¿Discutir de qué?

—Entre otras cosas, la forma en que, a su vez, él se liberaría.

—Estaba decidido desde hacía tiempo.

—¿Desde el 2 de agosto?

—No fue la primera vez.

—¿Habían acordado que se divorciaría?

—No estoy segura de que pronunciásemos esa palabra. Yo lo entendí así.

—¿Oye usted, Falcone?

Ella se volvió hacia él, los ojos muy abiertos:

—¿No se lo has dicho? —Luego, al juez—: No veo qué tiene esto de raro. La gente se divorcia cada día. Nosotros nos amábamos. Yo ya le quería de niña, y, si me resigné a casarme con Nicolas, fue porque Tony se había ido de la región y estaba convencida de que no regresaría jamás.

»Cuando volvimos a encontrarnos, los dos comprendimos que seríamos el uno para el otro.

Él hubiera querido protestar, gritar muy fuerte, poniéndose de pie: «¡No! ¡No y no! ¡Acabemos ya! ¡Todo es mentira! ¡Todo está manipulado!».

Permanecía sentado en la silla, demasiado estupefacto para intervenir. ¿Podía ella misma creer lo que estaba diciendo? Hablaba con sencillez, sin *pathos*, como si las cosas estuvieran muy claras, como si no existiera ningún drama, ningún misterio.

—Así que cuando le escribí *Ahora tú*, usted quería decir...

—Que le estaba esperando. Que era su turno de hacer lo necesario...

—¿Pedir el divorcio?

¿Fue adrede la ligera vacilación antes de responder?

—Sí.

Ahora el juez lanzó una mirada cómplice a Tony antes de seguir interrogando a

Andrée. Parecía decirle: «Preste atención. Esto le va a interesar». Y, con voz monocorde, sin huella de burla o ironía:

—¿No pensó en el sufrimiento de Gisèle Falcone?

—No hubiera llorado mucho tiempo.

—¿Usted qué sabe? ¿No amaba a su marido?

—No como yo. Esas mujeres no son capaces de amar de veras.

—¿Y su hija?

—¡Precisamente! Se hubiera consolado con su hija, y, con pagarles una renta decente, hubieran llevado una vida la mar de apañadita.

—¿Ha oído, Falcone?

El juez tuvo que lamentar haber llevado las cosas tan lejos, porque Tony tenía un aspecto aterrador, casi inhumano de tan dolorido y por el mucho odio. Se levantó despacio de la silla, la cara crispada, los ojos fijos, aire de sonámbulo.

Sus brazos parecían anormalmente largos. Había cerrado los puños. El grueso abogado dio un salto para situarse entre él y su clienta.

En cuanto a Diem, dirigió una señal imperativa al secretario, que corrió hacia la puerta.

La escena pareció muy larga, aunque de hecho no duró más que unos segundos. Los gendarmes entraron y uno de ellos le puso las esposas a Tony sin contemplaciones. Esperó órdenes. El juez dudaba, miraba sucesivamente a su prisionero y a Andrée, que no se desmoronaba, sólo parecía sorprendida.

—Tony, no entiendo por qué tú...

Pero, a un gesto del magistrado, se la llevaron. Su abogado la agarró del brazo y la arrastró con firmeza hacia la puerta. Aún tuvo tiempo de volverse para lanzar:

—Sabes muy bien que tú mismo dijiste... No oyeron nada más, porque la puerta se cerró.

—Lo siento, Falcone. No había otro remedio. Dentro de unos instantes, en cuanto



haya vía libre, le devolveremos a la cárcel.

Aquella misma noche, Diem comentaba con su mujer, después de cenar:

–Hoy he asistido al careo más cruel de mi carrera. Ojalá nunca tenga que dirigir otro tan penoso.

En cuanto a Tony, en su celda, no durmió en toda la noche.

## 6

Se pasó dos días en una especie de estupor, del que sólo salía con esporádicos y breves arrebatos de rebeldía que le hacían recorrer la celda nervioso, como si fuera a lanzarse contra los muros.

Era fin de semana y todo el mundo debía de haber ido a la playa.

Extrañamente, desde el principio se había acomodado a la vida en la cárcel, obedeciendo sin protestar y cumpliendo las instrucciones de sus guardianes.

Hasta el tercer día no se sintió abandonado. Nadie venía a verle. No se hablaba de llevarle al Palacio. Escuchaba impaciente los pasos en el corredor, y cada vez que alguien se detenía ante su puerta se incorporaba.

Sólo más tarde se percató del silencio que reinaba en la calle, de que el tráfico era casi nulo, y, hacia las cuatro, uno de los carceleros le confirmó que era día de fiesta.

El martes, a las diez, metieron en su celda al letrado Demarié, que se había puesto moreno. Se tomó su tiempo para desplegar los papeles que fue extrayendo de su cartera, para instalarse, ofrecerle un cigarrillo y encenderse uno.

—¿Se le han hecho muy largos estos tres días? —Carraspeó, porque Tony no se tomaba la molestia de responder y esperaba en una actitud poco alentadora—. He recibido copia de la transcripción de su último interrogatorio y del careo con André Despierre. —¿Creía en la inocencia de su cliente? ¿Seguía sin formarse una opinión?—. Si le dijese que es bueno para nosotros mentiría. Esta historia de las cartas es desastrosa y ante el jurado hará peor efecto porque usted ha negado que existieran. ¿Son exactos los textos que la Despierre citó?

—Sí.

—Me gustaría que respondiera con franqueza a una pregunta. Cuando usted, contra toda evidencia, se empeñaba en negarlo, ¿era para no perjudicar a su amante o porque consideraba que esos mensajes son peligrosos para usted?

¿Para qué intentarlo otra vez? A la gente le gusta creer que uno siempre actúa por un

motivo concreto. La primera vez que se habló de las cartas no había reflexionado y no se le ocurrió que interrogarían al empleado de correos.

Tuvieron que pasar semanas para que se diera cuenta de la inaudita actividad del inspector Mani y de sus colaboradores, del número de personas a las que visitaban en sus casas, día tras día, hasta que se resignaban a hablar.

¿Habría un solo vecino de Saint-Justin, un solo granjero de los alrededores, alguien que frecuentase las ferias, sobre todo las ferias de Triant, que no tuviera un testimonio que aportar?

También los periodistas habían intervenido y los diarios habían publicado columnas enteras de confidencias.

—He tenido un breve encuentro con Diem y me ha hecho entender que ese careo le fue especialmente penoso. Parece que hacia el final perdió usted la sangre fría. Andréé, en cambio, mantuvo la calma y la seguridad. Imagino que es la actitud que adoptará ante el tribunal. —Demarié se esforzaba por sacarle de su mutismo—. He intentado saber la opinión del juez, aunque una vez terminada la instrucción su opinión dista mucho de ser decisiva. No oculta que le tiene cierta simpatía. Pero juraría que, después de dos meses observándole, no ha logrado hacerse una opinión sobre usted. —¿Por qué aquel parloteo, aquellas palabras sin interés?—. ¡A propósito! Casualmente, el viernes por la noche, en casa de unos amigos que habían organizado una partida de bridge, me encontré con Bigot. Me llamó a un aparte y me habló de un descubrimiento bastante curioso que por desgracia llega demasiado tarde.

»En efecto, usted ha admitido que con Andréé no tomaba las precauciones que solía tomar con otras mujeres.

Tony escuchaba con curiosidad.

—Como usted sabe, Andréé anotaba en su agenda las fechas de sus menstruaciones. Bigot ha tenido la curiosidad de confrontarlas con sus citas en Triant durante los once meses que duró su relación. A Diem no se le ocurrió. A mí tampoco, lo confieso.

»¿Sabe a qué corresponden estas últimas fechas? Invariablemente, sin una sola excepción, a los periodos en los cuales su amante no era fecunda.

»Dicho de otra forma, Andréé Despierre no corría riesgo alguno, detalle que hubiera jugado en favor de usted si no fuese por sus declaraciones precedentes. De todas formas utilizaré este argumento, pero no tendrá tanta fuerza.

Tony había vuelto a caer en la indiferencia y el abogado no insistió mucho.

—Creo que esta tarde le llevarán al Palacio.

—¿A ella también?

—No. Esta vez, solo. ¿Sigue sin querer que yo esté presente?

¿Para qué? Demarié era como los demás. No comprendía más que ellos. Sus intervenciones sólo complicarían las cosas. A pesar de todo, Tony estaba contento de saber que le había caído simpático al pequeño juez.

Volvió a verle a las tres en su despacho. Caía una lluvia fina y en un rincón goteaba un paraguas, probablemente el del secretario, porque el magistrado acudía al Palacio en su 4CV negro.

Diem no había tomado el sol. De hecho, confesó con sencillez:

—He aprovechado el largo fin de semana para revisar el dossier de cabo a rabo. ¿Cómo se siente hoy, Falcone? Le advierto que este interrogatorio podría alargarse, porque estamos llegando al miércoles diecisiete de febrero. ¿Quiere explicarme lo más detalladamente posible cómo pasó ese día?

Se lo esperaba. Cada vez que le llamaban le extrañaba que aún no hubieran llegado a eso.

El 17 de febrero fue el fin, el fin de todo, un final que él no había previsto ni en sus peores pesadillas, y que, sin embargo, mirándolo a posteriori, le parecía lógico y fatal.

—¿Quiere que le ayude formulando preguntas concretas?

Asintió con la cabeza. Abandonado a sí mismo, no hubiera sabido por dónde empezar.

—¿Su mujer se levantó a la hora de costumbre?

—Un poco más temprano. El martes por la mañana había llovido, de forma que la colada no se secó hasta avanzada la tarde. Ella pensaba pasar el día planchando.

—¿Y usted?

—Bajé a las seis y media.

—¿Desayunaron juntos? ¿Hablaron de las citas que usted tenía? Intente ser muy preciso.

Diem había desplegado ante sí las transcripciones de otros interrogatorios, los primeros, a los que le sometieron sucesivamente el teniente de gendarmería de Triant, Gaston Joris, con quien a menudo había tomado el aperitivo en casa de su hermano, y luego el inspector Mani, que era corso.

—La víspera, o sea, el martes por la noche, le anuncié que tenía un día cargado y que quizá llegaría tarde a cenar.

—¿Le dio detalles sobre cómo pensaba organizarse el día?

—Sólo le hablé de la feria de Ambasse, donde me esperaban unos clientes, y de una avería que tenía que reparar en Bolin-sur-Sièvre.

—¿No queda fuera de su sector?

—Bolin sólo está a treinta y cinco kilómetros de Saint-Justin y yo estaba empezando a ampliar mi radio de acción.

—¿Sabía ya en ese momento que sus explicaciones eran falsas?

—No lo eran del todo.

—¿Subió a despertar a su hija a las siete? ¿Lo hacía a menudo?

—Casi cada mañana. La despertaba antes de asearme.

—Elegió su mejor traje, un traje azul que sólo usaba los domingos.

—Por mi cita en Poitiers. Quería parecer próspero a los ojos de García.

—Ya volveremos a él más adelante. Cuando usted bajó, su hija estaba preparándose en la cocina para ir al colegio. Antes de dirigirse a Ambasse y Bolin-sur-Sièvre, usted tenía que pasar por correos, donde esperaba un paquete.

—Un pistón que había encargado para mi cliente de Bolin.

En dos o tres ocasiones lanzó una mirada maquinal hacia la silla vacía que estaba frente al escritorio, y Diem acabó por comprender que era la que Andrée había ocupado la semana anterior.

Aquella silla vulgar, que parecía no haber cambiado de sitio desde el viernes, parecía inquietar a Tony, y el juez, mientras paseaba por la habitación, la puso contra la pared.

—Usted propuso a su hija llevarla al colegio en camioneta.

—Sí.

—Aquello fue excepcional. ¿No tenía usted un motivo para mostrarse particularmente tierno con ella?

—No.

—¿No le preguntó a su mujer si había recados que hacer en el pueblo?

—No. Ya se lo dije al inspector. Gisèle me llamó cuando yo ya estaba a punto de salir.

»—¿Quieres pasar por el colmado y comprar un kilo de azúcar y dos paquetes de jabón para la ropa? Así no tendré que vestirme para salir.

»Son sus palabras exactas.

—¿Era algo habitual?

¿Había que volver otra vez a los detalles domésticos? Ya lo había hecho con Mani. Como en todos los hogares, casi cada día había compras que hacer en diferentes tiendas, entre ellas el carnicero o el charcutero. Gisèle procuraba no enviarle a esas tiendas, donde casi siempre había que hacer cola.

—No es cosa de hombres —decía.

Ese miércoles, ella quería empezar a planchar lo antes posible. Como la víspera habían comido estofado y había sobrado, no necesitaban carne. De modo que sólo había un recado por hacer.

—Así que se fue usted con su hija.

Aún veía por el retrovisor a Gisèle, en la puerta, secándose las manos en el delantal.

—Dejó a Marianne en la escuela y se dirigió a la oficina de correos. ¿Y luego?

—Entré en el colmado.

—¿Cuánto tiempo hacía que no ponía los pies allí?

—Quizá dos meses.

—¿No había vuelto desde la última carta, la que sólo constaba de dos palabras: «Ahora tú»?

—No.

—¿Estaba emocionado, señor Falcone?

—Emocionado, no. Hubiera preferido no encontrarme en presencia de Andrée, sobre todo a la vista de varias personas.

—¿Temía traicionarse?

—Me sentía incómodo.

—¿Quién más había en la tienda cuando usted entró?

—Me acuerdo de un chico al que no presté atención, de una de las hermanas Molard y de una vieja a la que todos llaman La Bizca.

—¿Estaba la anciana señora Despierre?

—No la vi. ¿Tuvo que hacer cola?

—No. Andrée me preguntó enseguida: «¿Qué quieres, Tony?».

—¿Le atendió antes que a los demás? ¿Nadie protestó?

—Es la costumbre. En casi todas partes atienden primero a los hombres.

»—Un kilo de azúcar y dos paquetes de jabón para la ropa.

»Lo cogió de los estantes y luego me dijo:

»—Un momento. He recibido la compota de ciruelas que tu mujer me pide desde hace quince días.

»Desapareció en la trastienda y volvió con un pote de compota de la misma marca que yo veía normalmente en casa...

—¿Estuvo ausente mucho rato?

—No mucho.

—¿Un minuto? ¿Dos minutos?

—Me pareció el tiempo normal.

—¿Para ir por un pote de compota y traerlo a la tienda? ¿O bien para buscarlo entre otras mercancías amontonadas?

—Entre las dos cosas. No sé.

—¿Andrée Despierre estaba turbada?

—Yo evitaba mirarla.

—Pero la vio. Oyó su voz.

—Creo que estaba contenta de verme.

—¿No le dijo nada más?

—Cuando abrí la puerta para irme, se despidió con un: «Que pases un buen día, Tony».

—¿El tono le pareció natural?

—En aquel momento no presté atención. Era un día cualquiera.

—¿Y más adelante?

—Quizá la voz era más tierna.

—¿Andrée se mostraba a menudo tierna con usted?

—¿No tenía la obligación de decir la verdad?

—Sí. Es difícil de explicar. De una ternura particular, como la que yo le mostraba



ciertos días a Marianne, por ejemplo.

—¿Maternal?

—Tampoco es la palabra. Protectora sería más exacto.

—Así pues, primera coincidencia: su mujer le encarga, cosa bastante excepcional, que vaya al colmado en lugar de ella. Segunda coincidencia: desde hacía días en la tienda no tenían una confitura determinada que es la única que ella come. Acaba de llegar una partida y le entregan a usted un pote. Tercera coincidencia, que el inspector Mani no ha pasado por alto: ese día usted no vuelve directamente a casa, sino que va a la estación.

—Había pedido que me enviaran el pistón en un expreso y...

—Y eso no es todo. La estación de Saint-Justin, como la mayoría de edificios, tiene cuatro caras, una que da a la vía, la otra, la opuesta, por la que entran y salen los viajeros, la tercera, a la izquierda, donde se abre la puerta del jefe de estación. La cuarta pared, la que da al norte, no tiene puerta ni ventana. Es una pared desnuda, ciega, y fue delante de esa pared donde usted aparcó su camioneta.

—Si ha ido usted allí, habrá visto que es el lugar lógico para aparcar.

—El jefe de estación, ocupado en ese momento haciendo la caja, le dijo que recogiera usted mismo su paquete del almacén de mercancías.

—Todos los vecinos lo hacíamos.

—¿Cuánto tiempo se quedó en la estación o cerca de la estación?

—No miré la hora. Unos minutos.

—El jefe de estación afirma que no oyó irse su coche hasta pasado un rato bastante largo.

—Quise asegurarme de que me habían enviado el pistón correcto, porque a veces se producen errores.

—¿Deshizo el paquete?

—Sí.

—¿En la camioneta?

—Sí.

—¿Donde nadie podía verle? Añadamos esta coincidencia a las demás. Al volver a casa, dejó las compras sobre la mesa de la cocina. Su mujer estaba en el jardín recogiendo la ropa del tendedero y amontonándola en un cesto. ¿Fue usted hacia ella? ¿La abrazó antes de irse?

—No solíamos hacerlo. No se trataba de un viaje. Desde la puerta le grité: «¡Hasta la noche!».

—¿No le comentó que había llegado la compota?

—¿Para qué? La encontraría en la mesa.

—¿No se demoró en la cocina?

—En el último momento vi la cafetera junto a los fogones y me serví una taza de café.

—Si no me equivoco, esto es por lo menos la quinta coincidencia.

¿Por qué las subrayaba Diem con tanta insistencia? Tony no podía cambiar las cosas. ¿Quería que protestase o que se indignase? Ya hacía tiempo que había dejado de hacerlo y se contentaba con responder con una voz indiferente. Estaba igual de pasivo, igual de blando que aquel 17 de febrero, con su cielo de un gris uniforme, su luz sorda, el campo que parecía vacío, los charcos que había dejado una lluvia reciente.

—¿Por qué pasó por Triant?

—Porque me iba de camino.

—¿No tenía otro motivo?

—Quería hablar con mi hermano.

—¿Para pedirle consejo? ¿Siendo el mayor, solía pedirle consejo?

—Solía hablarle de mis negocios. Además era la única persona al corriente de mis problemas con André.

—¿Admite que tenía problemas?

—Sus cartas me inquietaban.

—¿No es una palabra muy suave, después de lo que le ha confesado a Mani?

—Digamos que me daban miedo.

—¿Y tomó una decisión? ¿Fue esa decisión lo que consultó con Vincent? Se da la circunstancia, señor Falcone, de que mientras usted hablaba con él, su cuñada estaba fuera haciendo las compras y Françoise limpiaba las habitaciones en el primer piso.

—Como cada mañana. Cuando entré en el café, Vincent tampoco estaba. Oí ruido de botellas en la bodega y vi la trampa detrás del mostrador abierta. Mi hermano estaba escogiendo el vino necesario para aquel día y esperé a que subiera.

—¿Sin avisarle de que estaba usted allí?

—No quería interrumpirle. Además, no tenía prisa. Me senté junto a la ventana y me puse a pensar en qué le diría a García.

—¿Iba a pedirle consejo a su hermano pero ya había tomado una decisión?

—Más o menos.

—Explíquese.

—Preveía que García dudaría, porque es un hombre prudente, que se asusta con facilidad. Aquello para mí representaba jugar a cara o cruz.

—¿Jugarse su futuro y el de su familia a cara o cruz?

—Sí. Si García se dejaba convencer, yo vendía. Si se negaba a lanzarse a la aventura, me quedaba.

—¿Y el papel de su hermano?

—Quise ponerle al corriente.

—En ausencia de cualquier testigo, incluida su cuñada, de forma que nadie, salvo Vincent y usted, puede informarnos de esta conversación. Están ustedes muy unidos, ¿verdad?

Tony se acordaba de cuando llevaba a su hermano al colegio, por caminos

embarrados o helados. Vestían pesados chubasqueros. En invierno, salían y regresaban a casa a oscuras. A menudo, Vincent, ya cansado, arrastraba los zapatos claveteados y se dejaba llevar. Durante el recreo, Tony velaba por él a distancia y de regreso a La Boisselle, mientras esperaban a su padre, le preparaba la merienda.

Pero este tipo de cosas, muy sencillas, no se cuentan, hay que haberlas vivido. El juez Diem no las había vivido.

Vincent era, en efecto, el ser humano al que más unido se sentía; y su hermano, por su lado, le estaba agradecido por no portarse como un hermano mayor. Hablar italiano entre sí era otro lazo más, porque les recordaba la infancia, en la que sólo empleaban esta lengua con su madre.

—*Si me quedo, me temo que no voy a estar tranquilo.*

—*¿No te ha dicho ella nada esta mañana?*

—*No estábamos solos en la tienda. Para dentro de dos o tres días espero otra carta, y sabe Dios lo que dirá...*

—*¿Cómo se lo explicarás a Gisèle?*

—*Aún no lo he pensado. Si le digo que en esta región no hay posibilidades de expansión, me creerá. Habían bebido un vermut juntos, cada uno aun lado del mostrador; luego entró un proveedor de refrescos y Tony se dirigió hacia la puerta, que habían dejado abierta.*

—*¡Que sea lo que Dios quiera!* —le lanzó Vincent.

A Diem le costaba creer que la entrevista hubiera sido tan simple, quizá porque desde que eran pequeños los dos hermanos estaban acostumbrados a la desgracia.

—*¿No intentó disuadirle?*

—Al contrario. Parecía aliviado. Desde el principio vio con malos ojos mis relaciones con Andréé.

—Prosiga con su recuento de lo que hizo.

—En la feria de Ambasse, que sólo era una pequeña feria de invierno, apenas me

detuve y después de distribuir algunos prospectos llegué a Bolin-sur-Sièvre y fui a visitar a mi cliente.

—Un momento. ¿Su mujer conocía su nombre?

—No recuerdo habérselo dicho.

—Cuando usted se iba así, de gira, ¿no le decía los sitios donde eventualmente ella pudiera contactar con usted?

—No necesariamente. En las ferias era fácil, porque siempre me instalaba en los mismos cafés. Cuando visitaba las granjas ella tenía una idea aproximada de mi itinerario y podía telefonarme.

—¿No le habló usted de Poitiers?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no había nada decidido y no quería inquietarla por adelantado.

—¿No se le ocurrió la idea de, sencillamente, confesarle la verdad y revelar sus preocupaciones a causa de su relación con Andrée Despierre? Según usted esa relación había terminado, quizás hubiera sido la mejor solución. ¿No lo pensó?

No. Su respuesta podía parecer ridícula, pero era la verdad.

—Mi cliente de Bolin-sur-Sièvre, un granjero importante llamado Dambois, me invitó a comer, y a las dos había terminado mi trabajo. Entonces, sin apresurarme, me dirigí hacia Poitiers.

—¿Cómo se había citado con su amigo García?

—El sábado anterior le escribí para avisarle de que iría a recogerle a la salida de los talleres. Cuando yo trabajaba en el depósito central, García era mi capataz. Tiene unos diez años más que yo, tres hijos, uno de ellos en el instituto.

—Prosiga.

—Llegué con mucha antelación. Hubiera podido entrar en los talleres de montaje, pero hubiese tenido que darles conversación a mis antiguos camaradas y no tenía valor para

eso. Los edificios se levantan a dos kilómetros de la ciudad, en la carretera a Angoulême. Seguí hasta Poitiers y entré en un cine.

—¿A qué hora salió?

—A las cuatro y media.

—¿A qué hora dejó a su hermano, por la mañana?

—Un poco antes de las diez.

—Dicho de otra forma: en contra de lo habitual, de diez de la mañana a cuatro y media de la tarde nadie, ni siquiera su mujer, sabía dónde localizarle.

—No me pareció raro.

—Imagine que su hija hubiera tenido un accidente grave... ¡Dejémoslo! Fue a esperar a García a la salida del taller.

—Sí. Mi carta le había intrigado. Estuvimos a punto de entrar en el café enfrente del taller, pero nos hubiéramos encontrado a los compañeros. Como García llevaba moto, me siguió por la ciudad hasta la Brasserie du Globe.

—¿Así que nadie sabía tampoco que estaba usted en la Brasserie du Globe? ¿Ni siquiera su hermano?

—No. García me habló de su familia, yo le hablé de la mía, y luego le planteé el negocio.

—¿Le dijo por qué tenía intención de irse de Saint-Justin?

—Sólo que era un asunto de faldas. Yo no ignoraba que él había ahorrado y que muchas veces hablaba de instalarse por cuenta propia. Yo le traía un negocio montado, la casa, el hangar, las herramientas, además de una clientela bastante importante.

—¿Se dejó tentar?

—No me dio una respuesta definitiva. Se tomó una semana para pensárselo, ante todo deseaba hablarlo con su mujer y su hijo mayor. Lo que más le molestaba era irse de Poitiers, sobre todo porque el hijo iba bien en los estudios y había hecho amigos. Le dije que en Triant hay un buen instituto.

»—¡Pero tendrá que hacer quince kilómetros mañana y noche o habrá que meterlo interno!

—¿Cuánto tiempo duró la conversación?

—Un poco antes de las siete, García me invitó a acompañarle a su casa. Le respondí que mi mujer me estaba esperando.

—¿Cuáles eran sus proyectos si se daba el caso de que, la semana siguiente, García aceptase?

—Le hubiera pedido a la compañía un puesto de representante, en el norte o en el este, en Alsacia, por ejemplo, lo más lejos posible de Saint-Justin. Me lo hubieran concedido, porque se me valora. Quizás un día hubiera vuelto a establecerme por cuenta propia.

—¿Hubiera dejado a su padre solo en La Boisselle?

—Vincent no estaba lejos.

—¿Quiere descansar un momento, señor Falcone?

—¿Puedo abrir la ventana?

Necesitaba aire. Desde el principio de aquel interrogatorio, en apariencia banal, se ahogaba. Había algo de irreal y de amenazador en aquellas réplicas que evocaban hechos concretos pero que en realidad estaban todas relacionadas con un drama del que en ningún momento se hablaba.

—¿Un cigarrillo?

Tomó uno, se puso de cara a la calle, mirando las ventanas de enfrente, los tejados mojados. ¡Si por lo menos aquella fuese la última vez! Pero aunque Diem no volviese otro día sobre el tema, igual habría que empezar desde cero ante el tribunal.

Se sentó de nuevo, resignado.

—Casi hemos terminado, Falcone.

Asintió con la cabeza, dirigiendo una sonrisa triste al juez, en el que creía adivinar cierta compasión.

—¿Volvió directamente a Saint-Justin? ¿Sin detenerse en ninguna parte?

—De repente tuve prisa por estar en casa, por encontrarme con mi mujer y mi hija. Creo que conduje muy rápido. Normalmente, se necesita hora y media para recorrer el camino y yo lo hice en menos de una hora.

—¿Bebió con García?

—Él se tomó dos aperitivos, yo un solo vermut.

—Igual que con su hermano.

—Sí.

—Volvió a pasar ante su café. ¿Bajó del coche para informarle del resultado de su viaje?

—No. Además a aquella hora siempre hay gente y seguro que Vincent estaba ocupado.

—Había anochecido. A lo lejos se veían las luces de Saint-Justin. ¿Le llamó algo la atención?

—Me chocó ver que todas las ventanas de mi casa estaban iluminadas, cosa que no pasaba nunca, e intuí una desgracia.

—¿En qué pensó?

—En mi hija.

—¿Y no en su mujer?

—Marianne era la más frágil y, naturalmente, la más expuesta a un accidente.

—El coche ni siquiera lo llevó al garaje, lo aparcó a unos veinte metros de su casa.

—Frente a nuestra verja se había reunido la mitad del pueblo, lo que me confirmó que había sucedido una desgracia.

—Tuvo que abrirse paso entre la multitud.

—Me abrían paso, pero en vez de mirarme con piedad me miraban con cólera y yo



no comprendía. El gordo Didier, el herrero, con su delantal de cuero, se plantó frente a mí con los puños en las caderas y me escupió a los zapatos.

»Mientras cruzaba el césped oía un rumor amenazante a mis espaldas. La puerta se abrió sin que tuviera que tocarla, y me acogió un gendarme al que conocía de vista por habérmelo encontrado a menudo en el mercado de Triant.

»—¡Por aquí! —me dijo, señalándome la puerta de mi despacho.

»Me encontré al brigada Langre instalado en mi butaca. En vez de llamarme Tony, como de costumbre, gruñó:

»—¡Siéntate, cerdo!

»Entonces grité:

»—¿Dónde está mi mujer? ¿Dónde está mi hija?

»—¡Sabes tan bien como yo dónde está tu mujer!

Se calló. No le salían más palabras. No estaba alterado. Más bien se mostraba demasiado tranquilo. Por su parte, Diem evitaba presionarle y el secretario sacaba punta al lápiz.

—Ya no sé más, señor juez. Es confuso. En determinado momento Langre me informó de que las hermanas Molard se habían llevado a Marianne y dejé de preocuparme por ella.

»—¡Confiesa que lo sabías y que no esperabas encontrarlas vivas! ¡Jodido extranjero! ¡Carroña!

»Se había levantado y comprendí que sólo esperaba una excusa para golpearme. Yo repetía:

»—¿Dónde está mi mujer?

»—En el hospital de Triant, por si no te lo imaginabas. —Luego, tras consultar el reloj—: Sólo que a estas horas seguramente ya no vive. Pronto lo sabremos. ¿Dónde has estado todo el día? Te escondías, ¿verdad? ¡Preferías no verlo! Nos preguntábamos si volverías, si no habrías puesto tierra de por medio.

»—¿Ha sufrido Gisèle un accidente?

»—¡Una mierda de accidente! La has matado. Poniendo cuidado en no estar presente cuando ocurriese.

*El teniente de la gendarmería llegó en coche.*

—¿Qué dice? —preguntó al brigada.

—*Se hace el inocente, como era de prever. Nada tan mentiroso como estos italianos. Oyéndole se diría que no tiene ni idea de lo que ha pasado aquí.*

*El teniente no mostraba más simpatía que su subordinado, pero se esforzaba por mantenerse tranquilo y frío.*

—¿De dónde viene?

—*De Poitiers.*

—¿Qué ha estado haciendo durante todo el día? Hemos intentado contactar con usted por todas partes.

—¿A qué hora?

—*A partir de las cuatro y media.*

—¿Qué pasó a las cuatro y media?

—*El doctor Riquet nos telefoneó.*

*Tony estaba desorientado.*

—Dígame, teniente, ¿qué ha pasado exactamente? ¿Ha sufrido mi mujer un accidente? Entonces el teniente Joris le miró a los ojos.

—¿Está de broma?

—*Le juro que no, sobre la cabeza de mi hija. Por Dios, dígame cómo está mi esposa. ¿Está viva? Él también miró su reloj.*

—*Hace tres cuartos de hora aún vivía. Yo estaba a la cabecera de su cama.*

—¡Ha muerto!

*No podía creerlo. Por la casa se oían ruidos insólitos, pasos pesados en el piso de arriba.*

*—¿Qué hacen todos estos hombres en mi casa?*

*—La registran, aunque ya hemos encontrado lo que buscábamos.*

*—Quiero ver a mi mujer.*

*—Usted hará lo que le mandemos. Desde este momento queda usted detenido, Antoine Falcone.*

*—¿De qué se me acusa?*

*—Soy yo el que hace las preguntas.*

*Hundido en su silla, se aguantaba la cabeza entre las manos. Aún sin saber nada concreto, tuvo que explicar cómo había pasado el día desde que se levantó.*

*—¿Confiesa que fue usted quien trajo este bote de compota a la casa?*

*—Sí, claro.*

*—¿Se lo pidió su mujer?*

*—No. Me pidió que comprase azúcar y jabón para la ropa. André Despierre me dio la compota, que Gisèle, al parecer, le había encargado hace quince días.*

*—¿Vino usted directamente desde el colmado? El alto en la estación... El pistón de recambio... ¿Es este el bote?*

*Se lo pusieron en las narices. El bote había sido abierto y alguien lo había estrenado.*

*—Eso creo. La etiqueta es la misma.*

*—¿Se lo entregó en mano a su mujer?*

*—Lo dejé sobre la mesa de la cocina.*

*—¿Sin decir nada?*

—No me pareció necesario. Mi mujer estaba ocupada recogiendo la ropa del jardín.

—¿Cuándo entró usted por última vez en el garaje?

—Esta mañana, un poco antes de las ocho, para sacar el coche.

—¿No cogió nada más? ¿Estaba usted solo?

—Mi hija me esperaba en la puerta de casa.

*¿Todo aquello le resultaba a la vez tan lejano y tan cerca! El día entero, con sus idas y venidas, parecía irreal.*

—Y esto, Falcone, ¿lo reconoce?

*Miraba la caja, que le resultaba familiar porque hacía cuatro años la había colocado en la estantería más alta del hangar.*

—Debe de ser mío, sí.

—¿Qué contiene esta caja?

—Veneno.

—¿Sabe qué veneno?

*—Arsénico o estricnina. Fue el primer año que vivíamos aquí. Antes en el solar del hangar había un depósito de basura donde el carnicero vertía desperdicios. Las ratas solían venir y la señora Despierre...*

—Un momento. ¿Cuál? ¿La vieja o la joven?

*—La madre. Me proporcionó el mismo veneno que vende a todos los granjeros. Ya no recuerdo si es...*

*—Es estricnina. ¿Qué cantidad mezcló con la compota? —Tony no se volvió loco. Tampoco aulló, pero se rompió un diente a fuerza de apretar las mandíbulas—. Normalmente, ¿a qué hora tomaba la compota su mujer?*

*Logró responder, en una especie de ensueño:*

—Hacia las diez.

*Gisèle, desde que vivían en el campo y madrugaba, había tomado la costumbre de comer algo a media mañana. Antes de que Marianne fuese a la escuela solían hacerlo juntas, igual que por la tarde, al regreso de la niña, seguían merendando juntas.*

—¡Así que lo sabía!

—¿Que sabía qué?

—*Que comería compota a las diez. ¿Sabe cuál es la dosis mortal de la estricnina? Dos centigramos. Sin duda tampoco ignoraba usted que el veneno empieza a actuar y provoca las primeras convulsiones entre diez y quince minutos después de la ingesta. ¿Dónde estaba usted a las diez?*

—*Salía de casa de mi hermano.*

—*Mientras, su mujer yacía en el suelo de la cocina. Iba a quedarse sola en la casa, sin ayuda, hasta la llegada de su hija, que sale del colegio a las cuatro. Así que ha agonizado durante seis horas antes de recibir ayuda. Estaba bien organizado, ¿verdad?*

—¿Pero dice usted que ha muerto?

—*Sí, Falcone. No creo descubrirle nada nuevo. Es probable que después de la primera crisis haya sentido cierto alivio. El doctor Riquet lo cree. No sé por qué no aprovechó para llamar. Luego, cuando las convulsiones volvieron, ya no había remisión posible.*

»*Al volver a casa un poco después de las cuatro, su hija ha encontrado a su madre tirada en el suelo en un estado que prefiero no describir. Ha salido de la casa corriendo y ha llamado a golpes a la puerta de las hermanas Molard. Léonore ha venido a ver y ha llamado al doctor. ¿Dónde estaba usted a las cuatro y cuarto?*

—*En un cine de Poitiers.*

—*Riquet ha diagnosticado envenenamiento y ha pedido una ambulancia al hospital. Era demasiado tarde para proceder a un lavado de estómago y sólo se podían administrar calmantes.*

»*También ha sido Riquet quien me ha telefoneado y me ha hablado del bote de compota. Mientras esperaba la ambulancia, curioseé por la cocina. Sobre la mesa aún estaba el pan, el cuchillo, una taza que contenía un poco de café con leche, un plato con*

*restos de compota. Probó con la punta de la lengua.*

*—¡Quiero verla! ¡Quiero ver a mi hija!*

*—En cuanto a su hija, no es el momento, porque la multitud podría lincharle. Léonore no ha tenido nada más urgente que hacer que ir de puerta en puerta anunciando la noticia. Mis hombres han descubierto este bote de estricnina en el hangar y me he puesto en contacto con el fiscal de la República en Poitiers.*

*»Ahora, Falcone, va usted a acompañarme. En la gendarmería estaremos mejor para proseguir, según las normas, el interrogatorio. Como es improbable que vuelva usted aquí en mucho tiempo, le aconsejo que se lleve una maleta con ropa y sus objetos personales. Subo con usted.*

Pregunta tras pregunta, Diem le obligaba a reiniciar el relato, a recordar su salida de Saint-Justin-du-Loup con una maleta en la mano a través de la masa de curiosos a los que los gendarmes apartaban y que gruñían a su paso; otros le miraban horrorizados, como si al descubrir que había un asesino en el pueblo pensasen que hubieran podido ser sus víctimas.

*—La ley exige que reconozca usted el cuerpo.*

Tuvo que esperar en un corredor del hospital, en compañía del teniente y de un gendarme. Ya le habían puesto las esposas. Aún no se había acostumbrado a ellas y a cada movimiento brusco le hacían daño.

Diem, observándole con especial atención, dijo:

*—Ante el cuerpo de su mujer, al que acababan de asear, usted se quedó inmóvil, a varios pasos de distancia, sin decir palabra. ¿No es esa la actitud de un culpable, señor Falcone?*

¿Cómo explicarle al juez que en aquel momento, en su fuero interno se sentía, en efecto, culpable? Lo intentó, de forma indirecta:

*—Es que en realidad murió por culpa mía.*

Aquel interrogatorio en el despacho del juez de instrucción Diem iba a ser el último. Quizás el magistrado tenía intención de volver a preguntar a Tony sobre unas cuantas cosas o someterle a otro careo con Andrée. Pero las noticias que le dieron del estado del reo le inclinaron a no insistir.

Ya al cabo de dos días el profesor Bigot encontró en su celda a un hombre indiferente a lo que le decían, indiferente a todo, que sólo parecía llevar una vida vegetativa.

Su tensión arterial había bajado mucho y el psiquiatra le había enviado en observación a la enfermería, donde, pese a un tratamiento masivo, el estado del prisionero no había mejorado mucho.

Dormía, comía, cuando le preguntaban respondía lo mejor que podía, pero con una voz neutra, impersonal.

La visita de su hermano no le sacó de su postración. Tony le miraba con extrañeza, sorprendido, al parecer, de ver a Vincent tal como le conocía, tal como era en su café de Triant, en el universo tan diferente de la enfermería.

—No tienes derecho a dejarte abatir, Tony. No olvides que tienes una hija y que todos estamos contigo.

¿Para qué?

—Marianne se ha acostumbrado muy bien a la vida en casa. Al principio la llevamos a la escuela. Él preguntó sin pasión:

—¿Se lo han dicho?

—Era imposible impedir que sus compañeros hablasen. Una noche me preguntó: “¿Es verdad que pap ha matado a mamá?”.

»La tranquilicé. Le aseguré que no.

»—¿Pero es un asesino?

»—No, ¿no ves que no ha matado a nadie?

»—Entonces, ¿por qué ponen su foto en los diarios?

»Ya ves, Tony. En el fondo no comprende, no sufre.

¿Era finales de mayo o principios de junio? Ya no contaba los días ni las semanas, y cuando Demarié vino a anunciarle que el ministerio fiscal le acusaba; así como a Andrée, de la muerte de Nicolas y de Gisèle, no reaccionó.

—Han decidido juntar los dos casos, lo que hará más difícil la defensa.

Su estado era estacionario. Lo habían devuelto a su celda, donde sin rebeldía, sino al contrario, con una docilidad sorprendente, llevaba la vida monótona de los prisioneros.

De un día para otro cesaron las visitas, se hizo el vacío, hasta los carceleros fueron menos numerosos. Las vacaciones judiciales habían empezado al mismo tiempo que las vacaciones estivales, y centenares de miles de personas recorrían las carreteras, se precipitaban a las playas, la montaña, los rincones perdidos del campo.

Los diarios se hicieron eco de una querrela que, según dejaban entender, dominaría el proceso: la querrela de los expertos.

Cuando, a consecuencia de una carta anónima, y luego de una investigación en Triant que confirmó las relaciones entre Tony y Andrée, se exhumó el cadáver de Nicolas, los primeros análisis se confiaron a un especialista de Poitiers, el doctor Gendre.

Este, en su informe, diagnosticaba una ingesta masiva de estriknina, y una docena de días después de la detención de Tony se cursó una orden de arresto contra Andrée Despierre.

El abogado que ella eligió, Capade, recurrió a un especialista parisiense de fama mundial, el profesor Schwartz, y este, tras criticar severamente el trabajo de su colega, llegó a conclusiones menos categóricas.

En tres meses, Nicolas había sido exhumado dos veces, y se hablaba de volver a exhumarlo porque el laboratorio de policía científica de Lyon, requerido a su vez, reclamaba nuevas pruebas.

También se discutía sobre los comprimidos de bromuro que el tendero de



Saint-Justin tomaba cada noche que sentía que se acercaba una crisis.

El farmacéutico de Triant que se los proporcionaba confirmó que las dos mitades de aquellos comprimidos no estaban pegadas, de forma que se podían abrir como una cápsula e introducir en ellos cualquier producto.

¿En qué afectaba aquello a Tony? Ni siquiera se planteaba si le declararían culpable o no, ni, en el peor de los casos, cuál sería su condena.

La multitud que se apretujaba en la sala de vistas el 14 de octubre y los numerosos abogados que acudieron parecieron sorprendidos por su actitud, y los periódicos hablaron de insensibilidad y de cinismo.

Andrée y él estaban sentados en el mismo banco, separados por un gendarme, y Andrée le dijo, inclinándose un poco hacia delante:

—¡Hola, Tony!

Él no volvió la cabeza, ni se agitó al oír su voz.

Más abajo, en otro banco, se afanaban los abogados y sus secretarios. Además de Capade, Andrée había contratado a Follier, uno de los astros del derecho en París, al que la multitud devoraba con los ojos como si fuera un famoso actor de cine.

El presidente lucía una bella y sedosa cabellera gris; uno de sus asesores, muy joven, parecía incómodo y el otro se pasaba el rato dibujando croquis.

Tony registraba las imágenes sin relacionarlas consigo mismo, un poco como los paisajes que se ven desfilar por las ventanillas del tren. Los jurados le fascinaban e iba mirándolos por turno, de forma que a la segunda sesión cualquier detalle de su fisonomía le resultaba familiar.

De pie, en actitud respetuosa, se sometió al interrogatorio preliminar y respondió en voz baja en el mismo tono que antaño usaba en la clase de catequesis. También aquí recitaba de memoria respuestas que había pronunciado innumerables veces.

Primero compareció una anciana, aquella a la que llamaban La Bizca, y se descubrió que, un día que salía de la estación de Triant, fue la primera persona que vio a Andrée entrar por la puerta pequeña al Hotel des Voyageurs.

El azar quiso que dos horas más tarde pasase por la Rue Gambetta en el momento en que la joven salía del hotel y que, al entrar en el café porque le sobraba tiempo antes del

tren de regreso, La Bizca se encontrase a Tony.

Todo partió de ahí, todos los rumores de los que Falcone sólo se enteró mucho más tarde. Fue el inspector Mani quien remontó pacientemente el hilo hasta llegar hasta La Bizca.

Desfilaron otras personas, hombres y mujeres a los que conocía, muchos a los que llamaba por su nombre de pila, algunos con los que se tuteaba porque habían ido juntos al colegio. Se habían vestido como para la misa del domingo y a veces sus respuestas, o la involuntaria comicidad de su actitud, provocaban las risas del público.

El viejo Angelo estaba allí, inmóvil, impasible, en segunda fila, y durante todo el proceso no cambió de sitio. Vincent se reuniría con él después de declarar, pero, mientras tanto, tenía que quedarse en la sala de testigos donde también estaba Françoise, así como la señora Despierre.

—Es usted hermano del acusado, y en cuanto tal no puede prestar juramento.

En la sala hacía mucho calor y reinaba un olor a multitud desaseada. Una joven y guapa abogada, secretaria de Capade, pasaba pastillas de menta a su patrón. Se volvió para ofrecerle a Andrée, y luego, tras una ligera duda, también a Tony.

De todo aquello conservaba imágenes incoherentes, narices, ojos, sonrisas, labios entreabiertos sobre dientes amarillentos, el rojo inesperado de un sombrero de mujer, también frases que no se molestaba en acabar de escuchar para encontrarles un sentido.

—Dice usted que su hermano Tony se reunía aproximadamente una vez al mes con la acusada en una habitación de su hotel que lleva el número tres, pero que ustedes llamaban la habitación azul.

¿Acostumbraba usted a recibir en su establecimiento a parejas clandestinas?

¡Pobre Vincent, le insultaban en público, cuando siempre había suplicado a su hermano que pusiera fin a aquella aventura!

Durante el interrogatorio de Tony hubo otra frase del presidente que le impactó.

—Estaba usted tan apasionadamente enamorado de Andrée Despierre que no dudó en ocultar su culpable amorío bajo el techo de su hermano y de su cuñada.

Era un hotel, ¿no? Se le escapó una sonrisa, como si no tuviera nada que ver con aquello. El presidente buscaba frases fuertes, irónicas o crueles, sabiendo que los

periodistas estaban al acecho y que los diarios las reproducirían.

Entonces, celoso, el abogado de París sentía la necesidad de levantarse para lanzar una observación llamativa.

Demarié le había aconsejado a Tony que también él eligiera un segundo defensor, pero se negó.

Estaba convencido de que todo aquello era inútil. Se repetía, para los jurados y el público, la larga historia ya evocada en el despacho del juez Diem.

Era más solemne, con más fórmulas rituales y florituras, con más actores y figurantes, pero el fondo era idéntico.

Se discutían una por una las fechas, las idas y venidas de todos, y cuando llegaron a las cartas fue el gran zafarrancho, no sólo entre la defensa y la acusación, sino entre los abogados. Desollaban cada palabra y el letrado Follier hasta blandió un diccionario para enumerar los diferentes sentidos de ciertas palabras que se usan a diario.

Andrée, vestida de negro, seguía los debates con más pasión que él y a veces se inclinaba hacia delante, para consultarle con la mirada o para sonreírle.

Al tercer día tuvo lugar la batalla de los expertos.

—Hasta ahora —dijo el presidente— siempre había pensado que el derecho legisla severamente la venta de venenos, y que no se podían conseguir sin receta médica. ¿Y qué es lo que vemos en este caso?

»En un hangar que permanece abierto todo el día, una vieja lata de cacao contiene más de cincuenta gramos de estricnina, es decir, suficiente, a juzgar por los tratados de toxicología, para matar a una veintena de personas.

»En el colmado de Despierre, en la trastienda, al lado de los alimentos, descubrimos dos kilos, me oyen, dos kilos del mismo veneno así como una importante cantidad de arsénico.

—Todos lo deploramos —replicaba uno de los expertos—, pero por desgracia es legal. La venta en farmacia de los productos tóxicos está severamente reglamentada, pero los que sirven para destruir animales dañinos se venden con total libertad en las cooperativas agrícolas, las droguerías y ciertas tiendas del campo.

Todos se pasaban allí mañana y tarde, en los mismos sitios, los magistrados, los

jurados, los abogados, los gendarmes, los periodistas y hasta los curiosos —que debían de tener un sistema para conservar su asiento—, a los que se sumaban los testigos después de declarar.

De vez en cuando, uno de los abogados que se apretujaban junto a la pequeña puerta se deslizaba fuera para ir a defender a un cliente en otra sala, y durante el rato que suspendían las sesiones, un ruido de recreo invadía el recinto.

Entonces se llevaban a Tony a una habitación a media luz donde la única ventana se abría a tres metros del suelo, mientras que André se encontraba sin duda en otro cuarto parecido. Demarié le traía sifón. Los magistrados también debían de beber. Luego un timbre los devolvía a todos a sus asientos, como en el cine o en el teatro.

La señora Despierre, más pálida que nunca, hizo una entrada sensacional. Y el presidente suavizó la voz para dirigirse a ella, porque en cierta manera formaba parte de las víctimas.

—Nunca animé a mi hijo a ese matrimonio, porque sabía que no acabaría bien. Pero él amaba a esa mujer y no tuve el valor de oponerme a...

¿Por qué se recordaba una frase y no otra?

—Señora, estoy en la obligación de avivar recuerdos tristes y evocar la muerte de su hijo.

—Si ella no me hubiera sacado de mi propia casa, yo hubiera velado por él y no hubiera pasado nada. Mire, esa chica nunca le quiso. Sólo quería nuestro dinero. Sabía que él no llegaría a viejo. Cuando se echó un amante...

—¿Estaba usted al corriente de su relación con el acusado?

—Como todo el mundo en Saint-Justin, salvo mi pobre Nicolas.

—En agosto pasado pareció sospechar algo.

—Yo confiaba en que los sorprendiera con las manos en la masa y que la echara a la calle. Pero ella logró volver a enredarle.

—¿Cómo reaccionó usted al ver a su hijo muerto?

—Sospeché inmediatamente que no había sucumbido a una de sus crisis, sino que su mujer tenía algo que ver con aquello.

—Pero usted no tenía pruebas.

—Esperaba que entonces la tomaran con la mujer de él. —Señalaba a Tony con el dedo—. No podía fallar. Y el futuro me dio la razón.

—¿Fue usted quien, dos días después de la muerte de la señora Falcone, envió una carta anónima al fiscal?

—Los expertos no han reconocido formalmente mi escritura. Pudo ser cualquiera.

—Háblenos del paquete que contenía el bote de compota. ¿Quién lo recibió en la tienda?

—Yo. La víspera, es decir, el 16 de febrero.

—¿Lo abrió?

—No. Sabía lo que contenía por la etiqueta y lo guardé en la trastienda.

Fue uno de los pocos momentos en que Tony se mostró atento. No era el único que le daba un interés particular a aquella declaración y su abogado se había levantado, luego había avanzado dos pasos, como para oír mejor, pero en realidad con la vana esperanza de amedrentar a la testigo.

De las respuestas de la señora Despierre dependía, en buena medida, la suerte de Tony.

—¿A qué hora fue usted aquella mañana a la tienda?

—¿La mañana del 17? A las siete, como cada día.

—¿Vio el paquete?

—Seguía en el mismo sitio.

—¿Con el hilo intacto y la franja de papel engomado?

—Sí.

—Se quedó en el mostrador hasta las ocho menos diez, hora a la que su nuera la sustituyó, y usted se fue a casa a comer algo. ¿Es así?

—Es la verdad.

—¿Cuántas personas se encontraban en la tienda cuando usted salió?

—Cuatro. Yo acababa de atender a Marguerite Chauchois cuando vi que aquel hombre cruzaba la calle y se dirigía hacia nosotras. Me fui a casa por el jardín.

Mentía. Y no podía resistir a la tentación de desafiar a Tony con la mirada. Si en aquel momento el paquete estaba abierto, como ciertamente lo estaba, y con más motivo si lo habían abierto la víspera, cosa que era probable, Andréé tuvo todo el tiempo del mundo para mezclar el veneno con la compota de uno de los botes.

Si, por el contrario, el paquete no había sido abierto, ella no había tenido tiempo material para proceder a esa operación durante los dos minutos justos en que él permaneció en la tienda.

A la señora Despierre no le bastaba con que Andréé pagase por la muerte de Nicolas. Tony también tenía que pagar.

—Quisiera señalar... —empezó el letrado Demarié, mientras un rumor subía por la sala.

—Tendrá usted ocasión de exponer su punto de vista a los jurados durante las alegaciones.

Tony no veía a Andréé. Los diarios afirmaron que en aquel momento ella sonrió, y uno de ellos hasta habló de una sonrisa golosa.

Al fondo, a la izquierda de la puerta, descubrió por primera vez a las señoritas Molard, con vestidos y sombreros parecidos, con bolsos idénticos sobre las rodillas, los rostros más lunares que nunca en la iluminación glauca de la sala.

Durante su interrogatorio preliminar, que había precedido al de Tony, Andréé había declarado orgullosamente, o más bien había lanzado a la Corte y al público, como una profesión de fe:

—No envenené a mi marido, pero si hubiera tardado demasiado en morir quizá lo hubiera hecho. Yo amaba a Tony y le sigo amando.

—¿Cómo pensaba desembarazarse de la señora Falcone?

—Eso no me importaba. Le escribí a Tony. Le dije: «¡Ahora tú!», y esperé,

confiada.

—¿Qué esperaba?

—Que se quedase libre, como habíamos decidido que haría en cuanto yo me quedara también libre.

—¿Pensó usted que él la mataría?

Entonces, erguida, dijo con su hermosa voz ronca:

—¡Nos amábamos!

Fue tal el tumulto, que el presidente amenazó con evacuar la sala.

Ya desde el primer día la suerte estaba echada. Y el primer día no había sido el de la muerte de Nicolas, ni el del martirio de Gisèle.

El primer día fue el 2 de agosto precedente, en la habitación azul estremecida de sol en la que Tony se vestía, desnudo y satisfecho de sí mismo, ante el espejo que le devolvía la imagen de una Andrée como descuartizada.

—¿Te he hecho daño?

—No.

—¿Estás enfadado?

—No.

—¿Tu mujer te va a preguntar qué te ha pasado?

—No creo.

—¿Nunca te pregunta nada?

Gisèle aún vivía, y, poco tiempo después de pronunciar estas palabras, él se reuniría con ella y con Marianne en su casa nueva.

—*Qué espalda más bonita tienes. ¿Me quieres, Tony?*

—*Eso creo.*

—*¿No estás seguro?*

¿La había amado? Entre ellos se interponía un gendarme y ella de vez en cuando se inclinaba para mirarle con la misma expresión que en la habitación de Triant.

—*¿Te pasarías la vida entera conmigo?*

—*¡Claro!*

Las palabras ya no tenían sentido. Pero se ocupaban de ellas con una solemnidad ridícula. De cosas que no existían, de un hombre que tampoco existía ya.

El fiscal habló durante toda una tarde y acabó con el rostro cubierto de sudor, pidiendo la pena capital para los dos acusados.

Todo el día siguiente se dedicó a las alegaciones, y cuando los jurados empezaron a deliberar, eran las ocho de la tarde.

—Nos queda una posibilidad —declaraba el letrado Demarié recorriendo la pequeña habitación, en la que Tony se mantenía el más tranquilo de los dos.

¿Creía el abogado en su inocencia? ¿Dudaba? Aquello no importaba. Consultaba el reloj a cada instante. A las nueve y media, el timbre que anuncia la reanudación de la audiencia aún no había sonado en los pasillos.

—Es buena señal. En general, cuando las deliberaciones se prolongan, significa...

Esperaron media hora más, y luego cada uno volvió a su sitio. Una de las lámparas del techo estaba fundida.

—Recuerdo al público que no pienso tolerar ningún alboroto.

El presidente del jurado se levantaba, con una hoja de papel en la mano.

—... en cuanto a Andrée Despierre, de soltera Formier, la respuesta del jurado a la primera pregunta es: sí. A la segunda pregunta: sí. A la tercera y la cuarta pregunta: no.



Había sido declarada culpable de la muerte de su marido, con premeditación, pero inocente de la muerte de Gisèle.

—En cuanto a Antoine Falcone, la respuesta del jurado...

Le exoneraban de la muerte de Nicolas, pero le imputaban la de su mujer, también con premeditación. Mientras el presidente del tribunal hablaba en voz baja con sus asesores, inclinándose hacia uno y otro, se hizo un silencio tembloroso de impaciencia.

Al final el presidente pronunció el veredicto. Para los dos acusados, pena de muerte, conmutada, por recomendación del jurado, en trabajos forzados a perpetuidad.

En el tumulto que siguió y mientras todo el mundo se levantaba a la vez y la gente se interpelaba de un extremo a otro de los bancos, Andrée también se puso de pie y se volvió lentamente hacia Tony.

Esta vez él fue incapaz de volver la cabeza porque el rostro de ella le tenía fascinado. Nunca, en los momentos en que sus cuerpos habían estado completamente unidos, la había visto tan bella y tan radiante. Nunca su boca carnosa le había sonreído así, expresando el triunfo del amor. Nunca, con una mirada, le había absorbido de manera tan absoluta.

—¡Ya ves, Tony —le gritó—, no nos separan!

*Noland (Vaud), el 25 de junio de 1963*



GEORGES JOSEPH CHRISTIAN SIMENON (Lieja, 13 de febrero de 1903 - Lausana, 4 de septiembre de 1989) fue un escritor belga en lengua francesa.

Abandonó los estudios secundarios por necesidades económicas y se dedicó a varios trabajos ocasionales hasta entrar a trabajar como reportero de *La Gazette de Liège*, trabajo que le permitió conocer los ambientes marginales de su ciudad y que le serviría para sus novelas. Publicó por primera vez en 1921, y un año después se instaló en París, viviendo ambientes culturales y bohemios.

A partir de 1927 publicó, bajo diversos seudónimos, gran número de novelas populares. En 1931 empezó a publicar novelas policíacas, a menudo protagonizadas por el comisario Maigret, que han contribuido a renovar el género. Viajó por todo el mundo haciendo reportajes y entrevistas. Tras la Segunda Guerra Mundial, viajó a Estados Unidos, en donde permaneció diez años, continuando con su labor literaria. A su regreso, se instaló en la Costa Azul y posteriormente en un pueblo cerca de Lausana. Muchas de sus obras,

han sido adaptadas para cine y televisión.